

Firme sobre la Roca

Una explicación de la carta de Pablo a los

Romanos,

especial para ti.

M. G. de Koning

Contenido

Panorama de la carta	4
Introducción	6
1 El evangelio de Dios	8
2 El deseo de Pablo	11
3 El evangelio, poder de Dios para salvación	13
4 El hombre sin Dios.....	16
5 El justo juicio de Dios	19
6 Judíos y gentiles	22
7 Los judíos y la ley.....	25
8 Dios veraz, todo hombre mentiroso	28
9 Nadie es justo.....	30
10 Justificación por fe	33
11 El hombre feliz	36
12 La descendencia de Abraham	38
13 La seguridad completa de la fe	41
14 Paz - Entrada - Esperanza / Pasado - Presente - Futuro ...	44
15 Gloriarse en las tribulaciones y gloriarse en Dios	47
16 El pecado original.....	50
17 Cristo y Adán	53
18 El bautismo.....	56
19 ¡Vive para Dios!.....	59
20 Servir bajo la gracia	62
21 Libre de la ley	65
22 Por medio de la ley es el conocimiento del pecado	68
23 La lucha bajo la ley	71
24 Andar conforme al Espíritu	74
25 Si el Espíritu mora en ti... ..	77
26 Heredero de Dios	80
27 El Espíritu te ayuda en tu debilidad	83
28 Llamado según el propósito de Dios.....	86
29 ¡Dios está a tu favor!.....	89
30 El amor de Pablo por Israel y los privilegios de Israel.....	92
31 Dios eligió a Israel	95

32 Dios es soberano	98
33 Vasos de ira y vasos de misericordia	101
34 Los gentiles e Israel	104
35 Cristo es el fin de la ley	107
36 Creer en tu corazón y confesar con tu boca	110
37 Pies hermosos	113
38 El rechazo de la predicación.....	115
39 Un remanente escogido por gracia.....	117
40 Caída y admisión de Israel.....	120
41 El testimonio de Dios en la tierra.....	123
42 Antes de la caída es la altivez.....	126
43 Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables	129
44 ¡A Él sea la gloria por los siglos!.....	132
45 Transfórmate.....	135
46 ¿Cuál es tu tarea?.....	138
47 Normas para la vida cristiana - I.....	142
48 Normas para la vida cristiana - II.....	145
49 La autoridad pública.....	148
50 Vístete del Señor Jesucristo	151
51 Recibe a los demás.....	154
52 Todo para el Señor	157
53 No seas un tropiezo para tu hermano	160
54 Recibirse unos a otros según el ejemplo de Cristo.....	163
55 El evangelio también es para los gentiles	166
56 El ministerio de Pablo	169
57 Cómo Pablo hacía sus planes	172
58 Saludos y mucho más.....	175
59 Sé sabio para el bien	178
60 Un verso de alabanza	185

Panorama de la carta

I. Romanos 1 - 8: La justicia de Dios por la fe

(porción doctrinal)

1. Capítulo 1:1-17 **Introducción**

2. Capítulo 1:18 - 3:20 **La necesidad de la justificación**

Cap 1:18-32

Los gentiles sin Dios

Cap 2:1-16

Los pueblos y su justicia propia

Cap 2:17 - 3:8

Los judíos

Cap 3:9-20

No hay quien haga lo bueno

3. Capítulo 3:21 - 5:11 **La justicia por la fe**

Cap 3:21-26

La justicia de Dios

Cap 3:27 - 4:25

Sólo por fe

Cap 5:1-11

Paz con Dios

4. Capítulo 5:12 - 8:39 **En Adán o en Cristo**

Cap 5:12-21

Dos familias

Cap 6:1 - 7:14

La gracia y la ley

Cap 7:15-25

Experiencias

Cap 8:1-39

En Cristo no hay condenación

II. Romanos 9 - 11: El problema de Israel

(porción histórica)

Cap 9:1-33

La soberanía de Dios

Cap 10:1-21

El tropiezo de Israel

Cap 11:1-36

Israel será admitido de nuevo

III. Romanos 12 - 16: El efecto sobre la vida cristiana

(porción práctica)

1. Capítulo 12:1 - 15:13 **Responsabilidad cristiana**
 - Cap 12:1-21 Servicio y vida
 - Cap 13:1-14 Relación con la autoridad
 - Cap 14:1 - 15:13 Los fuertes y los débiles

2. Capítulo 15:14 - 16:27 **Conclusión**
 - Cap 15:14-33 El servicio personal de Pablo
 - Cap 16:1-27 Saludos y alabanza

Introducción

Querido amigo o amiga, escribí este libro para ti. Mientras lo redactaba traté de adaptarme a tu situación.

Pensé que tú serías

- alguien que apenas conoce al Señor Jesús
- o alguien que ya le conoce durante algún tiempo,

pero, en todo caso, que desees conocer mejor al Salvador, quien murió para darte la vida. Hasta ahora no habías llegado a ese punto, en realidad no te interesaba mucho. Yo también viví una época así. Pero ahora todo cambió y eso es maravilloso.

En primer lugar es maravilloso para el Señor Jesús. A Él le agrada ser importante para ti. Él te lo recompensará.

Por ello, en segundo lugar es importante para ti mismo. Poco a poco descubrirás las inmensas riquezas que recibiste por la Biblia y tu amor por el Señor Jesús crecerá cada día. Tu edad no es tan importante. Lo esencial es aquello que has empezado a sentir por el Señor Jesús y todo lo que Él significa para ti. Esa es la razón por la cual quieres leer la Biblia.

Mediante este libro quiero ayudarte con ello. Su propósito es servirte como un peldaño hacia el estudio más profundo de la Biblia. Primero te doy algunos consejos prácticos.

1. Asegúrate de utilizar una versión buena y completa de la Biblia. Este libro sobre Romanos lo escribí en holandés, pero las citas de la traducción se tomaron de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

2. Traté de escribir de tal forma que, cuando leas, estés obligado a utilizar la Biblia. Antes de cada sección, lee primero la porción bíblica correspondiente.

3. La disciplina es muy importante. Tendrás que estar dispuesto a esforzarte un poco, a hacer (o a dejar de hacer) algo para conocer mejor la Biblia. Estoy seguro de que habrá momentos en los cuales no tengas mucho deseo de leer tu Biblia. Por ello, debes proponerte leer algo de ella a una hora que tú consideres apropiada y hacerlo los días que tengas ánimo y los que no. Para ayudarte en ello repartí este libro en sesenta secciones. Cada una se refiere, en promedio, a seis o siete versículos. Deberías poder leer cada día una sección. Para mirar además la porción de la Biblia, leyendo con calma, necesitas en total diez o quince minutos. Supongo que para alimentar tu cuerpo utilizas más tiempo cada día. El alimento para tu alma no es menos importante.

Si logras esta disciplina, al cabo de dos meses tendrás una pequeña impresión de una carta maravillosa de la Biblia. Toda la Biblia es un libro precioso. Mi oración es que tú también quedes cada vez más impresionado por ello. Si tienes preguntas, házmelo saber.

¡Te deseo la bendición de Dios!

Lee Romanos 1 versículos 1 a 7, despacio y con atención.

1 El evangelio de Dios

Supongo que ya leíste con atención la introducción de este diario, de manera que ahora podemos empezar con la primera carta del Nuevo Testamento.

Si has comenzado tu exploración de la Biblia por la carta a los Romanos, entonces has hecho una muy buena elección. En ella encuentras todo lo que necesitas para comprender cómo te veía Dios cuando no le conocías y cómo te ve ahora que le conoces. Eso es muy importante para tu vida cristiana de aquí en adelante, pues te da seguridad y convicción plena de que has escogido el camino correcto. Todavía debes aprender a andar por ese camino, pero el camino en sí mismo es bueno. Para hablar contigo de esto, Dios escogió a Pablo (en realidad, al Espíritu Santo; pero eso lo dejamos para más adelante) quien escribió esta carta.

En el primer versículo ya anuncia el tema que va a estudiar, a saber, el evangelio de Dios. El evangelio que has recibido no fue inventado por un hombre o una mujer, sino que salió de Dios. Es su evangelio. Dios había dicho antes por sus profetas que iba a anunciar el evangelio. Puedes leer sobre esto en el Antiguo Testamento, llamado también las santas Escrituras. En el tiempo del Antiguo Testamento Dios probó a los hombres muchas veces, para ver si le servirían. Pero el hombre siempre falló. En tu propia vida has comprobado que esto es cierto, y también lo has reconocido ante Dios. Al final Dios anunció que Él mismo tomaría la obra en sus manos. Eso ocurrió cuando envió a su Hijo.

El contenido del evangelio es el Hijo de Dios. En el versículo 3 lees que el evangelio de Dios es "acerca de su Hijo". El evangelio no es una simple enseñanza. Por el contrario, se trata de una persona con la cual ahora, por la fe, tienes una relación viva. En la Biblia pueden

encontrarse muchas cosas sobre el Hijo de Dios, en realidad toda la Biblia está llena de Él. Tanto es así, que sólo puedes comprender bien el sentido de un versículo o de una porción de la Biblia, cuando veas lo que dice acerca del Señor Jesús. En los versículos 3 y 4 hay dos anotaciones sobre el Señor Jesús que son importantes para poder comprender el sentido de esta carta.

En primer lugar dice que el Señor Jesús salió de la descendencia de David. Él tenía derecho al trono del Señor en Jerusalén por ser hijo de David. Ahora que Israel le ha rechazado, la coronación está aplazada. En los capítulos 9 a 11 de esta carta verás cómo Dios cumplirá todas las promesas que hizo a David.

Es maravilloso que la segunda anotación que se hace aquí acerca del Señor Jesús, sea una consecuencia de que Él fue rechazado por su pueblo. Él, quien murió crucificado como hombre, cuando se levantó con poder de entre los muertos mostró que también es el Hijo de Dios. Su resurrección de en medio de los muertos (pues los demás muertos quedaron en el sepulcro) fue "según el Espíritu de santidad". Esta expresión es muy importante. Todo lo que el Señor Jesús hizo en su vida estaba en perfecto acuerdo con el Espíritu Santo. Todo era según la voluntad de Dios y por lo tanto no había nada malo en su vida. Sin embargo, Él tuvo contacto con el mal durante las tres horas de oscuridad en la cruz. Allí fue hecho pecado y llevó nuestros pecados en su cuerpo. Dios le juzgó por ello y le dio la paga del pecado, que es la muerte. Cuando Él se levanta de la muerte, el Espíritu de santidad está completamente de acuerdo con ello, porque el Señor Jesús pagó todo lo que tenía que ver con el pecado, todo lo malo.

Cuando aprecies quién es y qué ha hecho el Señor Jesús, no será difícil reconocerle como Señor de tu vida, como lo dice Pablo en el versículo 3.

Pablo está impresionado por esa persona. Por eso, quiere salir a todas las naciones para que muchas personas vengan a la obediencia de la fe en esa persona. Espero que también en tu vida (y en la mía) brille algo, tanto en palabras como en hechos, por lo cual otros obedezcan al Señor

Jesús por la fe.

Lee de nuevo Romanos 1 versículos 1 a 7.

Tarea: Con tus propias palabras, cuéntale a Dios quién es el Señor Jesús para ti.

Lee Romanos 1 versículos 8 a 15, despacio y con atención.

2 El deseo de Pablo

“Primeramente doy gracias a mi Dios”. En casi todas sus cartas, lo primero que hace Pablo es dar gracias a Dios por los creyentes.

Vivimos en un mundo lleno de personas ingratas. A veces sin darnos cuenta nos dejamos arrastrar por esa ingratitud. Dios lo sabe. Por ello, en la Biblia con frecuencia Él dice algo acerca de dar gracias. Dar gracias es una expresión de gozo, de alegría. Damos gracias a Dios por algo que hemos recibido de Él y porque sabemos que Dios sólo da cosas buenas.

Una vez leí la historia de un hombre que en una caída se fracturó la columna vertebral y terminó en una silla de ruedas. Primero había maldecido a Dios por ello. Después de su conversión dijo: “Cuando esté delante del trono de Dios, le daré las gracias porque Él me fracturó la columna. Si Dios me hubiera dejado seguir viviendo como yo vivía, me habría ido al infierno”. Lo que Dios hace, siempre es motivo de gratitud. ¿Alguna vez le has dado gracias a Dios por tus hermanos y hermanas en la fe? Estoy seguro de que conoces algunos creyentes. Ahora formas parte de ellos. Tus amigos de antes te han dejado, pero en lugar de ellos has recibido otros.

Pablo había sabido algo sobre los creyentes que vivían en Roma, pues la fe de ellos se divulgaba por todo el mundo. Eso coincidía con lo que ocupaba a Pablo. Su espíritu, todo su pensamiento, estaba lleno de una sola cosa, a saber, servir a Dios en el evangelio de su Hijo. Si estás recién convertido quizás aún te ocupas mucho de los pensamientos de tu vida pasada. Por ello, es bueno pensar en las cosas que tienen que ver con el Señor Jesús.

Pablo tenía muchos deseos de visitar a los creyentes en Roma. Nunca

los había visto, pero eso no significaba que no tuviera interés por ellos. Siempre los recordaba en sus oraciones. Ellos necesitaban ánimo y él podía brindárselo comunicándoles algún don espiritual. Enseguida les explica: "Esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí". Tú y yo también necesitamos ser confortados en nuestra fe. Para ello debemos buscar contacto unos con otros y compartir nuestras experiencias de la fe. Eso es un consuelo para ambas partes. No importa que compartas con alguien que también está recién convertido o con alguien que tiene mucha experiencia en la fe. Aunque Pablo había vivido muchas cosas en la fe, para él era un consuelo compartir con los creyentes en Roma. Por ello, debes buscar a los demás creyentes. Tú los necesitas y ellos te necesitan.

Muchas veces Pablo había tenido el proyecto de ir a Roma, porque también quería tener algún fruto entre los creyentes allí. Eso no era buscar su propia gloria. Él se lo debía a Dios quien le había llamado a ese servicio. Esa «deuda» sólo podía cancelarla cumpliendo su trabajo. Su servicio era anunciar el evangelio. Podrías decir: "Pero estas personas ya conocían al Señor Jesús". Es cierto, pero el evangelio incluye más que la predicación de arrepentimiento y de fe. «Evangelio» significa: Buena noticia. Ya viste que en el evangelio se expresa lo que hay en el corazón de Dios. Pues bien, Dios tiene mucho más en su corazón para contarnos, no sólo que nos debemos arrepentir y creer en el Señor Jesús. De hecho, después de nuestra conversión es cuando estamos en condiciones de empezar a descubrir todo el designio de Dios (o sea, todo lo que Él tiene en su corazón para nosotros).

Para nosotros es muy bueno que Pablo no haya podido ir a Roma en ese momento, porque por esa razón les escribió esta carta y ahora nosotros también podemos conocer el evangelio que les quería anunciar.

Lee de nuevo Romanos 1 versículos 8 a 15.

Tarea: Dale gracias a Dios por tus hermanos y hermanas en la fe, mencionando sus nombres.

Lee Romanos 1 versículos 16 a 21, despacio y con atención.

3 El evangelio, poder de Dios para salvación

¿Tú ya no te avergüenzas nunca del evangelio? ¡Yo a veces sí! Y pienso que eso sucede porque aún no nos hemos dejado llenar lo suficiente del poder de Dios que actúa en el evangelio.

Todavía nos fijamos demasiado en lo que la gente piensa de nosotros, porque su opinión aún nos interesa mucho. Pero, ¿acaso tú mismo no has descubierto lo que hace el evangelio? ¿Acaso no has visto que el evangelio significa la salvación para personas perdidas? ¿Acaso no lo has creído? Por la fe has recibido una parte en el evangelio.

Quizás hayas intentado ganar tu salvación viviendo de la mejor manera posible, o haciendo muchos sacrificios. Pero al final tuviste que reconocer que el hombre no tiene poder para salvarse. Eso no significa que cuando el hombre se esfuerza él mismo para alcanzar la salvación entonces Dios le socorre, ni que Él pasa por alto todo lo malo.

Por el contrario, el evangelio muestra que cuando Dios salva al hombre por medio de la fe, lo hace de una manera justa. Ese es el significado de la expresión "la justicia de Dios". La justicia de Dios es uno de los temas centrales de esta carta, y quiere decir que Dios es justo en su forma de actuar.

En el transcurso de la carta se encuentra algunas veces este concepto, y allí explicaré algo más al respecto. Por ahora es suficiente que sepas que has llegado a ser salvo por el poder y la justicia de Dios. O sea que tu salvación no depende de lo que sientas, ni siquiera del hecho de que sientas algo.

De tu parte, la fe fue la única condición para recibir la salvación. Y mientras vivas aquí en la tierra, puedes vivir por la fe. Esta fe no tiene el

significado de inseguridad que la gente le da a esta palabra. En la Biblia, fe significa confianza y seguridad. Fe es la confianza firme en Dios, quien ha hecho todo para salvarte y quien hará todo para llevarte con seguridad por esta vida, hasta que estés con Él.

¡Cuán necesario era que fuéramos salvados! ¡La ira de Dios! Palabras impresionantes. ¡Cuántos se burlan o encogen los hombros con desprecio cuando se habla de la ira de Dios en la predicación del evangelio! Esta ira viene sobre todas las formas de impiedad.

Impiedad quiere decir que la persona desecha a Dios, que no le tiene en cuenta. Esta ira también recae sobre la injusticia de aquellos hombres que detienen la verdad con injusticia. Son personas judías o denominadas «cristianas», que dicen conocer la verdad pero que la utilizan de una manera equivocada. Se trata, pues, de personas que viven sin Dios y también de personas que dicen vivir con Dios pero lo confiesan de labios para afuera, mientras hacen en su vida lo que quieren. Estos últimos en realidad también desechan a Dios.

Lo grave es que el hombre no presta ninguna atención a "lo que de Dios se conoce". Nunca alguien hubiera podido conocer algo de Dios, si Él mismo no lo hubiera revelado. En la creación, que es la obra de sus dedos, Dios hizo visibles su eterno poder y deidad.

A partir de lo que percibe de la creación que le rodea, cualquier ser humano razonable puede llegar a la conclusión de que hay un Dios. Eso debería llevarle a glorificar a Dios o a darle gracias. Por desgracia, el resultado es distinto. Quien desecha a Dios en sus razonamientos, cae en insensatez y pierde toda luz sobre el origen, el sentido y el objetivo de la vida. Su necio corazón fue entenebrecido. ¿Qué puede esperarse de una persona así?

Lee de nuevo Romanos 1 versículos 16 a 21.

Tarea: Pídele a Dios que te ayude hoy a no avergonzarte del evangelio.

Lee Romanos 1 versículos 22 a 32, despacio y con atención.

4 El hombre sin Dios

Lo que dicen estos versículos no nos da motivo para pensar que el hombre es una criatura superior.

Eso es lo que hoy en día nos quieren hacer creer, y más aun, que en el futuro todo será mucho mejor. Pero Dios dice con franqueza que la realidad es todo lo contrario. Quizá parece bastante duro, pero Él describe con sinceridad la hondura de la caída del hombre después de que éste le ha dado la espalda.

Dios no lo hace con el propósito de que tú y yo ahora despreciemos a las personas que nos rodean. No, porque lo que Dios dice aquí era válido para ti y para mí antes que recibiéramos al Señor Jesús como Salvador. Así vivíamos. Y en el fondo seguimos siendo así. En realidad, apenas lo empezamos a notar desde que somos hijos de Dios.

Debe quedar bien claro que Dios no hizo malo al hombre. En Génesis 1 versículo 31 dice: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera". Ese "todo" incluía al hombre. Pero si el hombre abandona su relación con Dios, entonces Dios le entrega a sí mismo. Eso lo leemos tres veces en esta porción de Romanos 1, en los versículos 24, 26 y 28.

Si el hombre abandona la gloria del Dios incorruptible y coloca en su lugar algo que parece un hombre o un animal corruptible, percedero, entonces Dios le entrega a ello. Él le entrega a la inmundicia, según las concupiscencias o deseos de su corazón. Puedes ver los resultados a tu alrededor.

Y a las personas que cambian la verdad de Dios por la mentira, Él los entrega a pasiones vergonzosas como la homosexualidad, tanto en

hombres como en mujeres. Hoy en día se habla mucho de ello como si se tratara de algo normal, que puede y debe aceptarse. Pero aquí dice que es un juicio de Dios, pues ellos reciben en sí mismos el pago justo por su extravío. Este es el resultado cuando se honra y se da culto a las criaturas antes que al Creador. Dios creó al hombre para que éste le honrara y le rindiera culto. Está en la naturaleza humana que una persona sólo puede realizarse a plenitud y cumplir su propósito, si vive para Dios. Si lo hace, experimenta en ello su mayor alegría y felicidad. Ese también era el propósito de Dios cuando creó al hombre.

Pero si el hombre no vive para Dios, Él le entrega a una vida de relaciones antinaturales como las que Pablo describe aquí, las cuales encontramos a nuestro alrededor de manera cada vez más abierta. El mundo niega que es algo antinatural; allí no puede decirse nada en contra; incluso debe aceptarse como algo normal. De esta manera se reemplaza la verdad de Dios por la mentira.

En el versículo 28 se describe por tercera vez una forma en la cual Dios entrega al hombre a sí mismo. Como excluyeron a Dios de su pensamiento, Él los entregó a una mente equivocada. Por eso comenzaron a hacer cosas que no convienen. Y entonces sigue una lista muy seria. Sin duda reconocerás con vergüenza algunas cosas que tú también has hecho.

Lo que podías ganar con eso, sólo era «la muerte» y no el gozo y el placer que esperabas encontrar. Todas esas cosas mencionadas habitan en el corazón de una persona que vive sin tener en cuenta a Dios y se expresan en su comportamiento. Para sí mismo, y para su prójimo, sólo produce resultados que corresponden a «la muerte». No hay nada para Dios.

En el fondo de su corazón ellos sí saben lo que Dios piensa al respecto, pero no hacen caso de Él. Siguen muy tranquilos con su propia vida y, además, expresan su aprobación sobre otros que viven de la misma manera.

Lee de nuevo Romanos 1 versículos 22 a 32.

Tarea: Dile a Dios que Él tiene razón en su apreciación del hombre.

Lee Romanos 2 versículos 1 a 8, despacio y con atención.

5 El justo juicio de Dios

Quizá tú también conoces personas que saben muy bien cómo deberían ser los demás y que con mucho gusto hablan de los defectos ajenos.

Tales personas tal vez no viven de la manera desenfadada que se describe en el capítulo anterior, pero cuando ven a otros que sí lo hacen, entonces los condenan. Lo que no ven es que con eso en realidad se están condenando a sí mismos, porque en su propio corazón esconden las mismas cosas.

Encuentras un ejemplo muy claro de esto en Juan 8 versículos 1 a 11. Los principales del pueblo de Israel le traen al Señor Jesús una mujer que ha sido sorprendida cometiendo adulterio. Cuando le preguntan qué debe hacerse con ella, el Señor responde: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella". ¡Y entonces todos se van! Ninguno de los acusadores resulta inocente. Todos en su corazón han cometido el mismo pecado. Lo mismo es cierto para cada persona que piensa de sí mismo que no es culpable de los terribles pecados que señala con el dedo en los demás. Pero nosotros, tú y yo, sabemos que no escaparán del juicio de Dios que viene contra ellos según verdad. En el versículo 16 de Romanos 2 dice que llegará un día en que Dios juzgará los secretos de los hombres. Ese día cada cual comprenderá cómo Dios ha visto siempre todas las cosas.

Pero por ventura este asunto tiene otra cara. No sólo existe el juicio de Dios, sino también la misericordia de Dios. Por ella tú has llegado a la conversión, y lo mismo es cierto para cada creyente. ¡Qué abundancia de bondad, paciencia y constancia se encuentra en Dios! Dios no permitió que siguieras corriendo por el camino de la perdición. Te salió al encuentro y te mostró lo que estabas haciendo y el lugar hacia donde

ibas. Eso impactó tu conciencia y te hizo reconocer que merecías el juicio de Dios. La conversión consiste en verse a sí mismo tal como Dios le ve y reconocer su juicio sobre sí. Siempre te apreciabas mucho a ti mismo y menospreciabas a Dios. Ahora eso ha cambiado de manera radical. A ti mismo te ves pequeño y ves muy grande a Dios. En la práctica, debemos aprender cada vez más a hacer que esto sea una realidad, pero de todos modos este es el punto de partida de tu vida en adelante. Esta nueva visión sobre ti mismo y sobre Dios te ha sido dada por su benignidad.

El que desprecia la misericordia de Dios muestra con ello su dureza y su corazón no arrepentido. Una persona así, piensa que es lo suficiente buena para presentarse delante de Dios. Pero todas las cosas que hace una persona con un corazón no arrepentido, aunque sean muy buenas en sus propios ojos, forman un montón cada vez mayor de obras sobre las cuales viene el juicio de Dios, el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios. Cuando Dios vaya a juzgar y a pagar las obras de cada persona, lo hará de una manera justa de verdad. Por un lado, Él da vida eterna a aquel que persevera haciendo lo bueno mientras busca gloria, honra e inmortalidad. Por el otro lado, hará caer su ira y su enojo sobre todos los que durante su vida siguieron los impulsos naturales de su corazón y no tuvieron en cuenta los derechos de Dios. En ambos casos las personas manifiestan en su vida lo que persiguen y en ambos casos Dios dará su juicio sobre ese objetivo. De esta manera Dios trata con las personas que fijaron para sí mismas las normas y los valores de la vida.

Hasta ahora no hay persona alguna que haya recibido de Dios la vida eterna como recompensa por su vida ejemplar y perfecta. Sólo el Señor Jesús fue perfecto aquí en la tierra. Y Él, aunque merecía la vida, fue a la muerte. Él murió de manera voluntaria. Ahora Él mismo, quien es la vida eterna, brinda esta vida a cualquiera que reconozca que no la puede ganar por sí mismo.

Lee de nuevo Romanos 2 versículos 1 a 8.

Tarea: Reflexiona cómo podría llevarse el evangelio a una persona que piensa que todo lo que hace está bien.

Lee Romanos 2 versículos 9 a 16, despacio y con atención.

6 Judíos y gentiles

Un corto repaso. En el capítulo 1 versículos 19 a 32 se habla de los gentiles. En el capítulo 2 versículos 1 a 8, Pablo se dirige a algunas personas que pensaban que no eran tan malas como esos gentiles.

En los versículos 9 a 16 que acabas de leer, Pablo sigue con el mismo tema. Pero ahora va a indicar la diferencia entre dos grupos de personas, los judíos y los griegos (es decir, gentiles). Con la palabra «gentiles» o «paganos» no debes pensar sólo en los aborígenes que habitan en el interior de la selva. Con la palabra «griegos» (o «gentiles»), Pablo se refiere a todo el que no es judío, o sea, a las personas con quienes Dios no tenía un contacto especial como lo tenía con los judíos. Dios dio a conocer su voluntad a los judíos, dándoles una ley. Él no se había dado a conocer de esta manera a los gentiles.

Esto puede aplicarse a la situación en la cual vivimos nosotros. Hay personas que se levantaron en una familia cristiana y hay personas que se criaron en un ambiente en el cual no se conoce la voluntad de Dios. Sin embargo, no hay acepción de personas para con Dios en el juicio que Él pronunciará. Porque el que hace lo malo, sea judío o griego, recibe de Dios tribulación y angustia; y el que hace lo bueno, sea judío o griego, recibe de Dios gloria, honra y paz. Lo que sí cambia es la medida utilizada en el juicio.

Tanto el judío como el griego ha recibido de Dios algo que le permite saber lo que es bueno y lo que es malo. Dios dio a los judíos una ley en la cual les decía con precisión lo que debían hacer. Ellos serán juzgados por esa ley. Los gentiles nunca tuvieron una ley de Dios. Ellos se perderán sin ley. Pero sí tienen otra cosa, una conciencia. Por ejemplo, la mayoría de los gentiles sabe por naturaleza que no deben robar,

aunque Dios nunca se lo haya dicho de manera oficial a través de una ley. Si de todas maneras se proponen robar, entonces su conciencia les molesta porque empieza a hablar. Si escuchan la voz de la conciencia, no robarán. De esta manera muestran que la obra de la ley está escrita en sus corazones, porque la ley dice: "No hurtarás" (Éxodo 20 versículo 15). El que hace lo que dice la ley, aunque nunca se le haya comunicado esa ley, será justificado. Porque no se trata de haber escuchado la voluntad de Dios, sino de hacer lo que Dios quiere.

Toda persona, aunque no conozca a Dios ni su voluntad, ha recibido del ambiente donde vive o de su formación personal algo que le permite distinguir entre el bien y el mal. Alguien puede ahogar esa comprensión y dejar de escuchar la voz de su conciencia, pero ella sigue presente en el fondo de su corazón. Y también otras personas de su medio le recordarán lo malo. En cada comunidad se respetan ciertas reglas. Cuando alguien infringe alguna de ellas, es acusado. Si se acusa a alguien que resulta ser inocente, entonces es disculpado o incluso defendido. Así sucede entre las personas que no tienen conocimiento de Dios.

Pero Dios ve más que los hechos, Él ve de dónde salen estos hechos. Dios ve lo escondido del corazón, allí donde tienen lugar las meditaciones más profundas. Él conoce los motivos por los cuales se deja guiar una persona. Nosotros podemos esconder nuestras verdaderas intenciones los unos de los otros, pero no las podemos esconder de Dios. Llegará un día en el cual Dios juzgará estos secretos por Jesucristo. A muchas personas esa idea les causa miedo y prefieren no pensar en ello. Sin embargo, este juicio también forma parte de lo que Pablo llama "mi evangelio". Para Dios los motivos no son menos importantes que los hechos. Las personas pueden equivocarse al evaluar los hechos, pero Dios no. Quien vive de verdad con Dios, no tendrá inconveniente en abrir todo su corazón para Él.

Lee de nuevo Romanos 2 versículos 9 a 16.

Tarea: ¿Cómo te parece el hecho de que Dios sabe de ti todo en absoluto?

Lee Romanos 2 versículos 17 a 29, despacio y con atención.

7 Los judíos y la ley

Ahora Pablo les habla a los judíos para mostrarles que ellos también necesitan el evangelio de Dios. Comienza enumerando una cantidad de cosas de las cuales ellos se jactaban.

Los judíos se jactaban de tener una relación directa con Dios. Confiaban en que ellos mismos podían ser guía, luz, instructor y maestro, porque les parecía que por la ley conocían la voluntad de Dios. Pensaban que podían significar mucho para otros quienes, según ellos, eran ciegos, estaban en tinieblas, eran indoctos (o ignorantes) o eran como niños. Se sentían superiores y elevados sobre las demás personas. En efecto, Dios les había dado a conocer su voluntad en la ley. Lo que no pensaban era que, en primer lugar, ellos mismos debían escuchar la ley y obedecerla.

De la misma manera, personas cristianas pueden jactarse de conocer la Biblia. Enseñan a los demás cómo deben comportarse, pero nunca se han visto a sí mismos a la luz de la Biblia. Sólo se la aplican a los demás. Juzgan a otros porque roban, pero cuando ellos mismos lo hacen, dicen que están tomando cosas a las cuales tienen derecho. Y cuando señalan que es malo cometer adulterio, no recuerdan que el Señor Jesús dijo que el que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

También saben muy bien que adorar un ídolo es algo abominable. Pero no se detienen a pensar que eso es igual a tomar de las cosas necesarias para el servicio en el templo de Dios y utilizarlas para sí mismos. Piensa por ejemplo en posesiones, tiempo, fuerzas, inteligencia y cosas por el estilo. Todo debería ponerse al servicio de Dios, pero quien lo utiliza para sí mismo se lo está robando a Dios.

El que se jacta de conocer la voluntad de Dios pero no la tiene en cuenta

en su propia vida, está deshonrando a Dios. ¿No es cierto que el nombre de Dios es blasfemado precisamente por personas que el domingo están juiciosas en una capilla o en otra reunión religiosa, pero que entre semana se preocupan por enriquecerse lo que más puedan a costa de otros?

Luego Pablo menciona otra cosa importante, la circuncisión. En Génesis 17 puedes leer cómo Dios la instituyó. En el Antiguo Testamento, la circuncisión era la marca externa de que un hombre pertenecía al pueblo de Dios, que entonces era Israel. Podría esperarse que un hombre circuncidado tuviera en cuenta la voluntad de Dios. Pero si alguien no respetaba la voluntad de Dios en su vida, la circuncisión no significaba nada. La señal externa de la circuncisión sólo tenía algún valor si había un deseo en el corazón de comportarse como un miembro del pueblo de Dios. Y ese deseo se expresaba en hacer la voluntad de Dios. Incluso si alguien no era circuncidado, o sea si no pertenecía a Israel, pero sí respetaba los derechos de la ley, entonces Dios le reconocía como miembro de su pueblo. Y este hecho juzgaba a aquellos que sólo eran circuncidados de manera externa, pero no en el corazón.

La conclusión se encuentra en los dos últimos versículos. Lo esencial no es la circuncisión de la carne sino la circuncisión del corazón. Esto nos lleva al verdadero significado de la circuncisión. En Colosenses 2 versículo 11 lees que el creyente fue circuncidado en la circuncisión de Cristo. El contexto de ese versículo muestra que allí se trata de la obra de Cristo en la cruz, donde Él murió bajo el juicio de Dios sobre el pecado. El que cree esto en su corazón, es un circunciso de corazón y un verdadero judío. La palabra judío significa: «Que da alabanza a Dios». Pertenecer al pueblo de Dios sólo de manera externa, trae alabanza de los hombres. La gente le da mucho valor a la apariencia religiosa, porque ella puede verse y le da importancia a la persona. Pero Dios mira el corazón. Lo exterior sólo tiene valor para Él si es un reflejo sincero de la condición del corazón. Dios tiene elogios para aquellas personas en las cuales Él encuentra verdad en lo íntimo, míralo en el Salmo 51 versículo 6. Eso es lo importante para Él.

Lee de nuevo Romanos 2 versículos 17 a 29.

Tarea: Pregúntate en cuál aspecto aún eres sensible a la alabanza de la gente.

Lee Romanos 3 versículos 1 a 8, despacio y con atención.

8 Dios veraz, todo hombre mentiroso

Después de leer la porción anterior, podrías pensar que pertenecer al pueblo judío no representaba ningún privilegio, aunque Dios lo llama su pueblo escogido.

De la misma manera podría discutirse entonces la utilidad de la circuncisión, que Dios había dado como una señal del pacto con su pueblo. Aquí Pablo ataca estos pensamientos.

Formar parte del pueblo de Dios (aunque sólo sea de manera externa) tiene muchos privilegios. Entre ellos, en primer lugar vemos que les han sido confiadas las palabras de Dios.

Para nosotros también es un gran privilegio poseer la Biblia. Pero este privilegio trae consigo una gran responsabilidad, tanto para ellos como para nosotros. Lo que hagamos con la Biblia no le quita nada a su contenido. Dios permanece fiel a su palabra, aunque haya quienes aseguran que pertenecen a su pueblo pero no tienen en cuenta su palabra. De hecho esto confirma que Dios es veraz (verdadero, fidedigno) y todo hombre mentiroso. Tal vez habrás escuchado la frase: "Dios no existe" (y quizá tú mismo la has pronunciado alguna vez). Esto no es algo nuevo. El que habla así, está expresando lo que Dios hizo consignar en la Biblia hace muchísimo tiempo. En el Salmo 14 versículo 1 está escrito que el necio dice en su corazón: "No hay Dios". En la misma palabra de Dios está la prueba de que Dios es veraz y todo hombre es mentiroso. Si la persona en sus actos obedece a su propio corazón malo, con ello sólo está confirmando lo que Dios dijo hace mucho tiempo en su palabra. De esta manera Dios resulta justificado en sus propias palabras.

Si el hombre se atreve a emitir un juicio sobre Dios, como si fuera a

pedirle cuentas, quedará en evidencia que Dios es vencedor y el hombre perdedor. El proceder justo de Dios resulta confirmado por nuestros actos injustos. Eso es indiscutible. Una manera de vivir en la cual no se tiene en cuenta a Dios, tiene que traer la ira de Dios sobre esa vida. Dios no puede obrar de otra manera. Está obligado a ello, porque Él es santo y justo. Su santidad y su justicia son características que Él no puede tomar a la ligera, como nosotros lo hacemos a veces.

Cuando Dios mira todo lo que sucede en este mundo, no puede actuar como si no pasara nada. Él tiene que ejecutar el juicio sobre el mundo. Que aún no lo haya hecho, es por su paciencia. Él no quiere que nadie se pierda, sino que todos lleguen al arrepentimiento (Segunda de Pedro 3 versículo 9). Sin embargo, llegará un momento en el cual Él debe juzgar. Su paciencia tiene fin. Entonces la justicia debe seguir su curso, la ira se debe ejercer ¡y el castigo debe llegar! Aquel que niega esto, no toma a Dios en serio.

Algunas personas tienen otra manera de no tomar a Dios en serio. Resulta casi increíble, pero hay quienes abusan de la justicia de Dios. Dicen: "Cuando yo miento, la verdad de Dios se hace más grande por esa mentira. Con mi mal comportamiento sólo estoy ayudando para honrarle más, porque así se ve cada vez mejor que Él tiene razón. ¿Acaso eso no es agradable a Dios? En realidad merezco una recompensa. ¿Entonces por qué tengo que ser juzgado como pecador?". Su razonamiento es: Hagamos lo malo, para que de allí salga lo bueno.

En la época de Pablo la gente incluso levantó la fábula de que el mismo apóstol había enseñado esto. Así querían justificar su propio comportamiento impío y a la vez desacreditar al apóstol. Pablo no se defiende de esto. No se puede hablar con personas que razonan así. Su respuesta es simple: "Su condenación es justa".

Lee de nuevo Romanos 3 versículos 1 a 8.

Tarea: Menciona algunos privilegios que tienes tú como creyente.

Lee Romanos 3 versículos 9 a 20, despacio y con atención.

9 Nadie es justo

Después de rebatir las objeciones de la incredulidad en los versículos 3 a 8, en el versículo 9 Pablo regresa a la idea del versículo 1 donde escribió sobre la ventaja del judío.

Ahora va a demostrar que todas aquellas cosas de las cuales se jactaban los judíos, en realidad testificaban contra ellos. ¿Les habían sido encomendadas las palabras de Dios? Pues bien, ellas hablan muy claro sobre lo que el hombre es en su naturaleza y en la práctica. El judío no es mejor que el griego. La acusación de estar todos bajo el pecado, está bien sustentada por expresiones del Antiguo Testamento que los judíos conocían. Como en un espejo, se les muestra a ellos (y a ti) una descripción en la que se deben (y te debes) reconocer.

No hay ningún justo, ningún entendido, ninguno que busque a Dios. Eso también era cierto para ti, y lo has reconocido. Quizá creías que obrabas de manera correcta y que eras muy prudente, pero cuando te encontraste con Dios resultó que vivías para ti mismo. Te habías desviado de la meta que Dios tenía con tu vida y te habías vuelto inútil. Quizá pensabas que eras una persona útil para tu ambiente, pero cuando Dios te encontró, resultó que no vivías para Él. Por eso tampoco hacías lo bueno, aunque te jactaras de muchas obras buenas. Sólo es bueno aquello que se hace por amor a Dios. Lo que hay en tu interior se manifiesta al exterior por medio de tu cuerpo, de tus palabras y de tus hechos.

Encontramos algunos ejemplos de esto en los versículos 13 a 18. La garganta, la lengua, los labios y la boca, todos están relacionados aquí con la muerte y la perdición. Las palabras que hablábamos cuando aún no teníamos en cuenta a Dios, eran palabras en las cuales faltaba la vida. Ese vacío todavía se percibe en lo que dicen las personas a nuestro

alrededor. En nosotros eso ya no debe ser así.

Pero debe decirse lo mismo sobre nuestros pies y nuestros caminos, tal como los utilizábamos antes de nuestra conversión. El camino de paz era desconocido para nosotros. Corríamos a agredir al que se atravesara en nuestro camino. Quizá no hayamos cometido un asesinato, pero es seguro que sí hemos maltratado a muchos, con o sin verdadero derramamiento de sangre. Derramar la sangre de alguien significa hacerle la vida imposible. En nuestros caminos hemos dejado un rastro de quebranto y desventura. ¿A cuántos habremos hecho daño con nuestro comportamiento impío? Todo eso sucedió porque el temor de Dios no estaba delante de nuestros ojos. Nos dejábamos dirigir por nuestros propios intereses y deseos, vivíamos para nosotros mismos. Hasta que Dios nos salió al encuentro y nos mostró este espejo. Nos reconocimos a nosotros mismos en esa imagen. No es que todos nos hubiéramos hecho culpables de esta descripción en la misma medida, pero en nuestro corazón vivía todo esto (y por naturaleza sigue viviendo ahí).

Los versículos anteriores fueron citados en primer lugar a los judíos, para convencerles de sus pecados mediante las mismas Escrituras de las cuales ellos se jactaban. Pero cualquier persona sincera que se compare con esta descripción reconocerá que también se aplica a ella misma.

En el versículo 19 aparece una conclusión. No sólo se refiere a los versículos que estamos mirando ahora, sino a toda la porción desde el capítulo 1 versículo 18 hasta aquí. Se concluye que toda boca, tanto del gentil como del judío, se cierra y que todo el mundo resulta culpable delante de Dios. No hay ninguna manera de alcanzar por nuestro propio esfuerzo la aprobación de Dios sobre nuestros hechos. La ley hace ver con claridad que hemos pecado, porque la hemos desobedecido.

Hay una sola persona a quien no puede aplicarse lo anterior. Se trata del hombre Jesucristo. Toda su vida terrenal estuvo enfocada hacia Dios de manera perfecta, Él hacía todo para Dios. Por ello, Él también es la

respuesta de Dios para toda la culpa y el pecado debajo de los cuales el hombre se ha enterrado, y de los cuales él mismo no podría librarse. Ese es el tema de la siguiente porción.

Lee de nuevo Romanos 3 versículos 9 a 20.

Tarea: ¿De qué manera puedes ahora ser útil a Dios?

Lee Romanos 3 versículos 21 a 31, despacio y con atención.

10 Justificación por fe

Después de la descripción oscura del hombre que vive para sí mismo, como también lo hacíamos tú y yo, en estos versículos aparece la luz.

En esta porción Dios cuenta cómo transformó el hombre caído en sus pecados en alguien que puede estar con Él sin temor. El hombre resultó ser un caso perdido, con el cual Dios no podía hacer nada. Dios buscó y encontró su propia solución para este problema, y consiste en que Él puede declarar justo al pecador cuando éste cree en Cristo Jesús. Esto vale para todos sin distinción. ¿Verdad que todos pecaron? Por eso también todos permanecen alejados de la gloria de Dios. ¡Y Dios anhela tanto tener a muchos en su gloria! Por ello, cada persona necesita ser librada de sus pecados, que son las obras malas que ha hecho. Dios no puede admitir en su presencia ningún pecado.

Esa liberación o redención la realizó Cristo Jesús, ``a quien Dios puso como propiciación''. El propiciatorio era el lugar donde Dios cambiaba el juicio por la gracia, el castigo por el perdón. Mira por ejemplo en Levítico 16 versículos 14 a 16. Dios debía juzgar nuestros pecados. Pero lo maravilloso es que los juzgó en su Hijo, cuando Él estaba en la cruz. Por ello, ahora el lugar del juicio se ha convertido en el lugar de la gracia para todo el que, por medio de la fe, acepta esta redención de la mano de Dios.

Para Dios, el único medio válido para perdonar pecados es la sangre de Cristo. En Hebreos 9 versículo 22 dice: ``Sin derramamiento de sangre no se hace remisión'' (o sea, no hay perdón). Dios no cierra sus ojos para no ver los pecados de las personas que recibe. Él pudo declararte justo, sólo porque se cumplieron sus exigencias santas y justas. Eso te da la seguridad de que tus pecados han sido perdonados. No se trata de

lo que tú pienses al respecto, sino de cómo lo ve Dios. Dios podía pasar por alto los pecados de los creyentes que vivieron en el tiempo del Antiguo Testamento, porque Él ya miraba adelante a la obra de Cristo. Repito: Él no cerraba sus ojos para no ver esos pecados sino que, cuando los perdonaba, obraba con justicia porque sabía que Cristo iba a derramar su sangre para ello. En la época actual se cumple lo mismo. Para nosotros que vivimos en el tiempo del Nuevo Testamento, la obra de Cristo en la cruz está atrás. Quizá parezca un poco extraño, pero Dios no puede hacer otra cosa que ver como justa a cada persona que cree, porque Él mismo es justo.

¿Acaso la sangre de Cristo no fue derramada? Dios conoce su valor, a saber, que ella quita los pecados. Así que, Dios ya no ve pecados en quien ha reconocido que Cristo también derramó su sangre por él o por ella. Los pecados ya no existen. Desaparecieron para siempre. Para Dios, una persona así ya no es pecadora; es alguien que le pertenece y que Él quiere tener muy cerca de sí. Dios ha hecho de ti un justo. Un justo es una persona a quien Dios ve, ya no en su antigua vida de pecados, sino libre de su vida pecaminosa y que ahora se parece a Dios mismo. ¡Qué cambio! Entiendes muy bien que con esto se descarta cualquier alabanza para ti mismo. Todo salió de Dios y Él lo efectuó todo. Lo único que tenías que hacer y lo único que podías hacer, era creer. Por la fe (o sea, creyendo) y no por tus propias obras has recibido la salvación, el perdón de tus pecados y la justificación.

Dios no sólo es Dios de los judíos sino también de los gentiles, pues Él ve a todos los hombres como pecadores, ya que todos pecaron. Cualquiera ser humano sólo puede ser justificado por la fe.

¿Entonces qué pasó con la ley? ¿Quedó invalidada? No, la ley sigue existiendo con toda su fuerza. Cuando miramos la ley, vemos muy pronto que somos pecadores, porque no podíamos cumplir la ley. Por la ley se hizo bien claro que nosotros éramos pecadores e incapaces de librarnos de la maldición.

Cuando reconocemos eso, confirmamos la autoridad de la ley. Para

nosotros esto significa que caíamos bajo la maldición de la ley. Pero gracias a Dios!, Cristo nos libró de la maldición de la ley, cuando sufrió por nosotros la maldición en la cruz. Así Él confirmó de manera completa la autoridad de la ley.

Lee de nuevo Romanos 3 versículos 21 a 31.

Tarea: ¿Qué significa para ti «la gloria de Dios»?

Lee Romanos 4 versículos 1 a 8, despacio y con atención.

11 El hombre feliz

Ahora Pablo menciona dos personajes importantes del Antiguo Testamento, de la historia de Israel, para mostrarnos que la justicia de Dios sólo se obtiene creyendo.

Eso ya lo viste en el capítulo anterior con respecto a la ley. Dios se toma mucho trabajo para mostrarte que, en realidad, nada proviene del hombre. Todo salió de Él. Cuanto mejor entiendas esto, tanto más le alabarás por ello en tu vida.

El primer personaje es Abraham. Él es el patriarca de los judíos, Dios hizo que de él descendiera todo el pueblo de Israel. Los judíos se jactaban de ello, incluso utilizaron ese argumento en sus discusiones con el Señor Jesús. Decían: "Linaje de Abraham somos" (Juan 8 versículo 33). Les parecía que como descendientes de Abraham ganarían algunos puntos. Al fin de cuentas ellos habían recibido las promesas. Pensaban: "Bueno, no hemos podido cumplir toda la ley, pero con seguridad Dios nos va a bendecir porque somos descendientes de Abraham". Pero así no es la cosa. Tú y yo no recibimos bendición porque nuestros antepasados hayan sido bendecidos. Si nuestros antepasados recibieron bendición, eso no fue porque la merecieran sino porque creían en Dios. Nosotros también recibimos la bendición sólo por una fe personal, que se centra en Dios. Así fue con Abraham y lo mismo vale para su descendencia. "Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia". Eso dice la Escritura.

La fe no se centra en un hombre o en una mujer sino en las declaraciones de Dios. En Génesis 15, Dios prometió a Abraham un heredero y una descendencia numerosa. Abraham lo creyó, aunque desde el punto de vista humano era imposible tener hijos. Para eso él y Sara estaban demasiado ancianos. Sin embargo, confiaba que Dios

cumpliría su promesa. Esa fe le fue contada por justicia. Cuando Dios va a cumplir sus promesas, no espera ayuda de Abraham. Si Abraham hubiera podido ayudar en algo, entonces habría merecido un pago porque habría trabajado en ello. Para ti vale lo mismo que para Abraham. Eres justificado por la fe. Tú no recibes honra, pero Dios resulta engrandecido.

Tu felicidad la encuentras aceptando la justicia de Dios, sin que tengas que trabajar por ti mismo. En el Salmo 32, David también habla de la justicia sin obras. Léelo en el versículo 5: "Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor". ¿Y qué hace el Señor? Lo lees en seguida: "Y Tú perdonaste la maldad de mi pecado". Si declaramos nuestras injusticias (iniquidades) y pecados en vez de esconderlos, entonces Dios hace con ellos todo lo contrario, los perdona y los cubre. Él los quita, ya no se pueden ver. ¡Si sabes eso, eres bienaventurado! ¡Feliz! Dios ya no cuenta los pecados confesados, porque Cristo derramó su sangre por ellos. ¡Qué gracia tan maravillosa!

También el apóstol Pablo (ya sabes que, en realidad, es el Espíritu Santo) no se cansa de hacernos entender bien, cuánto trabajó Dios para hacernos justos. Los hombres cuyos pecados están perdonados y cubiertos son hombres felices, bienaventurados. Es seguro que tendremos muchas dificultades en nuestra vida, pero ya no necesitamos preocuparnos por nuestros pecados. A ese respecto todo está resuelto de manera perfecta. Dios mismo lo garantiza porque Él mismo lo hizo.

Lee de nuevo Romanos 4 versículos 1 a 8.

Tarea: Trata de penetrarte con el hecho de que Dios ya no piensa en tus pecados.

Lee Romanos 4 versículos 9 a 17, despacio y con atención.

12 La descendencia de Abraham

Para comprender bien el tema de los versículos 9 a 12, debo llevarte una vez más a Génesis 17.

En Romanos 2 versículos 28 y 29 ya te había indicado la misma referencia. Si no lo recuerdas bien, vuelve a leer la sección 7 de este libro. En Génesis 17 lees acerca del pacto que Dios hizo con Abraham. Como señal de ese pacto, todos los varones, hombres y niños, debían ser circuncidados. Esta era una señal externa que recibía cada niño el octavo día después de su nacimiento. Mediante esa señal Dios distinguió del resto de la humanidad al pueblo que iba a nacer de Abraham, o sea el pueblo de Israel. Ya hemos visto que era un gran privilegio pertenecer al pueblo terrenal de Dios.

Pero cuando se trata de recibir la justicia de Dios, no hay diferencia para Él. Para conocer la dicha del perdón de tus pecados y de esta manera saber que eres un justo ante Dios, no hace diferencia si perteneces de forma externa al pueblo de Dios o no. Se trata del interior, de tu fe en Él. Abraham ni siquiera era circuncidado cuando su fe le fue contada por justicia. Recibió la señal de la circuncisión más bien como un sello sobre su fe, esa fe que ya tenía cuando todavía no era circuncidado. Eso se expresa aquí para mostrar que Abraham no sólo es el padre de una descendencia en sentido literal, del pueblo de Israel, sino que también es el padre de una descendencia espiritual. En realidad se trata de tres clases de descendencia. Trataré de explicarlo.

Primero, en el versículo 11, Abraham es llamado padre de los creyentes no circuncidados. Se trata de personas que no son judíos, o sea de gentiles quienes, en su condición de incircuncisos, creyeron así como Abraham cuando aún no era circuncidado. Esa es la primera descendencia.

En el versículo 12 encuentras la segunda y tercera clase de descendencia. En este versículo Abraham es llamado padre de la circuncisión. Aquí se trata de su descendencia física, o sea del pueblo de Israel. Pero esta descendencia se divide en dos grupos. En primer lugar están los descendientes de Abraham sólo en el sentido externo, por la circuncisión física. En segundo lugar están los que no sólo son su descendencia en el sentido externo, sino además en el sentido espiritual. Esas personas muestran que también son su descendencia en el sentido espiritual, al caminar en los pasos de la fe de Abraham, la fe que tenía cuando aún era incircunciso.

La promesa a Abraham o a su descendencia de que sería heredero del mundo no estaba consignada en ninguna ley. La ley es otro convenio entre Dios y su pueblo terrenal, Israel, muy distinto de la circuncisión. La ley aún no existía en el tiempo de Abraham. Llegó siglos más tarde. Y si acaso hubiera sido dada una ley en la cual se afirmara que podían recibir la promesa, entonces ya no se necesitaría fe. Pues en ese caso la promesa dependería del mérito propio y del esfuerzo propio. Como resultado vendría ira en vez del cumplimiento de la promesa, porque nadie conseguiría satisfacer las exigencias de la ley. La seguridad de la promesa reside en la fe y en la gracia. Todo está vinculado de manera muy estrecha con Dios, quien es el objeto de la fe y quien muestra gracia.

Para Abraham, Dios era un Dios que estaba presente de manera personal. Abraham creía en Él, confiaba en Él y sabía que Dios podía obrar lo que para él, como hombre, era una tarea imposible. Abraham veía a Dios como una persona que da vida a los muertos, de la misma manera que puede llamar de la nada cosas que no existen para darles forma. ¡Mira la creación! En el Salmo 33 versículo 9 está escrito: ``Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió''. Puesto que Abraham creyó de esta manera, Dios le puso como «padre de muchas gentes». Así como él creía a Dios al pie de la letra, tú que has conocido a Dios en tu vida puedes creer las promesas que Él te ha dado en su palabra.

Lee de nuevo Romanos 4 versículos 9 a 17.

Tarea: ¿Dios te ha prometido algo? ¿Y confías en Él al respecto?

Lee Romanos 4 versículos 18 a 25, despacio y con atención.

13 La seguridad completa de la fe

¿Qué creía Abraham? Puedes verlo en los versículos que acabas de leer. En Génesis 15 leemos que Dios le hizo salir de su tienda por la noche y le ordenó mirar al cielo.

Allí vio incontables estrellas. Entonces Dios le dijo: "Abraham, así de numerosa será tu descendencia". Y Abraham creyó lo que Dios dijo. En ese momento él tenía alrededor de ochenta años de edad, ya estaba demasiado anciano para poder engendrar hijos. Sara era como diez años más joven, pero aun esa es una edad demasiado avanzada para tener hijos.

Abraham no cerraba los ojos ante esta situación. Sin embargo, "no se debilitó en la fe". No se detuvo en lo que es imposible para los hombres. Su fe estaba puesta en Dios. Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Por eso no dudó de la promesa de Dios. Abraham se hizo fuerte por la fe.

Me imagino que tú también habrás experimentado alguna vez que la fe brinda fuerza. Creer no es una actividad vaga en la cual la imaginación juega un gran papel, sino que trae a Dios delante de nuestros ojos. Esta fe inmovible en el poder de su Dios hizo que Abraham venciera las dudas. Ya no se miraba a sí mismo ni a su propia debilidad. Eso ya le había defraudado suficiente. Cuando aprendió a no mirarse a sí mismo sino a Dios en la fuerza de la fe, entonces se afirmó en él la seguridad de que Dios era poderoso para hacer lo que había prometido.

Cuando una persona fija su mirada de esta manera en Dios, en el Dios todopoderoso, ya no duda tampoco de que Él está en condiciones de dar vida allí donde parece reinar la muerte. Con esta actitud se está dando gloria a Dios y Él recibe honra.

Dios a su vez atribuye a Abraham esta fe como justicia. Ve que Abraham le reconoce, que confía en Él y que piensa sobre Él de la manera correcta. La justicia que Dios atribuye a Abraham significa entonces que Él le dice algo así como: "Si tú piensas de esta manera sobre Mí, entonces me perteneces".

En los versículos 23 a 25 se encuentra una aplicación muy importante para ti como creyente principiante. Porque lo que dice sobre Abraham también está escrito para enseñarte cómo pudiste recibir esa justicia. Con seguridad recuerdas que justicia significa que tú, que eras un pecador y estabas lejos de Dios, ahora le perteneces. Ya no tienes nada que temer de Él.

Que Dios haya podido darte esa posición tan maravillosa, no es un asunto liviano. Él necesitaba una base justa para ello. No podía hacer como si no hubieras pecado. Dios no puede actuar en contradicción consigo mismo. ¿Acaso no habías cometido pecados? Y como Él es santo y justo, debía haberte castigado; pero ahora no lo hace. Dios mismo dio la solución en el Señor Jesús, quien satisfizo todas sus exigencias santas. Y lo hizo de una forma tan perfecta que Dios le resucitó de los muertos.

Ahí tienes la base justa: ¡Dios resucitó a Jesús nuestro Señor de entre los muertos! El Señor Jesús fue entregado por Dios para cumplir en la cruz la obra de reconciliación por tus pecados. Todo el peso de la justicia de Dios fue ejercido sobre tus pecados en la persona del Señor Jesús, quien los llevó en la cruz. Allí Dios juzgó los pecados en Él y el Señor Jesús entró en la muerte. ¿Pero acaso Dios podía dejarle en la muerte cuando había pagado por tus pecados? No. Por eso tenía que resucitarle. Dios se debía eso a sí mismo y a la obra de su Hijo. La resurrección del Señor Jesús por Dios es la demostración firme, inmutable, de que Dios ya no tiene nada que exigir respecto a tus pecados. Todas sus exigencias fueron satisfechas. Tus pecados ya no existen para Él, Él ya no los ve, desaparecieron para siempre. El Señor Jesús es el testimonio eterno de que tus pecados han sido quitados. Nunca más debemos temer que

Dios vuelva sobre ellos. Él mismo proveyó todo lo necesario para tu justificación. Y ya no te ve en relación con tus pecados, sino vinculado con un Cristo resucitado. En el siguiente capítulo verás qué consecuencias magníficas tiene esto para ti.

Lee de nuevo Romanos 4 versículos 18 a 25.

Tarea: Desecha de manera definitiva las dudas que aún tengas sobre la seguridad de tu fe.

Lee Romanos 5 versículos 1 y 2, despacio y con atención.

14 Paz - Entrada - Esperanza / Pasado - Presente - Futuro

Estos dos versículos están tan atiborrados de cosas hermosas, que son suficientes para escribir una sección aparte sobre ellos. Es bueno aprenderlos de memoria.

Es seguro que con los capítulos anteriores has comprendido un poco de todo lo que fue necesario para hacerte justo. También has visto que para tu justificación todo salió de Dios mismo. Recibiste la justicia de Dios. ¡Él proveyó todo! Ahora puedes alegrarte por lo que dice en los versículos 1 y 2.

Has sido justificado. No por tu propio esfuerzo sino por Dios, porque creíste en Él.

La consecuencia es que tienes paz con Dios. Antes vivías en rebelión contra Él. No le escuchabas y hacías lo que tú mismo querías. No te gustaba obedecer a Dios. Lo que hacías y dejabas de hacer, Dios lo valoraba de una manera muy distinta a como tú mismo lo juzgabas. Pero ya reconociste que Dios siempre tiene la razón en su opinión sobre ti y sabes que Él quitó todo lo malo de ti por medio del Señor Jesucristo. Por eso ahora hay paz en tu corazón cuando piensas en Dios. Hay paz con Dios, porque su justicia está satisfecha. Cuando piensas en Dios sientes quietud y alegría, y te agrada que Él esté presente.

Con tu pensamiento puedes entrar a la presencia de Dios, sin preámbulos, para hablar con Él. Cuentas con su simpatía. Qué gracia es tener entrada libre a Dios, a ese mismo Dios que debía condenarte a causa de tus horribles pecados. Ahora puedes venir a Él sin limitaciones (sin cita previa y a cualquier hora) y sin miedo (nunca temas que Él te rechace). Puedes contarle todo lo que tengas en tu corazón o lo que te haya

sucedido. A Él le agrada que le trates con confianza.

Y en el futuro puedes estar por la eternidad en la gloria de Dios. Te glorías en esa esperanza. En la Biblia la «esperanza» nunca es algo dudoso. Hoy en día esa palabra se utiliza de esta manera. Decimos: ``Espero que sí'', y con eso queremos decir que sí lo deseamos, pero que no hay seguridad de que así sea. En la Biblia la esperanza siempre es algo seguro. Sólo que la esperanza bíblica es algo que todavía debe cumplirse. Lo que uno espera aún no está presente. Así sucede con la gloria de Dios, en la cual podrás estar siempre, por la eternidad. Todavía no has llegado a la gloria de Dios. Aún vives aquí en la tierra. Eso se te aclarará en el versículo 3 y en los siguientes. Pero es absolutamente seguro que llegarás a la gloria de Dios. En eso hasta te glorías.

La garantía no es tu fidelidad ni tu fuerza. De nuevo, la esperanza está anclada en lo que Dios ha hecho, en la resurrección del Señor Jesús. Por eso has llegado a ser un justo (vuelve a leer los versículos 24 y 25 del capítulo anterior). ¡Qué cambio en tu situación, respecto a lo descrito en Romanos 3 versículo 23! Allí leíste que estabas alejado de la gloria de Dios. Por tus pecados ese terreno estaba vedado por completo para ti, allí no podías entrar. Es imposible que Dios pueda admitir pecados en su presencia y en su gloria. Pero ahora que has sido justificado, esperas con anhelo entrar allí y Él también desea recibirte. ¡Qué milagro de Dios! ¡Cuántas razones tienes para darle gracias!

Hace un momento dije que puedes venir a Dios con todo lo que tienes en tu corazón. Pero lo que más le agrada es que vengas para darle gracias por todo lo que Él y el Señor Jesús han hecho. Deja un momento este libro y cuéntale a Dios todo lo que has comprendido hasta ahora de esta carta que Él escribió también para ti. Dile que le amas mucho. Entonces experimentarás algo de lo que la Biblia llama «comunión». Habla con Él sobre cosas que para ti y para Él tienen mucho valor. Hazlo ahora mismo y sigue leyendo más tarde o mañana.

Lee de nuevo Romanos 5 versículos 1 y 2.

Tarea: Aprende estos dos versículos de memoria.

Lee Romanos 5 versículos 3 a 11, despacio y con atención.

15 Gloriarse en las tribulaciones y gloriarse en Dios

La palabra «gloriarse» significa alegrarse, estar contento. Es seguro que estás muy contento si ves tu futuro delante de ti en el versículo 2.

La perspectiva de poder entrar a la gloria de Dios te hace feliz. Pero aún no has llegado. Todavía estás en camino hacia allá y aún vives aquí en la tierra, con todas las preocupaciones y problemas que eso trae consigo. ¿Acaso aquí hay algo de qué gloriarse, algo para estar contento?

Sin embargo dice en el versículo 3: "Nos gloriamos en las tribulaciones". Muy bonito, pero quizá te preguntarás: "¿Y eso cómo es posible?" Para ello debes poder decir "sabemos". «Saber» significa saber a ciencia cierta, sin lugar para ninguna duda. En esta porción, significa saber con seguridad que las tribulaciones no vienen por sí solas. Las dificultades que Dios permite en tu vida tienen un objetivo. Él utiliza las cosas difíciles por las que atraviesas para probar la sinceridad de tu fe. Si en tu vida todo marcha a las mil maravillas entonces no es difícil creer. Pero cuando se presentan las dificultades y amenazan los problemas, entonces puedes demostrar cuánto vale tu fe. Si es auténtica, seguirás confiando en Dios y no renunciarás a ella en el primer obstáculo. Por el contrario, encontrarás apoyo en los obstáculos, porque sabes que a Dios no se le salen de las manos.

Una tribulación se hace difícil de verdad cuando empieza a prolongarse más de lo que quisieras. Por eso necesitas paciencia. Puedes contar con la fidelidad y la ayuda del Señor para resistir cuando las dificultades se prolonguen. Él desea sostenerte y darte la fuerza necesaria para resistir. Así experimentas su apoyo, y esa es la «prueba» que se menciona en el versículo 4. Pruebas, gustas, experimentas su ayuda. Es una experiencia

maravillosa en medio de toda la tristeza.

La consecuencia de esa experiencia o prueba es esperanza. Al experimentar quién es Dios en tu vida cotidiana, aprendes que Él no te abandona y que te llevará adonde tanto desea tenerte, a su gloria. Ya ves cómo lo uno origina lo otro. Ahora todavía se añade algo maravilloso, el amor. Amor es la naturaleza de Dios. Dios es amor y ha derramado su amor en tu corazón. Puedes tener dificultades muy grandes, pero en tu corazón tienes la convicción de que Dios, en su amor, nunca perderá el control de la situación.

Para experimentar ese amor de Dios no necesitas esforzarte por ti mismo. Te falta la fuerza para ello, de la misma manera que no tenías la capacidad para justificarte ante Dios. Ahora hay una nueva fuente de poder en nosotros, el Espíritu Santo que nos fue dado. El Espíritu Santo, quien es Dios, ha derramado en ti el amor de Dios.

Sin lugar a dudas, la mayor prueba del amor de Dios consiste en la muerte de Cristo por débiles e impíos. Entre los hombres puede suceder que alguien muera por otro, porque aquel lo merece. Pero esa no es la manera en la cual Dios ama. Dios te muestra su amor en que Cristo murió por ti cuando todavía eras un pecador.

En ti no había nada atrayente para Dios, nada que le motivara a entregar a su Hijo a la muerte. Pero Dios es amor. Él dio a Cristo por su propia iniciativa, sin que tú se lo pidieras, por la sencilla razón de que Él es amor. Si Dios ha demostrado así su amor, incluso cuando no le querías a Él, ¿no te cuidará con ese mismo amor mientras permanezcas aquí en la tierra? Fuiste reconciliado por la sangre de Cristo, ¿recuerdas? Le perteneces. Dios siempre ve su sangre. Ya no te ve como pecador, sino que te ve vinculado con el Señor Jesús.

Cristo mismo es la prenda de garantía de que tú eres salvo de la ira. Es imposible que la ira de Dios te alcance. Ella tuvo su efecto para ti cuando Cristo murió por ti. Tú eras un enemigo de Dios y tenías que ser reconciliado con Él. Eso ocurrió por la muerte de su Hijo. Ahora ya no

eres enemigo de Dios sino que has sido reconciliado con Él. El Hijo de Dios ya no está muerto. Él estuvo muerto y está vivo por la eternidad. ¡Él vive! ¿Sabes para qué vive? Para salvarte. Aquí la frase "seremos salvos" significa que seremos llevados con seguridad a través de los peligros de la vida, para luego ser introducidos en la gloria de Dios. ¿Piensas que Él puede hacerlo? ¡Seguro que sí!

En el versículo 11 aparece por tercera vez la expresión "nos gloriamos". Esta es la manera más elevada de gloriarse. No es gloriarse en la esperanza de la gloria de Dios como en el versículo 2 ni tampoco es gloriarse en las tribulaciones como en el versículo 3. Lo de los versículos 2 y 3 se relaciona con el futuro que aún tienes por delante y con tu vida cotidiana. Algún día, el futuro se realizará y la vida en la tierra se acabará. Por eso, el gloriarse de los versículos 2 y 3 también se terminará un día.

El «gloriarse» del versículo 11 es algo muy distinto. Aquí se refiere a gloriarse en Dios mismo como la fuente y el origen de todas las bendiciones. En este caso ya no hablas sobre ti mismo ni sobre lo que has recibido. Dios mismo, el dador, está delante de ti en toda su grandeza. Puedes gloriarte en Dios por el Señor Jesucristo, por quien ahora has recibido la reconciliación. Este gloriarte en Dios es algo con lo cual puedes empezar ahora y que no se acabará cuando hayamos llegado a la gloria de Dios. Por la eternidad Él será el objeto de tu admiración y de tu adoración.

Lee de nuevo Romanos 5 versículos 3 a 11.

Tarea: Dile a Dios qué piensas de Él, cómo le admiras por su amor que experimentas cada día y por dar a su Hijo.

Lee Romanos 5 versículos 12 a 14, despacio y con atención.

16 El pecado original

Aquí comienza una nueva porción de esta carta. Para experimentar tu vida de fe, es muy importante que reflexiones bien sobre estos versículos.

Hasta aquí el apóstol te ha hablado sobre tus pecados, los hechos que realizaste en desobediencia a Dios. También te ha explicado que Dios perdonó tus pecados y que Él pudo hacerlo porque Jesucristo dio su sangre. Dios ya no ve tus pecados. Ahora te ve como un justo, como alguien que tiene derecho a pertenecerle. Ya no hay nada en ti que le impida tenerte cerca de sí. Y tú te sientes a gusto junto a Dios. Recuerda los versículos 1 y 2 de este capítulo. (¿Ya los sabes de memoria y «de corazón»?)

De manera que ya no hay problemas con lo que has hecho, con tus obras malas, porque la cuenta está saldada. Pero me imagino que ya te enteraste de que aún tienes la capacidad de pecar, de hacer cosas malas. Ya no quieres mentir, robar, decir malas palabras o causar tristeza a nadie, pero de repente lo haces. ¿Por qué?

Eso ocurre porque tienes una naturaleza mala, y ese hecho debes tenerlo bien presente. Hacías cosas malas (y, por desdicha, aún las haces a veces) porque eres malo. Puedes compararlo con un árbol y sus frutos. Por ejemplo, si le quitas todas las naranjas a un naranjo entonces ya no hay frutos. Pero el árbol sigue siendo un naranjo. La próxima temporada vuelve a dar naranjas. Esos frutos, las naranjas, pueden compararse con los pecados, las obras que hemos hecho.

Dios quitó los pecados, tus hechos malos. Pero todavía llevas contigo su raíz, la naturaleza mala de donde salen esas obras. Ese es el pecado que vive en nosotros y por el cual te dejabas dominar cuando aún eras un

pecador.

En el resto de este capítulo y en los siguientes se explica lo que Dios ha hecho con el pecado, con esa naturaleza mala. Él ha procedido de una manera muy distinta con el pecado que vive en ti, o sea la naturaleza mala de donde salen esos hechos, que con los mismos hechos malos. Por ello, debes permitir que la enseñanza de esta porción penetre bien en tu corazón.

En esta carta ya has encontrado algunos pasajes un poco más difíciles de comprender, y esta tampoco es una porción fácil de entender. Pero de verdad es muy importante para una vida de fe equilibrada y para un desarrollo sano de esa vida. Te convencerás de ello cuando veas la manera como Pablo se extiende en este tema.

En el versículo 12 empieza afirmando que el pecado entró al mundo por un solo hombre, el primer hombre, Adán. Con el pecado también vino la muerte. El pecado y la muerte están enlazados de manera indisoluble. Dios le había dicho a Adán en Génesis 2 versículo 17: "El día que de él comieres, ciertamente morirás". Pero este grave efecto del pecado de Adán no fue sólo para él mismo. Todos los hombres y todas las mujeres que nacieron después de Adán, heredaron de él esta misma naturaleza mala. Y la consecuencia es que todos los hombres y mujeres que han vivido, tarde o temprano murieron. Ninguno de la descendencia de Adán permaneció vivo, por lo menos yo no conozco ninguna excepción. ¿Acaso tú sí?

Las consecuencias de lo que hizo Adán son radicales. Como cada hombre peca, cada hombre muestra en la práctica que descende de Adán. Por fortuna con eso no se ha dicho la última palabra, como lo mostrarán los próximos versículos.

Los versículos 13 a 17 son una interrupción, en algunas versiones de la Biblia aparecen entre paréntesis.

En los versículos 13 y 14 dice que el problema del pecado no es algo con

lo cual sólo tenían que ver los judíos quienes habían recibido la ley. El pecado no entró al mundo con Israel, cuando ese pueblo recibió la ley, sino que ya estaba presente en el mundo desde mucho tiempo atrás. Lo único que hace la ley es ordenar o prohibir algo. Si no se ha dado ninguna ley, tampoco puedes desobedecerla y por lo tanto tampoco puedes ser castigado con base en la ley. Pero la ley no cambiaba el hecho de que reinaba la muerte.

Adán había desobedecido un mandamiento (no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal) y había muerto. Pero todos los que vivieron en el período entre Adán y Moisés también murieron, aunque no habían desobedecido un mandamiento como ése.

Con todo, queda claro que el pecado y la muerte entraron al mundo por Adán y desde Adán. Pero, como dije antes, el pecado y la muerte no tienen la última palabra. Allí donde entraron cosas tan horribles por un hombre, Adán, allí vino otro hombre, Cristo, y efectuó cosas maravillosas. En cierto modo Adán es una figura de aquel que iba a venir, o sea de Cristo. Esto se explica en los próximos versículos.

Lee de nuevo Romanos 5 versículos 12 a 14.

Tarea: De tu propia vida o de la vida de algún otro, ¿recuerdas acontecimientos que hayan tenido consecuencias para otras personas?

Lee Romanos 5 versículos 15 a 21, despacio y con atención.

17 Cristo y Adán

En estos versículos encuentras una comparación entre Adán y Cristo. Ambos se encuentran a la cabeza de una generación humana.

Esas generaciones son los dos grupos en los cuales puede dividirse la humanidad. Todo ser humano pertenece a Adán, cabeza de una generación caída en el pecado, o bien a Cristo, cabeza de una generación justificada. Las consecuencias de lo que hizo Adán valen para los integrantes de su grupo y las consecuencias de lo que hizo Cristo valen para los integrantes del suyo. Esta porción no es tan fácil de explicar. Debes tratar de comprenderla versículo por versículo. Quiero ayudarte un poco mostrando las diferencias entre Adán y Cristo, consignadas en cada versículo.

Versículo 15 - Aquí hay una comparación entre el don de la gracia (o sea Cristo, quien fue dado por Dios) y la transgresión o infracción (cometida por Adán). Tanto el delito como el don tienen grandes consecuencias para otras personas. El delito de un hombre, Adán, implicó la muerte para todos los hombres. Lo que hizo todavía actúa en su descendencia. Desde Adán también "los muchos" murieron. Por ventura, frente a esto está el don de Dios en Jesucristo. Este don también actúa todavía en todos los que le han recibido. Y este don de gracia sobrepasa el delito de manera muy amplia. Cualquiera de "los muchos" lo reconocerá con gratitud. ¿Cierto que tú también?

Versículo 16 - Aquí hay una comparación entre el don y el pecado. El motivo del juicio fue «apenas» un solo pecado. El motivo de nuestra justificación fueron nuestras muchas transgresiones. Dios las ha quitado todas porque su Hijo se entregó en la cruz.

Versículo 17 - Aquí hay una comparación entre los resultados. Como resultado de la infracción de uno solo, Adán, la muerte entró al mundo y reinó. Pero mira el resultado del don. Todo aquel que ha recibido el don de la justicia, reinará en vida. Eso se hizo posible gracias a uno solo, Jesucristo. Quien le pertenece ha pasado de la muerte a la vida.

Versículo 18 - Aquí se trata de las consecuencias de la acción de Adán y de la acción de Cristo. Las consecuencias de una sola acción de Adán afectan a todos los hombres y significan para todos ellos la condenación. Esto quiere decir que todo el que forma parte del grupo de Adán, o sea, quien no se ha arrepentido, en efecto será condenado. Pero las consecuencias de la obra de Cristo también se extienden a toda la humanidad. Todas las personas pueden participar de una vida nueva, para la cual la condenación no tiene validez.

Versículo 19 - En este versículo encuentras la última comparación. ¿Quién pertenece a la generación de Adán y quién a la de Cristo? Todos los pecadores corresponden a Adán, porque él fue desobediente. Todos los justos corresponden a Cristo, porque Él fue obediente.

Hay una diferencia entre los versículos 18 y 19. En el versículo 18 dice que todos los hombres caen bajo condenación como consecuencia de la acción de Adán. Pero todos también pueden ser justificados por la obra de Cristo. Aquí se trata entonces del alcance de las consecuencias de lo que hicieron Adán y Cristo. Ellas se extienden a todos los hombres y mujeres.

Pero en el versículo 19 no dice "todos los hombres" sino "los muchos". Aquí dice a quiénes se aplican en realidad las consecuencias de lo que hizo Adán o de lo que hizo Cristo. El que integra el grupo de Adán ha sido constituido pecador. El que integra el grupo de Cristo ha sido constituido justo.

Entonces vino la ley. El hombre ya era pecador. Pero por la ley se hizo mucho más evidente que lo era, porque la infringió. Así la situación del hombre se volvía cada vez más desesperante. ¿Pero qué lees enseñada?

“Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”. La gracia de Dios siempre es mucho más grande que el pecado del hombre. Para ti el pecado ya no reina para muerte, sino que reina la gracia. Observa bien que la gracia reina por la justicia, no porque Dios hiciera como si el pecado ya no existiera. Tú recibiste gracia porque la justicia de Dios fue satisfecha. El resultado es que has recibido vida eterna. Muy pronto podrás disfrutar de esa vida en toda su plenitud en la gloria de Dios. Y todo eso por Jesucristo, nuestro Señor. ¡Qué Dios y qué Señor tenemos!

Lee de nuevo Romanos 5 versículos 15 a 21.

Tarea: Busca otras diferencias entre Cristo y Adán (mira por ejemplo Primera a los Corintios 15 versículo 45).

Lee Romanos 6 versículos 1 a 7, despacio y con atención.

18 El bautismo

Una pregunta directa: ¿Ya te has hecho bautizar? Si eso aún no ha sucedido, espero que lo hagas muy pronto. En la porción que ahora tenemos delante se explica el significado del bautismo.

Si ya te has hecho bautizar, también es bueno volver a reflexionar sobre el significado de este acto.

En realidad esta porción está dirigida a creyentes que ya se habían hecho bautizar. Algunos habían olvidado lo que significa el bautismo. Tenían pensamientos que no concordaban con lo que habían manifestado en el bautismo. Por eso Pablo les recuerda su bautismo. Tú también necesitas refrescar tu memoria de vez en cuando. Es seguro que también te has asombrado por la inmensa abundancia de gracia que Dios te ha demostrado por Cristo. Cuanto mayor era el pecado, tanto más abundante se hacía la gracia. Pero eso no significa que se pueda seguir viviendo en el pecado.

Si alguien piensa así, no comprende nada de la obra de Cristo ni de lo que Dios ha hecho con el pecado. ¿Recuerdas lo que Dios hizo con el pecado? En Cristo Él juzgó el pecado, o sea la fuente, la raíz que produce las obras malas. Y en Cristo tú moriste bajo el juicio de Dios. Tan cierto como que Cristo murió, es que en su muerte tú también moriste para el pecado. ¿Cierto que en realidad es imposible seguir viviendo en el pecado?

Para reforzar este argumento tan sencillo, Pablo aquí señala el bautismo. Aquel que se hace bautizar, reconoce y declara de manera pública que la muerte era la única solución que Dios tenía para el pecado. Lo único que Dios puede hacer con alguien que vive en el

pecado, es dejar caer sobre él el juicio de la muerte. Al hacerte bautizar reconoces esto y en un sentido simbólico te dejas sepultar con Cristo. Igual que en la vida diaria, alguien que ha fallecido debe ser sepultado. Para esa persona ha terminado la vida terrenal y después del funeral ya no puede verse nada de ella. Si te has hecho bautizar, eso también vale para ti. La vida pecaminosa de antes se acabó. La vida que vives en adelante es nueva en todo sentido.

Para que eso fuera posible, la gloria del Padre descendió a la tumba del Señor Jesús y le resucitó de los muertos. La gloria del Padre podía entrar en el sepulcro del Señor Jesús, porque el pecado había sido juzgado. Ahora tú estás vinculado con esa gloria. Fuiste identificado con Él en su muerte y fuiste identificado con Él en su resurrección.

Eso puedes mostrarlo a tu alrededor, en un mundo que no ha cambiado. Pero tú sí has cambiado. Ahora vives de una manera distinta, nueva. El mundo en el que antes te sentías a gusto ahora ya no tiene nada que ofrecerte. ¿Con qué puedes alegrar a alguien que ha fallecido? No tiene ningún sentido ofrecerle algo a un muerto, porque ya no puede recibirlo. Y de un muerto no puede esperarse nada. Ya no puede desarrollar ninguna actividad. La obra de Cristo en la cruz es muy radical. Allí nuestro viejo hombre fue crucificado con Él y allí fue destruido el cuerpo del pecado. "El cuerpo del pecado" abarca todo aquello en tu ser que el pecado podía utilizar para expresarse. ¿Y acaso todo lo que hacías cuando aún eras un pecador no estaba en manos del pecado? ¿Acaso no vivías sólo para ti mismo? Y ahora todo tu ser fue crucificado con Cristo.

Ahora el pecado ya no tiene ningún punto de apoyo en tu ser y ya no puede utilizar nada tuyo, porque todo está destruido. Ya no sirves al pecado, porque has muerto. Cualquier persona dirá que es razonable no esperar ninguna actividad de alguien que ha fallecido. En el sentido espiritual es lo mismo. El que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Para alguien así ya no vale ninguna acusación, en ese caso no puede acusarse de nada. Según el derecho tal persona es libre del pecado.

Quizá dices ahora: ``Pues sí, todo es muy bonito, así está escrito, pero me doy cuenta de que el pecado todavía puede utilizarme de vez en cuando''. Más adelante Pablo se detiene en esa experiencia. Por el momento es importante que aceptes, por la fe, que contigo sucedió lo mismo que con Cristo cuando Él fue crucificado, murió y fue sepultado. Dios te juzgó en Él. Debes creerlo de la misma manera como crees que tus pecados, tus hechos malos, han sido perdonados por su sangre.

Lee de nuevo Romanos 6 versículos 1 a 7.

Tarea: ¿Cuánta importancia crees que tiene el hacerse bautizar? ¿Por qué?

Lee Romanos 6 versículos 8 a 14, despacio y con atención.

19 ¡Vive para Dios!

Has muerto con Cristo. ¡Aférrate a eso! Así te ve Dios. Créelo. No te dejes confundir por ninguna cosa que veas en ti mismo ni por nada que te suceda. ¡Tú has muerto!

Hay otra cosa que puedes creer y es que también vivirás con Cristo. (¿Recuerdas que «creer» significa estar bien seguro?) Dios te ve identificado por completo con Cristo en el pasado, cuando Él murió. También te ve identificado por completo con Cristo en el futuro, cuando estés con Él. Eso lo sabes porque Cristo no permaneció muerto sino que resucitó. Dejó la muerte atrás. Ella nunca más tendrá poder alguno sobre Él. Él ya no muere, la muerte ya no reina sobre Él. En ella, Él ajustó cuentas con el pecado de una vez para siempre, por la eternidad. Nunca más será necesario que Él muera por el pecado.

Cristo vino como hombre a la tierra para resolver el problema del pecado. En su vida terrenal, tuvo que enfrentar el pecado todos los días. Estaba en contacto con el pecado que le rodeaba por todas partes. Pero Él mismo no hizo pecado (Primera de Pedro 2 versículo 22); Él no conocía el pecado (Segunda a los Corintios 5 versículo 21); en Él no había pecado (Primera de Juan 3 versículo 5). Sólo en la cruz, durante las tres horas de tinieblas, Él fue hecho pecado, llevó los pecados y murió por ello. De manera que su muerte fue por el pecado y es un asunto concluido. Ya no hay que añadirle nada. Y en lo que se refiere a su vida actual, Él vive para Dios. En el versículo 11 se aclara lo que significan los versículos anteriores para ti. Allí dice cómo encuentras la fuerza necesaria para vivir una vida para Dios.

Este versículo empieza con ``Así también vosotros''. Eso significa: ``De la misma manera''. Mira lo que hizo Cristo por el pecado y lo que hace ahora que vive. ¿Él murió? Entonces yo también he muerto. Esto debes

hacerlo realidad en la práctica de tu vida cristiana. Por eso el mantenerse muerto para el pecado se presenta aquí como un encargo. Dios te ve muerto con Cristo. Entonces, ¡mírate a ti mismo de la misma manera! No dice que debes morir, sino que has muerto. Ya sucedió. Cuenta con ello y no vivas como si no hubieras muerto.

Con la vida de Cristo sucede igual que con su muerte. ¿Cristo está vivo y vive para Dios? ¡Sí! Entonces tú también estás vivo para Dios en Jesucristo. Dios te ve así. El pecado ya no tiene ningún derecho sobre tu cuerpo. Ya no hay ninguna razón para obedecer las concupiscencias o deseos de tu cuerpo mortal. ¿Acaso no has muerto? Por eso, cuando el pecado quiera utilizarte, dile: "No". No permitas que los miembros de tu cuerpo vuelvan a ser instrumentos del pecado para hacer iniquidad (cosas malas). No le des permiso a tus manos para robar. No le des permiso a tu boca para blasfemar ni para mentir. No le des permiso a tus ojos para mirar la impureza. No le des permiso a tus oídos para escuchar la música del mundo.

Los miembros de tu cuerpo ya no están a disposición del pecado. Tu cuerpo ahora es un instrumento de la vida de Dios y estás autorizado y capacitado para utilizarlo para Dios. Puedes utilizar tus manos para ayudar a otros. Puedes utilizar tu boca para hablar palabras buenas y consoladoras y para alabar a Dios. Puedes utilizar tus ojos para admirar la belleza de la creación de Dios y para leer cosas hermosas sobre el Señor Jesús. Con tus oídos puedes escuchar lo que otros quieren contarte, quizá sobre sus problemas o sobre su vida con el Señor. Tus miembros retienen sus funciones, pero se han convertido en instrumentos que Dios puede utilizar para obrar justicia (obras buenas). Entrégate a Dios, porque no estás bajo la ley, sino bajo la gracia.

Hay una diferencia inmensa entre ley y gracia. La ley demostró que tú eras un pecador y un infractor. Mostró que no podías cumplir sus exigencias. Pero la gracia no exige, por el contrario, ¡la gracia ofrece! Dios hizo todo y te brinda la fuerza para vivir para Él. Terminó con tu vida pasada en el pecado haciendo que murieras en la muerte de Cristo. Por eso el pecado ya no se enseñoreará de ti. Tú has muerto. Y como

el pecado ejercía su fuerza sobre ti mediante la ley, ahora ya no tienes nada que ver con ninguna ley. Ahora estás bajo la gracia. Gracia significa que ya no esperas nada en absoluto de ti mismo y que te entregas sin reserva a Dios. Sólo bajo la gracia hay fuerza para vivir para Dios.

Lee de nuevo Romanos 6 versículos 8 a 14.

Tarea: ¿Cómo piensas poder presentar hoy tus miembros al servicio de Dios?

Lee Romanos 6 versículos 15 a 23, despacio y con atención.

20 Servir bajo la gracia

El hecho de que ahora ya no estés bajo la ley, no significa que tengas permiso de hacer lo que quieras.

¿Sabes lo que sucedió contigo? Cambiaste de amo. Antes eras un esclavo y ahora sigues siendo un esclavo. Un siervo o esclavo no tiene derecho a nada para sí mismo. Vive para otro que tiene autoridad sobre él.

No hay ni un solo hombre o mujer que sea libre. Todo ser humano es un esclavo. ¿Pero tú de quién eres esclavo? Si te colocas al servicio del pecado para obedecer al pecado, eres un esclavo del pecado. En ese caso, tu vida termina en la muerte.

Si te colocas al servicio de la obediencia, para hacer lo que Dios dice, eso se verá en tu vida. En tu vida práctica tendrás en cuenta la voluntad de Dios y lo mostrarás haciendo cosas buenas y positivas para Él. Sólo hay dos posibilidades excluyentes: Eres esclavo del pecado, o bien, eres esclavo de la justicia.

Pero puedes darle gracias a Dios, porque **eras** esclavo del pecado. Eso ya pasó. También puedes darle gracias a Dios porque recibiste algo en lugar de eso, y es que has llegado a conocer al Señor Jesús. Él es el contenido de la doctrina a la cual fuiste entregado. Él es tu ejemplo, de quien puedes aprender cómo debe comportarse un esclavo de la justicia.

En los capítulos anteriores viste todo lo que Dios ha hecho por medio de Él. Esto te impresionó y por eso obedeciste de todo corazón. Eso no es obediencia a alguna ley, sino obediencia a una persona, a Dios, a quien entregaste tu corazón. Has sido libertado del pecado y de verdad eres

libre del todo. En el mundo la libertad es un motivo de lucha. Los hombres oprimidos suspiran por ella. Sólo encuentran descanso cuando por fin pueden volver a moverse por donde quieran, sin temor a sus opresores. Esto vale con mayor razón para el pecado. El pecado ya no tiene poder sobre ti, pero ahora eres un esclavo de la justicia. Antes hacías cosas inmundas, sucias, y vivías en iniquidad. Iniquidad significa que no reconocías ninguna autoridad, no escuchabas a nadie. Vivías para ti mismo y fijabas tus propias normas. Aunque creías que eras libre, en realidad eras un esclavo, así como lo son todavía todas las personas sin Dios. Ahora puedes servir a la justicia, teniendo como objetivo la santificación.

Santificación significa que tú vives separado del todo para Dios. Vivir en santificación no es andar con una aureola sobre la cabeza. Santificación quiere decir que ya no compartes con el mundo, sino que te centras en Dios.

Como esclavo del pecado no hacías lo que Dios quería. Ni siquiera podías hacerlo. Obedecías tus propios gustos y deseos. Incluso volver a pensar en esas cosas sólo te trae profunda vergüenza. El único resultado de esa vida era la muerte. Qué maravilla, que Dios no haya ejecutado ese juicio de la muerte sobre ti sino sobre el Señor Jesús. De esa manera has sido libertado del pecado y te has convertido en un esclavo de Dios. Ahora tu vida produce un fruto muy distinto. No es un fruto del cual te avergüenzas, sino un fruto en el cual te gozas. Ese fruto es la santificación. Si vives como un esclavo de Dios, entonces vives dedicado por completo a Dios y le das la espalda al pecado y al mundo. Dios busca en tu vida ese fruto de santificación. Cuanto más se vea ese fruto, tanto más visión adquieres del final tan hermoso, la vida eterna que disfrutarás en plenitud cuando estés en el cielo. El versículo 23 resume lo anterior en algunas palabras. (¡Apréndelo también de memoria!) Con el pecado recibes lo que mereces. Todos, sin excepción, merecen la muerte como pago por el pecado. Dios coloca algo al frente de ello. (¿Algo? ¡Mucho!) Eso no puede ganarse. Es una dádiva de gracia, sobre la cual nadie tiene derecho alguno. ¡Es la vida eterna! Dios la da en Cristo Jesús nuestro Señor.

Todo lo que Dios da está vinculado con el Señor Jesús. Por Él vienen a ti todas las bendiciones del corazón de Dios. Él quitó para ti todos los obstáculos. Dios ahora te ve en relación con Él. Por eso Dios puede darte la inmensa bendición de la vida eterna.

Lee de nuevo Romanos 6 versículos 15 a 23.

Tarea: ¿Cómo marcha tu santificación?

Lee Romanos 7 versículos 1 a 6, despacio y con atención.

21 Libre de la ley

Eres libre de la culpa. Eso te fue explicado en la porción del capítulo 3 versículo 21 al capítulo 5 versículo 11.

También fuiste libertado del poder del pecado. Eso te fue explicado en el resto del capítulo 5 y en el capítulo 6. Ahora, además, debes aprender que también fuiste libertado de la ley. Este capítulo trata sobre eso.

Haber sido libertado de la ley es el asunto más difícil de aceptar por la fe, debido a que la experiencia puede ser muy distinta. Este capítulo lo muestra. Aquí encuentras a alguien que sí posee la vida nueva y por eso quiere hacer lo bueno, pero que sin embargo cada vez vuelve a hacer lo malo. De ahí que se sienta muy miserable.

Yo mismo también tuve un período así en mi vida. Quieres vivir para el Señor Jesús y, sin embargo, cada vez vuelves a fallar. Eso sucede porque te impones obligaciones, sea de manera consciente o inconsciente. Quieres servir a Dios y opinas que lo mejor es atenerte a ciertas reglas, a una ley. Al fin de cuentas la ley fue dada por Dios. Pero el resultado es que sientes tu insuficiencia. Por eso el gozo de la fe disminuye muy rápido. Ya no testificas. Te centras del todo en ti mismo. Las palabras «yo» y «mi» aparecen cerca de veinte veces en este capítulo. La liberación de esta situación tan triste se encuentra al final del capítulo, en el versículo 25. Por eso debes asimilar bien todo el capítulo.

Los versículos 1 a 6 constituyen una especie de introducción. Si se trata del uso de la ley, es evidente que una ley rige sobre una persona mientras ésta viva. Es absurdo imponerle una multa a alguien que cometió una infracción de tránsito y perdió la vida en el accidente que se produjo. Una multa se le impone a alguien que es responsable de

una infracción cometida y que también puede pagar la multa. Con un muerto eso es imposible.

Pablo ilustra esto con el ejemplo de un matrimonio. Quiere enseñarte que una relación entre dos partidos es válida mientras ambos están vivos. No hay sino una manera de disolver esta relación y es cuando uno de los dos muere. En el caso del matrimonio, si el esposo muere la mujer es libre para casarse con otro. Es una adúltera si se hace mujer de otro hombre mientras su primer marido todavía vive.

Cuando Pablo aplica esto a la relación entre el creyente y la ley, dice lo siguiente. Según la ley el pecador debía morir. Pero tú ya has muerto para la ley por el cuerpo de Cristo. Cuando Él murió, tú moriste. Pero Cristo resucitó de los muertos. Luego tú ya no estás vinculado con la ley, sino con un Cristo resucitado, quien tampoco tiene nada que ver con la ley. ¿Acaso la ley no se ejerció sobre Él de manera completa? Ahora que ya no estás vinculado con la ley sino con un Cristo resucitado, puedes llevar fruto para Dios.

Cuando estabas en la carne, es decir, cuando aún eras incrédulo y hacías tu propia voluntad, cedías a los deseos del pecado. Cuanto más prohibiera la ley hacer algo, tanto más deseo tenías de hacerlo. Tú sabes muy bien que es mucho más atractivo hacer aquello que está prohibido. Pero todo era fruto para la muerte y no para Dios. Vivías como un prisionero de la ley. La ley decía lo que debías hacer y ejercía su poder sobre ti. Tú eras un esclavo de la ley. Pero como has muerto, la ley ya no tiene autoridad sobre ti. Ahora prestas servicio de una manera muy distinta. Ya no sirves bajo el régimen viejo de la letra, esto es, un régimen en el cual todo está prescrito con exactitud, "haz esto y no hagas lo otro". Ahora sirves bajo el régimen nuevo del Espíritu, es decir, un régimen en el cual dejas que actúe la nueva vida espiritual, la vida que se centra en el Señor Jesús.

Lee de nuevo Romanos 7 versículos 1 a 6.

Tarea: Hazte la siguiente pregunta: ¿Vivo mi relación con el Señor Jesús o vinculado con alguna ley?

Lee Romanos 7 versículos 7 a 13, despacio y con atención.

22 Por medio de la ley es el conocimiento del pecado

En esta carta has leído bastante sobre la ley. En los capítulos siguientes y en las demás cartas de Pablo también encuentras mucho sobre este tema.

Por eso debes leer con cuidado esta porción y mirar si puedes descubrir la razón por la cual fue dada la ley. De nuevo, no es una porción fácil pero sí muy importante. Podrías pensar que la ley es algo pecaminoso porque parece que sólo te lleva a cosas malas. Pero no es así.

En el capítulo 3 versículo 20 ya leíste que por la ley viene el conocimiento del pecado. Fíjate en la palabra conocimiento. No dice que la ley te **empuje** a pecar. Lo que ella hace es mostrar el pecado. Piensa por ejemplo en la codicia. La codicia es algo que no puedes ver. Está en el corazón. Tú no sabrías que la codicia es pecado, si la ley no dijera: "No codiciarás". Pero como la ley lo dice de manera tan explícita, ahora descubres que en efecto es un pecado. El pecado que habita en ti despierta la codicia, justo cuando ha sido dado un mandamiento que te prohíbe codiciar. Un pequeño ejemplo puede aclarar esto. Cuando mis niños llegan de la escuela siempre pueden tomar una galleta de una cajita. Supón que una mañana les digo: "Hoy, cuando vuelvan de la escuela, no pueden coger la caja de galletas ni mirar dentro". La consecuencia es que cuando lleguen a la casa, tendrán que contenerse para obedecer mi mandamiento. Por el mandamiento se despertó en ellos el deseo. El pecado utiliza el mandamiento para despertar la codicia. Mientras yo no había dado el mandamiento, no pasaba nada. El pecado estaba presente pero estaba muerto, esto es, no se sentía. Pero cuando vino el mandamiento (la ley), el pecado revivió y ellos se hicieron conscientes de su presencia.

Aquí ves la verdadera función de la ley en la práctica. Antes, cuando aún eras inconverso, vivías sin ley. No te preocupabas para nada de aquel mandamiento: "No codiciarás". Eso no tenía sentido para ti. Cuando admitiste a Dios en tu vida empezaste a pensar en su ley. Y por eso se te abrieron los ojos para ver el pecado, porque la ley lo mostraba. Pero también descubriste que la ley te condenaba, porque no podías cumplir la ley.

El mandamiento que era para vida (porque Dios dijo en Levítico 18 versículo 5 que el hombre que guarda sus mandamientos "vivirá en ellos") terminó significando la muerte para ti. Eso sucedió por el pecado que habita en ti. El pecado utilizó la ley para engañarte y llevarte a hacer obras malas, pecaminosas. Así que la ley no tiene la culpa, porque viene de Dios y es santa. Los mandamientos de la ley son santos, justos y buenos. ¿Será que algo bueno, que viene de Dios y fue dado por Él para que tú vivieras, significa la muerte para ti? ¿Acaso eso es posible? ¿Entonces por qué has terminado ahora bajo la condenación de la ley? Eso es consecuencia del pecado. El pecado utilizó lo bueno para obrar mi muerte. Lo que Dios había planeado para bien, el pecado lo utilizó para mal.

Pero sucedió otra cosa y es la siguiente: La ley mostró el pecado en su aspecto real. Más aun, por la ley el pecado se hizo sobremanera pecaminoso. En el capítulo 5 versículo 20 viste lo que eso significa. El pecado ya estaba en el mundo antes que fuera dada la ley. Ahora que vino la ley, el pecado se hace más grave porque la ley muestra en qué consiste el pecado. Tú y yo ahora sabemos lo que es el pecado. Un ejemplo quizás aclara un poco. En Inglaterra la ley ordena que los automóviles transiten por la izquierda. Si tú vas a Inglaterra sin saber que debes transitar por la izquierda y muy tranquilo conduces por la derecha, entonces cometes una infracción. Pero si te han advertido que en Inglaterra se transita por la izquierda y sin embargo insistes en conducir por la derecha, entonces eres más culpable. Lo mismo sucede con el pecado y la ley. Por la ley descubres lo que es el pecado. También eres más responsable por el pecado que cometes, porque ahora sabes lo que está permitido y lo que no.

Lee de nuevo Romanos 7 versículos 7 a 13.

Tarea: ¿Cómo se hace evidente lo bueno de la ley?

Lee Romanos 7 versículos 14 a 25, despacio y con atención.

23 La lucha bajo la ley

En estos versículos encuentras una persona que tiene una lucha extraordinaria con el problema de la ley. Es alguien que se ha convertido, que tiene la vida de Dios.

Eso se ve sobre todo en el versículo 22, donde dice que se deleita en la ley de Dios. Un incrédulo no dice tal cosa. Pero esta persona mantiene una lucha con el pecado que vive en él. En esa lucha se hunde cada vez más. Se parece a alguien que ha caído en un pantano. Sabes que un pantano es un lugar en el cual te hundes despacio y donde cualquier intento por librarte a ti mismo sólo tiene como resultado que te hundas más rápido. El Empantanado, como podríamos llamar a esta persona, quiere librarse a sí mismo del poder del pecado obedeciendo con rigor la ley de Dios. Sin embargo, cada vez sufre una nueva derrota, se hunde más y más. Cada vez hace lo que aborrece, siempre hace lo malo, aunque desea tanto hacer el bien.

¿Reconoces esta lucha? Creo que tú también necesitarás esta experiencia, si de verdad quieres vivir con Dios y el Señor Jesús. Eso no significa que esta lucha tenga que durar toda la vida, pues hay un remedio. Pero alguien que no conoce esta batalla muchas veces es un creyente superficial. Porque por esta lucha aprendes, en carne propia, la dura realidad de que en ti, esto es en tu carne, no hay nada bueno.

¿Y cómo es que aparece esta lucha? Surge por utilizar la ley de manera equivocada. ¿Qué debes hacer con la ley? En términos generales sabes que la ley es espiritual, es decir, que te dirige hacia Dios y te indica cómo debes servirle. ¿Por qué no lo logras? Porque eres carnal, vendido al pecado. Ahí está el tire y afloje. No entiendes lo que sucede, pues deseas mucho servir a Dios pero no lo haces. Por el contrario, haces lo que tanto odias. Esta experiencia te aclara una cosa y es la siguiente: Si

haces lo que no quieres, reconoces que la ley es buena. Porque la ley tampoco quiere que hagas lo malo. Así que tú y la ley están de acuerdo. Pero entonces debe existir otra cosa que hace lo malo. En efecto tal cosa existe, es el pecado que habita en ti. No puedes echarle la culpa al pecado por todo lo malo que haces, es tu propia culpa porque le permites que te utilice. Eso a su vez sucede porque en ti mismo no tienes la fuerza para resistir al pecado. Quieres hacer lo bueno pero en tu carne, en esa naturaleza vieja, no habita el bien. Por eso llegas a hacer el mal. Pero entonces no eres tú quien lo hace, sino el pecado que habita en ti.

Observas lo siguiente: Cuando quieres hacer lo bueno (y ese deseo es muy positivo), entonces lo malo se te impone. En tu corazón sientes gozo por la ley de Dios y tratas de vivir según ella. Ese deseo está presente por la naturaleza nueva que has recibido. Pero a la vez tienes todavía una naturaleza vieja, que también quiere hacerse valer. Esa naturaleza vieja, la ley del pecado, te hace su prisionero y lucha por mantener el mando en tu vida. Esta batalla tiene lugar en los miembros de tu cuerpo, porque consiste en decidir quién tiene la autoridad sobre ellos. Tus manos, ojos, pies, inteligencia, están al servicio de Dios después de tu conversión (recuerda Romanos 6). Pero mientras dura esa lucha sientes como si el pecado aún mandara en ellos. Por eso te sientes la persona más miserable de la tierra. Tu cuerpo es un cuerpo en el cual actúa la muerte y del cual quisieras verte libre. Pero entonces ¿cómo seguir adelante?

Fíjate ahora en la palabra «quién» en el versículo 24. Es como si el Empantanado (quien de hecho eres tú mismo, cuando enfrentas una lucha de éstas), después de todos los intentos por librarse, intentos para los cuales buscaba la fuerza en sí mismo, ahora mirara a su alrededor y esperara que otra persona le libre. A la vez, ese es el fin de su lucha. Sus ojos se dirigen a Dios. Ve que Dios ya tiene la liberación lista desde hace mucho tiempo, porque fue alcanzada por Cristo Jesús. Quien vea eso, de una vez le dará las gracias a Dios. (Vuelve a leer ahora en la primera parte de este capítulo cómo se alcanzó esa liberación.)

El último versículo concluye diciendo cuál es la característica de cada una de las naturalezas que posee el creyente. Estas dos naturalezas las sigues llevando contigo mientras vives aquí en la tierra. Eso no debe preocuparte, porque ahora la naturaleza vieja ya no tiene autoridad sobre ti. En el próximo capítulo verás cuántas cosas más te ha dado Dios para que puedas tener una vida victoriosa.

Lee de nuevo Romanos 7 versículos 14 a 25.

**Tarea: ¿También sientes a veces lo que describen estos versículos?
¿Qué debes hacer en tal caso?**

Lee Romanos 8 versículos 1 a 7, despacio y con atención.

24 Andar conforme al Espíritu

Después de luchar por salir del pantano descrito en el capítulo 7, ahora tienes tierra firme bajo tus pies. Tu firmeza está en Cristo.

Y para aquellos que están en Cristo no hay condenación. ¿Verdad que es un gran alivio? Dios te ve así y por eso tú también puedes verte de la misma manera. Cualquier temor al juicio ha pasado, porque Cristo llevó la condenación y se levantó de los muertos. Si en tu experiencia de la fe llegas al punto de no centrarte en ti mismo sino en el Señor Jesús, entonces empezarás a descubrir que el Espíritu Santo puede comenzar a obrar en ti.

El Espíritu Santo recibe aquí el nombre de Espíritu de vida. Él no ocasiona la muerte, sino la vida. Así actuó en la vida terrenal del Señor Jesús. El Señor Jesús traía vida a todo lugar adonde llegaba.

El mismo Señor Jesús, después de haber muerto, se levantó por el poder del Espíritu de vida. De igual manera, tú has sido librado del poder del pecado y de la muerte por este mismo Espíritu de vida. Estoy seguro de que recuerdas cómo la ley prometía la vida a quien la cumpliera. Pero nadie pudo cumplir la ley. No porque la ley no fuera buena, sino porque en la carne no había fuerza para cumplirla.

Algunas veces he leído la siguiente comparación que puede ayudar a entender esto. Imagínate un artista muy hábil que sabe tallar la madera y que con un trozo de madera puede elaborar las figuras más hermosas. Además dispone de las mejores herramientas. Ahora dale a ese hombre un pedazo de madera podrida. No puede hacer nada con eso. Él no tiene la culpa porque es bastante hábil. Tampoco es la culpa de la herramienta porque es de la mejor calidad. ¿Dónde está el problema?

Sí, en el trozo de madera. Así también sucede con la ley y nosotros.

Dios no tiene la culpa, su «habilidad» es perfecta. Tampoco es culpa de la ley, que es "santa, justa y buena" como leímos en el capítulo anterior. Por consiguiente, la culpa de que la ley fracase es nuestra. La ley es débil por nuestra carne. Lo maravilloso es que Dios no nos ha dejado empantanados. Cuando se manifestó con claridad que para la ley era imposible librarte del pecado y de la muerte, entonces Dios entró en acción. Envío a su Hijo como hombre a esta tierra. En la cruz del Gólgota Dios condenó el pecado en su Hijo.

Debes tener bien presente que lo dicho en el versículo 3 acerca de la "semejanza de carne de pecado" se refiere a cuando el Señor Jesús se hizo carne, es decir, cuando se hizo hombre. En esto Él se hizo igual a nosotros los humanos, ¡pero cuidado!, a excepción del pecado. Él no participó de la carne mala y pecaminosa que nosotros como humanos tenemos por naturaleza desde nuestro nacimiento, porque hemos nacido de padres que pecaron. Hacerse igual a nosotros se refiere a su apariencia externa, en la cual Él no se distinguía de nosotros. Sólo cuando el Señor Jesús estaba en la cruz y aun sólo durante las últimas tres horas, Dios juzgó el pecado en la carne. Arregló cuentas de manera definitiva con el pecado, lo quitó para siempre.

La nueva fuente de poder que quiere actuar desde ahora en tu vida, es el Espíritu Santo. Si te dejas dirigir por Él entonces también cumplirás las exigencias justas de la ley. ¿Eso significa que, de todas maneras, estás sometido a la ley? No, seguro que no. ¿Pero acaso crees que el Espíritu Santo te permitirá hacer algo que va contra la ley? Claro que no. Por eso, si te dejas dirigir por el Espíritu, de manera automática harás lo que dice la ley. Sin embargo, ese no es el único objetivo de andar conforme al Espíritu. Andar conforme al Espíritu significa mucho más. Quiere decir que en tu vida le das espacio al Espíritu y que Él llena tu pensamiento.

Las cosas por las cuales te dejas guiar se reflejan en tu forma de pensar. ¿Adónde diriges tus pensamientos? ¿Cuáles son tus anhelos? Te has

convertido; tienes una vida nueva; has recibido el Espíritu Santo. A pesar de la lucha que aún tienes de vez en cuando, te diriges a cosas muy distintas que antes de tu conversión. Antes pensabas en cosas terrenales, tu vida se centraba en ti mismo. ¿Cuál era el resultado de ello? Nada más que la muerte.

Ahora piensas en cosas celestiales y tu vida se centra en Dios. ¿Cuál es el resultado de esto? ¡Vida y paz! Has recibido en tu interior la vida auténtica y verdadera, y esta vida sale a flote y se hace visible en tu forma de vivir. Aprecias las cosas que te rodean de una manera muy distinta a como lo has hecho siempre. Apenas ahora tu vida ha adquirido sentido. Conoces a Dios y conoces a Cristo. Hay paz en tu corazón, porque todo está arreglado con Dios. Vuelve a leer los versículos 1 y 2 del capítulo 5. Experimentarás esa paz de manera cada vez más profunda si te entregas a Dios en todos los aspectos de tu vida, o sea si permaneces dirigido hacia Él.

La carne hace todo lo opuesto. En ella no hay ningún deseo de vida y paz. Por el contrario, cualquier cosa que piense es enemistad contra Dios. La carne es mala e incorregible. No quiere y no puede someterse a Dios. Haz el esfuerzo de tener bien presente todas las características de la carne enunciadas aquí y todas las del Espíritu. Entonces podrás reconocer pronto si determinado deseo proviene de la carne o de la vida nueva.

Lee de nuevo Romanos 8 versículos 1 a 7.

Tarea: ¿Cuál es la diferencia entre andar conforme a la carne y andar conforme al Espíritu?

Lee Romanos 8 versículos 8 a 14, despacio y con atención.

25 Si el Espíritu mora en ti...

Para quien vive según la carne es imposible hacer algo que agrade a Dios. ``Vivir según la carne'' significa permanecer concentrado en ti mismo, en tus propias capacidades, tus propios esfuerzos, tus propios planes y propósitos.

Aun si alguien que vive en la carne tratara de agradar a Dios guardando la ley, Él no podría aceptarlo porque es un punto de partida equivocado. Dios descartó de manera definitiva la carne, esa naturaleza humana pervertida por el pecado. ¿Entonces cómo podría recibir algo de esa carne? Hay una separación definitiva entre Dios y la carne pecaminosa. Pero quien ha recibido el Espíritu de Dios ya no vive según la carne sino según el Espíritu. El énfasis está en Dios. Es el Espíritu de **Dios** el que ahora vive en ti. El Espíritu de Dios no te destaca a ti, sino a Cristo. Por el Espíritu de Dios estás vinculado con Cristo y le perteneces.

Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. ¿Por qué aparece aquí, de repente, la expresión «Espíritu de Cristo»? Pienso que es para mostrarte que el Espíritu que has recibido, es el mismo Espíritu que dirigió al Señor Jesús en su vida aquí en la tierra. Si lees los evangelios lo verás de manera continua. Mira por ejemplo la historia de la tentación en el desierto, que se encuentra en Lucas 4 versículo 1. Allí lees cómo Él, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán para ir al desierto. Cuando estaba en el desierto, también se dejó dirigir por el Espíritu. Por eso permaneció firme en la tentación. Se mantuvo concentrado en Dios.

Lo mismo quiere hacer el Espíritu contigo. El Espíritu de Dios vive en ti porque Cristo está en ti. El Espíritu de Dios sólo puede relacionarse con algo que sea de Cristo. En consecuencia el cuerpo, tal como lo utilizaba el pecado para practicar obras malas, está muerto. En caso contrario el Espíritu de Dios no podría haber entrado a vivir allí.

Pero ahora que Cristo está en ti, resulta muy adecuado que el Espíritu viva allí para tener la autoridad en la vida que vives ahora, tal como sucedió con Cristo.

Hay otra cosa importante relacionada con el hecho de que el Espíritu de Dios mora en ti. Tiene que ver con la resurrección de tu cuerpo mortal. Tu cuerpo todavía está sujeto a las consecuencias del pecado. Puede enfermarse y también puede morir. Pero mira lo que Dios ha hecho con el Señor Jesús. Dios le levantó de entre los muertos.

¿Cómo es eso en tu caso? Tu cuerpo todavía es mortal. ¿Cómo puede conjugarse esto con el Espíritu de Dios que está en ti y que tiene tanto que ver con la vida? La respuesta es que Dios también dará vida a tu cuerpo mortal, tal como lo hizo con el Señor Jesús, porque su Espíritu vive en nosotros. Por otros textos bíblicos, por ejemplo Filipenses 3 versículo 21, puedes saber que eso sucederá cuando venga el Señor Jesús.

Todo esto te impone cierta responsabilidad. Te has hecho deudor para vivir de acuerdo con la posición que Dios te ha dado. Él te ha provisto de todo lo que necesitas para ello, a saber, la vida nueva y el Espíritu Santo. Ya no tienes ninguna obligación con la carne. Ella no tiene derecho sobre ti, porque has muerto respecto a tu vida pasada. Todavía tienes la carne en ti, pero no debes darle la oportunidad de hacerse valer. Si de todas maneras insistes en vivir para la carne entonces morirás, no hay otra alternativa. El juicio de Dios sobre la carne nunca cambia. Pero ahora tienes la posibilidad de quitarle a la carne cualquier ocasión de volver a tener autoridad en tu vida. Por el poder que te da el Espíritu, podrás imponer silencio a las insinuaciones del pecado en tu cuerpo que quieren llevarte a cosas malas.

Así experimentarás la vida de Dios tal como Él lo pretende. Cada persona dirigida por el Espíritu de Dios se parece al Hijo de Dios con mayúscula, al Señor Jesús. Los hijos de Dios son las personas en las cuales Dios reconoce a **ese** Hijo. El Hijo hacía todo sólo para la gloria de

Dios. Dios encontró en Él su alegría, su complacencia. Si te dejas guiar por el Espíritu entonces Dios también sentirá gozo por ti.

Lee de nuevo Romanos 8 versículos 8 a 14.

Tarea: ¿Cómo puedes hacer morir las obras de la carne?

Lee Romanos 8 versículos 15 a 21, despacio y con atención.

26 Heredero de Dios

Estar dirigido por el Espíritu de Dios es algo muy distinto que organizar la vida de acuerdo con alguna ley.

Si la norma de tu vida es una ley, te haces igual a un esclavo. Un esclavo no vive en comunión íntima con su amo. Su relación con él se reduce a hacer lo que se le ordena. Y en el fondo siempre está presente el miedo de hacer algo mal. El espíritu que has recibido ahora, o sea la vida nueva, no tiene nada que ver con esclavitud ni temor. Es un espíritu de adopción. ¡Es muy distinto! Por ello te diriges a Dios llamándole Padre. Dices: "Abba, Padre". Esto indica una relación de confianza y amistad. Conoces a tu Padre como alguien que está muy cerca de ti y quien te acercó mucho a sí. Él te ama y tú confías en Él. Fuiste colocado en una relación familiar con Él. Eres su hijo.

El Espíritu Santo que vive en ti, testifica con tu propio espíritu (esto es, la vida nueva que recibiste) de que eres hijo de Dios. Eres un hijo de tus padres porque naciste de ellos. Es un hecho consumado e irrevocable. Nada ni nadie puede cambiarlo. Eres un hijo de Dios porque naciste de Él. Si alguien llega a ser hijo de Dios, lo es para siempre. En un hijo se reflejan los rasgos característicos de sus padres. De la misma manera, en un hijo de Dios se expresan las características de Dios. Puedes leer algo al respecto en Filipenses 2 versículos 14, 15 y comienzo del 16. Allí se trata más de tu responsabilidad. Aquí en Romanos 8 se trata de tus privilegios. Este capítulo está repleto de ellos. Cada vez se vuelve más hermoso y más rico. Si eres hijo, también eres heredero. Un heredero es alguien que recibe de otra persona cierta propiedad. Dios es el dueño de la creación. Él te dará su posesión cuando estés glorificado con Cristo. Porque Cristo es el auténtico heredero. Tú heredas con Él. Lo que recibes, siempre lo recibes en relación con Él.

Pero para que heredes con Cristo, es necesario que sufras con Él. Si sufres con Él, esa es la prueba de que posees la vida nueva. Porque aquí se trata de un sufrimiento que el Señor Jesús también conoció cuando estuvo en la tierra. Él sufrió en esta creación, donde vio cómo el pecado había hecho y aún hacía su trabajo destructor. De la misma manera tú también sufrirás cuando veas a tu alrededor las consecuencias del pecado. ¡Cómo abusa el hombre de todo lo que Dios ha creado! Utiliza todo para engrandecerse a sí mismo y para su propia satisfacción. ¿Verdad que tú también esperas el momento cuando la heredad (la creación) vuelva a estar en manos del dueño legítimo? Pablo lo esperaba así y anhelaba la gloria futura que iba a ver. Al lado de ella, el sufrimiento que debía soportar se reducía a nada. Esta es una lección alentadora para ti. Cuanto más esa gloria sea una realidad para ti, tanto más estarás en condiciones de soportar aquellas cosas desagradables que te suceden como creyente.

¿Sabes qué significa "la manifestación de los hijos de Dios"? Significa que viene un momento en el cual todos los hijos de Dios (o sea, los creyentes) aparecerán de manera visible en esta creación para gobernar sobre ella junto con el Señor Jesús. Por la mala administración actual del hombre, la creación no produce ni la mínima parte del rendimiento que Dios ha puesto en ella. A pesar de todos los esfuerzos humanos por llegar a una distribución justa de las riquezas de la creación, el caos se hace cada vez mayor. El hombre confía en su propia capacidad, pero olvida que es un hombre caído en el pecado. En su caída arrastró consigo la creación. O sea que ésta no fue sujeta a vanidad por su propia voluntad, sino por el pecado creciente del hombre.

Sin embargo, hay esperanza para la creación. Ella será libertada. La maldición pesa ahora como un yugo de esclavitud sobre la creación. Eso se observa en la corrupción que penetra todo. La corrupción de la creación significa que ella fue bajada a una condición inferior. Ya no tiene la condición gloriosa del paraíso. Ese descenso sucedió por la ruina que penetró en la creación junto con el pecado. Pero está muy cerca el momento en el cual los hijos de Dios estarán en la gloria. Cuando el Señor Jesús los haya recogido, serán libres de verdad y la

corrupción que hay en la creación ya no los podrá tocar. Luego la creación también será libertada. ¿Tú también anhelas esa liberación?

Lee de nuevo Romanos 8 versículos 15 a 21.

Tarea: ¿Puedes decir lo mismo que dice Pablo en el versículo 18?

Lee Romanos 8 versículos 22 a 27, despacio y con atención.

27 El Espíritu te ayuda en tu debilidad

Deberías buscar cuántas veces aparece la palabra «sabemos» en las distintas cartas. Esa palabra sólo puede salir de la boca de un cristiano.

El hombre sin Dios se enorgullece mucho de su ciencia. Por medio de la investigación trata de averiguar todo. Pero el cristiano más sencillo lleva dentro de sí una fuente de conocimiento de la cual los sabios de este mundo no tienen idea. Por el Espíritu de Dios que mora en él, comprende la situación verdadera en la cual se encuentra la creación. Siente la angustia en la que ella se encuentra. El gemido de la creación lo ves, por ejemplo, en el reino animal donde el débil y enfermo no tiene posibilidad de sobrevivir. Mira también el reino vegetal, donde las cosas hermosas duran muy poco. Esa brevedad es también un grito que clama por una nueva creación.

Estos gemidos se comparan aquí con alguien que tiene dolores de parto y está a punto de dar a luz una nueva vida. Estos dolores de parto indican el nuevo nacimiento de la creación. En Mateo 19 versículo 28 el Señor Jesús habló de "la regeneración" refiriéndose a este hecho. Entonces el Hijo del Hombre (el Señor Jesús) se sentará en el trono de su gloria y gobernará todo de tal manera que la creación cumpla su objetivo. El objetivo de la creación es que sea una bendición dada por Dios al hombre para que disfrute de ella.

Tú ya has experimentado una renovación interior. Recibiste los primeros frutos (las primicias) del Espíritu cuando naciste de nuevo. La nueva vida es una obra del Espíritu Santo. Eres una nueva creación (mira Segunda a los Corintios 5 versículo 17 y Gálatas 6 versículo 15), porque Dios te ve vinculado de manera perfecta con Cristo y con su obra terminada. Sólo falta que tu cuerpo sea liberado. Si observas que tu

cuerpo todavía puede estar cansado y enfermo y que todavía puede sufrir dolor, entonces comprendes que aún estás ligado a la creación mediante tu cuerpo. Por eso, además del gemido de la creación, tú también suspiras. Esperas y deseas la redención de tu cuerpo, la cual ocurrirá cuando el Señor Jesús regrese para recogernos y llevarnos a la casa del Padre. Entonces Él transformará el cuerpo de tu humillación en uno que se parece al que Él ya tiene ahora, un cuerpo glorificado. Esto lo lees en Filipenses 3 versículo 21. En el versículo anterior, dice que esperamos al Señor Jesús como Salvador.

Así puedes ver que el Señor Jesús no sólo es el Salvador para tus pecados, sino también para tu cuerpo. Lo primero se realizó cuando el Salvador murió en la cruz; lo último sólo se realizará cuando Él venga. Por eso, no te dejes confundir cuando alguien te diga que nunca deberías estar enfermo. La enfermedad entró al mundo por el pecado. Es cierto que el pecado fue juzgado por Dios en Cristo, pero con eso no se han quitado todas sus consecuencias, ni en la creación ni en tu cuerpo. Dios utiliza este hecho para mantener vivo tu deseo por el resultado pleno de la obra de Cristo. Si todo marcha bien, olvidas esto con facilidad.

Dios quiere que vivas en esperanza, que estés orientado hacia el futuro. En el futuro la salvación estará completa, el pecado ya no podrá afectar tu alma ni tu cuerpo. Esa salvación completa aún no ha llegado. Si así fuera, ya no necesitarías aguardar nada. Aunque todavía no has visto aquello que esperas, estás seguro de que vendrá. Pero como todavía no lo tienes y aún debes aguardar, necesitas paciencia. La dificultad consiste en que quizás esa espera se alargue un poco. Es posible que todo se ponga muy pesado y a veces ya no veas nada claro.

En tales ocasiones es maravilloso saber que el Espíritu te ayuda en tu debilidad. Puedes tener momentos o períodos más largos cuando no sabes cómo contarle a Dios lo que sientes. No puedes encontrar las palabras adecuadas. Pero el Espíritu que habita en ti sí lo sabe. Él se identifica con lo que sientes en esta creación que está bajo maldición. Le cuenta a Dios lo que tú no puedes expresar con palabras. Dios busca

en tu corazón y es como si allí encontrara al Espíritu Santo. Lo que el Espíritu le dice a Dios nunca se transmite mal. El Espíritu sabe a la perfección cómo debe contarle a Dios todas tus experiencias. ¡Qué bueno es Dios, quien nos ayuda así en nuestras debilidades!

Lee de nuevo Romanos 8 versículos 22 a 27.

Tarea: ¿Tú qué aguardas?

Lee Romanos 8 versículos 28 a 30, despacio y con atención.

28 Llamado según el propósito de Dios

Esta vez leíste sólo tres versículos. Puesto que están tan llenos de bendiciones, debes estudiarlos con tranquilidad y asimilarlos bien.

De nuevo comienza con la palabra «sabemos» que también viste en el versículo 22. Aquí contrasta con el versículo 26, donde dice que no sabemos qué hemos de pedir. Cuando sientes en tu cuerpo y en tu espíritu cómo todo está afectado por el pecado, ello te causa una sensación de incapacidad, de no poder enfrentar el problema. Podrías llegar a desanimarte. Y entonces viene esa pequeña palabra que contiene una gran voz de aliento: ``Sabemos''. Ese es el lenguaje de la fe. Cuando ves que todo se corrompe a tu alrededor y que tu cuerpo es frágil, entonces puedes saber que a aquellos que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien.

Qué consuelo tan grande es saber que Dios está por encima de toda corrupción y deterioro. Incluso Él los utiliza para enriquecer a los suyos (en la vida espiritual, se entiende). ¿No te ha sucedido que algo horrible por lo cual tuviste que pasar te acercó más a Dios? Fíjate bien que aquí dice ``a los que aman a Dios''. Decir, así sin más, que todas las cosas ayudan a bien, es falso. Sólo puedes decirlo si amas a Dios. Tu amor por Dios hará que nunca dudes de Él, aun si tienes contratiempos en tu vida.

De verdad Él hace que todas las cosas ayuden a bien. Esto no admite ninguna excepción. ¿Valdrá también para los pecados que cometes? Sí. Pedro tuvo esa experiencia. Negó al Señor tres veces. Se arrepintió de lo que había hecho y por eso recibió el perdón. Esto es indispensable. Pero con todo, aprendió a amar más al Señor Jesús cuando descubrió que Él no le había soltado. Aprendió algo más del Señor y de sí mismo. Sin embargo, la expresión ``todas las cosas'' se refiere en primer lugar a

nuestra vida cotidiana. Dios hace que todas las cosas que pueden suceder allí ayuden para bien. Enfermedad, desempleo, pobreza, un defecto físico, un accidente, un caso de muerte, todas esas cosas las utiliza para soltarte de lo que te rodea y dirigir tu atención y tus anhelos hacia las cosas eternas.

¿Las cosas eternas son reales para ti? ¿Sabes que en la eternidad pasada Dios ya tenía el propósito de llamarte? Todavía no existías, pero Dios pensaba en ti. Con mucha anticipación te conocía como alguien para quien Él tenía un destino grandioso. ¿Es acaso cualquier cosa que Él quiera hacerte semejante a la imagen de su Hijo? Es casi increíble. Pero Dios lo dice. Lo pensó cuando aún no había sido creado nada, cuando todavía no vivía ningún ser humano y el pecado no había entrado al mundo. Y lo que Dios proyecta y dice, también lo hace. Él puede lograr que unas criaturas pobres, insignificantes, rebeldes y perdidas se parezcan a su Hijo. Pero entonces sí fue necesario un cambio enorme en la situación de esas criaturas. Éste se realizó por lo que hizo el Señor Jesús. Por eso Él ocupará el lugar más importante, el lugar de honra y de distinción entre todos aquellos seres humanos que se le parecen. Esa es la intención de Dios. Él desea que su Hijo sea el centro radiante de todos los redimidos, entre los cuales tú también puedes contarte.

Se ve muy claro en estos versículos que Dios actúa según su propio propósito. No se habla de lo que tú has hecho como pecador. Aquí puedes mirar en el corazón de Dios para saber que nada se escapa de sus manos, aunque a tu alrededor todo parezca decir lo contrario. Él tiene un propósito con tu vida y lo cumplirá. En el versículo 30 ves cómo Él logra este propósito. Cada vez menciona algo que Él ha hecho. Él ya te había destinado para el propósito mencionado en el versículo 29 cuando aún no habías nacido. Cuando naciste se vio que eras un pecador que no podía tener parte alguna en la gloria de Dios. Entonces Dios te llamó para mostrarte que Él no quería que te perdieras sino que tenía un plan del cual tú formabas parte. Así como estabas, Él no podía llevar a cabo ese proyecto. Por eso te justificó. En los capítulos anteriores leíste lo que eso significa: Tú le perteneces a Dios, porque todo lo tuyo que no corresponde a Dios fue quitado por la obra del Señor Jesús.

A cambio de ello recibiste una vida nueva que se siente a gusto con Dios. Y para completar, Dios ya te ve glorificado. Para Él todo está listo. Lo que Dios se propone también sucede. Si Él es el fiador que da la garantía, ¿podrías dudar aún del resultado?

Lee de nuevo Romanos 8 versículos 28 a 30.

Tarea: Dale gracias a Dios por su propósito.

Lee Romanos 8 versículos 31 a 39, despacio y con atención.

29 ¡Dios está a tu favor!

Acabas de leer un desenlace majestuoso. Pablo llegó a esta conclusión porque está impresionado por todo lo que Dios ha hecho.

Eso te lo contó con mucho detalle en los capítulos anteriores. Si reflexionas de nuevo en todo ello, no puedes hacer otra cosa que exclamar: "¿Qué diremos a esto?". Dios mismo es por nosotros, está a nuestro favor. Quizás alguna vez has dudado de esto. Sabías que el Señor Jesús murió por tus pecados, de manera que Dios ya no podía castigarte. En sí, eso era un gran alivio. Pero a pesar de ello le seguías teniendo un poco de miedo a Dios, aquel Juez que estaba contra ti. Ahora has visto todo lo contrario. Dios mismo proveyó todo cuando dio a su Hijo. No escatimó a su Hijo (no le retuvo para sí mismo) para poder adquirirte. Y eso no es todo.

Con su Hijo, Dios también te dará todas las cosas. Todo lo que Dios le ha dado al Señor Jesús como recompensa por su obra, tú lo disfrutarás con Él. ¿Cierto que es mucho? ¿Todavía hay hombres o ángeles que quieren levantar un dedo acusador contra ti? ¡Dios sale en tu defensa!

Dios te escogió para estar con Él. Él mismo te justifica. Te absuelve, porque te ve en Cristo. Por la misma razón nadie puede condenarte, porque Cristo murió por tus pecados. Sí, más aun, Él también resucitó para tu justificación. Ahora está en el cielo y Dios le ha dado el lugar de honor, a su derecha. Cristo alcanzó la victoria y recibió la recompensa que le corresponde.

Pero eso no significa que Él está allá descansando en sus laureles (dicho con mucho respeto). Él trabaja a favor de los suyos que se encuentran en la tierra, orando por ellos. Habla sin cesar con Dios sobre ti porque

sabe, por experiencia, cuán difícil es vivir en un mundo en el cual no se tiene en cuenta a Dios ni su palabra. Él conoce por experiencia todo lo que te sucede. Comparte lo que sientes, porque no se ha olvidado de lo que experimentó cuando vivió aquí.

Por grande que sea tu sufrimiento, nada puede separarte del amor de Cristo. Su amor te acompaña de manera especial cuando te ves oprimido o perseguido por querer seguirle y hacer la voluntad de Dios. Su amor hace que puedas atravesar todos los peligros y vencerlos. Entonces eres más que vencedor. Eres un vencedor que le da toda la honra a quien te amó.

Puedes decir con absoluta seguridad que no hay nada que puede separarte del amor de Dios. La muerte no puede separarte del amor de Dios. Si murieras te irías de manera instantánea hacia el Señor Jesús, en quien el amor de Dios llegó a ti. La vida no puede separarte del amor de Dios. Todos los problemas, las dificultades y las preocupaciones que puedas tener en tu vida, le dan a Dios la oportunidad de hacerte experimentar su amor.

Los ángeles tampoco están en condiciones de separarte del amor de Dios. El diablo es un príncipe poderoso entre los ángeles quien se rebeló contra Dios y arrastró a otros ángeles en ese levantamiento. Ellos siempre tienen la intención de poner algo entre ti y el amor de Dios. Pero son enemigos derrotados. Fueron vencidos por el Señor Jesús y están sujetos a Él. Lo mismo sucede con los principados o gobiernos. Pueden hacerles la vida muy difícil a los creyentes expidiendo toda clase de leyes que éstos no pueden obedecer porque les impiden servir a Dios.

Tampoco pueden separarte del amor de Dios las cosas que ocurren a tu alrededor ni las que aún van a suceder. Quizás oigas rumores de guerras o noticias de desastres naturales. No te angusties por eso. El amor de Dios permanece contigo. Respecto a las potestades, puedes pensar en poderes espirituales que tratan de socavar tu fe de una manera muy sutil, procurando que empieces a dudar de la verdad de

Dios. El amor de Dios siempre es más grande.

Tampoco te dejes deslumbrar por los logros del hombre, quien en su orgullo quiere subir cada vez más en todos los campos. El amor de Dios está muy por encima de ello. Cristo Jesús, nuestro Señor, subió por encima de todos los cielos (Efesios 4 versículo 10). Allí tomó el lugar a la diestra de Dios, como vencedor.

¿Una caída profunda puede separarte del amor de Dios? Por hondo que hayas resbalado, allí también está el amor de Dios. El amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor, descendió hasta ti, una criatura miserable y caída. Dios descendió aún más, hasta el juicio sobre tus pecados que cayó con toda su violencia sobre Cristo y le puso en el polvo de la muerte. Dios lo hizo para levantarte y llevarte a su corazón de Padre.

De verdad no hay nada ni nadie que pueda separarte del amor de Dios, ese amor que en Cristo Jesús, nuestro Señor, se ha manifestado de una manera tan sobresaliente a pobres pecadores perdidos. Ahora tómate el tiempo para dar gracias y para alabar a Dios y al Señor Jesús. Él lo merece, porque todo fue iniciativa suya.

Lee de nuevo Romanos 8 versículos 31 a 39.

Tarea: ¡Canta un himno de victoria para alabanza de Dios!

Lee Romanos 9 versículos 1 a 5, despacio y con atención.

30 El amor de Pablo por Israel y los privilegios de Israel

Con el capítulo 9 de esta carta se inicia un tema nuevo. Este tema es el pueblo de Israel.

Dios hizo todo tipo de promesas a Israel. Después de lo que has descubierto en esta carta, parece que éstas ya no pueden realizarse. Has visto que para Dios no hay ninguna distinción entre judíos y gentiles. Todos son igual de culpables ante Dios y sólo pueden ser salvos y justificados por la fe en Cristo. Pero ahora surge la pregunta: ¿Y entonces qué sucede con esas promesas que Dios hizo a Israel? ¿Resultará algo de ellas? ¿Israel aún tiene un lugar especial en los pensamientos de Dios?

Quizá todavía no sabes mucho sobre las profecías y predicciones hechas en el Antiguo Testamento sobre Israel. En ese caso los capítulos 9, 10 y 11 de esta carta te brindan una oportunidad excelente para orientarte un poco, porque en ellos el apóstol expone el pasado, el presente y el futuro de Israel. En el capítulo 9, el pasado; en el 10, el presente; en el 11, el futuro. Si prestas un poco de atención a los acontecimientos actuales en Israel y sus alrededores, observarás que estos capítulos adquieren sentido en el tiempo presente. Es como si vieras transcurrir ante tus propios ojos el contenido de estos capítulos. Miremos más de cerca los primeros cinco versículos.

Lo que llama la atención de una vez, es el amor que Pablo tiene hacia su pueblo. Es injusto lo que algunas personas sostienen, cuando dicen que Pablo ya había terminado con su pueblo. Por el contrario, su anhelo profundo era que ellos llegaran a tener parte de la justicia que es de Dios. Si te concentras en las expresiones enfáticas del versículo 1, sientes que Pablo no quiere que exista ningún malentendido sobre su

actitud hacia Israel. En el versículo 2 alcanzas a entrever los sentimientos de su corazón. No es una exageración. Con estas palabras expresa su emoción, porque amaba con fervor a este pueblo que seguía rechazando a Cristo.

En el versículo 3 lees que Pablo incluso había deseado él mismo ser hecho anatema o maldición, con tal que ellos fueran salvos. Esa es una pequeña muestra del amor de Dios que Pablo tenía en su corazón por este pueblo. Moisés una vez también dijo algo similar por amor a su pueblo. Lo encuentras en Éxodo 32 versículo 32. Pero tanto Pablo como Moisés eran hombres pecadores y por eso para Dios era imposible atender esa petición. Lo que sí podemos aprender de estos hombres de Dios, es que su amor ardiente por el pueblo de Dios no sólo consistía en palabras huecas. Estaban dispuestos a sacrificarse a sí mismos.

Pablo estaba vinculado con este pueblo por lazos naturales. Según la carne (es decir, de manera corporal) eran sus hermanos. Los llama israelitas, de acuerdo con el nombre que Dios había dado a Jacob en Génesis 32 versículo 28. Luego enumera ocho privilegios que Dios otorgó a este pueblo.

1. La adopción. Dios había aceptado a este pueblo como hijo. Un buen hijo se parece a su padre. Dios anhelaba que este pueblo se pareciera a Él. Eso habría sido un gozo para su corazón.

2. La gloria. La gloria de Dios habitaba con su pueblo en la columna de nube. Con ella los protegía y con ella los dirigía por el desierto.

3. Los pactos. Mencionaré dos. En el pacto de Dios con Abraham, Él se comprometía (podemos decir: Se obligaba) a bendecirlo. Era un pacto que no tenía obligaciones de parte de Abraham. Puedes leer al respecto en Génesis 15 versículos 4 a 6. Otro pacto fue establecido por Dios con el pueblo de Israel junto al monte Sinaí. Era un pacto en el cual el pueblo se comprometía a cumplir ciertas condiciones. Si lo hacían, recibirían la bendición de Dios. Sobre esto puedes leer en Deuteronomio 27 y 28.

4. La promulgación de la ley. Dios había dado leyes justas al pueblo para que la vida de ellos fuera lo más fácil posible.

5. El culto. Dios les había prescrito todo un servicio de alabanza para mostrarles cuáles ofrendas quería recibir de ellos, y también en qué ocasión las podían presentar.

6. Las promesas. Dios había hecho promesas a Abraham, Isaac y Jacob respecto a ciertas bendiciones que les daría.

7. Los patriarcas. En primer lugar se trata de Abraham, Isaac y Jacob, a quienes Dios mismo se reveló en persona, de manera muy especial. También puedes pensar en grandes hombres como Moisés, David y otros.

8. El Cristo. Este es el máximo absoluto de los beneficios enumerados. El Señor Jesús nació de este pueblo. Pero para cuidar la gloria del Señor, Pablo añade: "El cual es Dios sobre todas las cosas". Este es un testimonio importante de la humanidad y la divinidad del Señor Jesús. Estas dos características están presentes y unidas en su persona de una manera plena y perfecta. A fin de cuentas, todo gira siempre en torno a Él. Él es bendito por los siglos. Amén.

Lee de nuevo Romanos 9 versículos 1 a 5.

**Tarea: ¿En tu vida también hay alguien por cuya salvación darías todo?
¡Ora de manera especial por esa persona!**

Lee Romanos 9 versículos 6 a 13, despacio y con atención.

31 Dios eligió a Israel

Dios quería bendecir a su pueblo Israel. Esto sólo podía hacerlo si el pueblo recibía al Señor Jesús.

Porque Dios no da bendición alguna fuera del Señor Jesús. Cuando Dios bendice, siempre lo hace en relación con Él. El pueblo de Dios desechó al Señor Jesús y Dios colocó la bendición al alcance de los gentiles. Ahora ya no hay distinción entre judíos y gentiles. ¿Con eso se anuló la palabra que Dios había expresado sobre su pueblo Israel? ¿Ya no se cumplirá? ¡No, dice Pablo, la palabra de Dios no ha fallado! Dios cumplirá lo que ha dicho.

¿Pero crees que Dios dará sus bendiciones a un pueblo que le ha vuelto la espalda? Eso es lo que Pablo quiere decir con la segunda parte del versículo 6. Alguien puede decir que es israelita porque pertenece a ese pueblo por nacimiento (así como alguien nacido de padres ecuatorianos puede decir que es ecuatoriano), pero eso no es suficiente. Falta otra cosa. También debe ser un asunto del corazón. Para la mayoría de los israelitas, el hecho de pertenecer a ese pueblo se reducía a algo externo, a una apariencia, a un nombre. Pablo dice que tal persona no es un verdadero israelita, aunque descienda de Israel.

En el versículo 7 dice lo mismo en relación con el patriarca Abraham. No todos los descendientes de Abraham pueden decir que son hijos de Abraham. Si así fuera, también habría que considerar a Ismael como tal y debería tener parte en la bendición. Pero Dios había decidido que la bendición pasaría por Isaac.

Ismael es el hijo según la carne. Abraham engendró este hijo de Agar, la esclava de su esposa Sara. En esa ocasión no confió en Dios, quien le había prometido un hijo que nacería de Sara. En el momento indicado

por Dios, Sara tuvo el hijo de la promesa, Isaac. Así pues, tratándose de la bendición que Dios quiere dar, debe existir un vínculo con Abraham a través de Isaac, porque "los que son hijos según la promesa son contados como descendientes".

Sin embargo, sigue un ejemplo aun más claro de la elección de Dios. En el caso de Abraham se trataba del hijo de una esclava. Pero el caso de Isaac es distinto. Porque Isaac tuvo dos hijos de la misma mujer, de su esposa Rebeca. Cuando éstos (Jacob y Esaú) aún estaban en el seno materno, Dios ya había establecido cuál sería la relación entre ellos: "El mayor servirá al menor".

En ese momento aún no se sabía nada acerca de cómo se iba a comportar el uno respecto al otro. Cuando Dios expresó este propósito, todavía no habían hecho nada bueno o malo. Así que Dios había dispuesto la elección de Jacob, el menor, aparte de sus acciones y su comportamiento. Había escogido a Jacob para que recibiera la bendición. Jacob tenía prioridad sobre Esaú. Dios ya lo había decidido **antes** del nacimiento de estos dos niños. Con eso no se ha dicho nada en perjuicio de Esaú. Eso debes entenderlo muy bien. Porque sin duda te encontrarás con personas que quieren hacerte creer que Dios también ha predestinado a algunos para la perdición eterna. En lo que sigue de este capítulo seguro descubrirás que no hay nada que permita pensar en ello.

Esas personas aportan como prueba el versículo 13 de nuestro capítulo. Arguyen que allí dice: "A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí". Ciertamente, eso dice. Pero antes de esto dice otra cosa: "Como está escrito". ¿Y dónde está escrito? Está al final del Antiguo Testamento, en el libro de Malaquías, después de una larga historia en la cual los descendientes de Jacob y de Esaú pudieron mostrar lo que había en ellos. En el transcurso del tiempo los verdaderos descendientes de Jacob mostraron su debilidad, pero también su deseo de alcanzar la bendición de Dios. En la vida de Jacob mismo esto también se vio. Y por ello, Dios dice: "Amé a Jacob". En cambio, los descendientes de Esaú mostraron que no tenían mayor interés en la bendición de Dios. En Hebreos 12 versículos 16 y 17

lees acerca de Esaú como de un profano, que por una sola comida vendió su primogenitura. Fue desechado porque no dejó un lugar para el arrepentimiento. Estas características vuelven a encontrarse en su descendencia. Y por eso Dios dice: "A Esaú aborrecí".

Dios quiere mostrar en estos versículos que ya en el origen del pueblo de Israel, Él procedió según su propia elección. Su bendición fluye hacia algunas personas. No porque ellas lo merezcan, sino porque Él las escogió para ello. Todo proviene de "el que llama". Para ti es importante ver que Dios actuó así en el pasado. Dios actúa ahora de la misma manera. Porque si Dios procede de acuerdo con su propia elección, no tiene necesidad de limitarse a Israel sino que también puede hacer valer su elección para los gentiles. Tú eres la prueba viviente de ello. Aunque (con toda probabilidad) no perteneces a su pueblo terrenal y con seguridad reconoces que no lo merecías, sin embargo Dios te escogió para bendecirte.

Más adelante encontraremos otras cosas sobre este tema. Pero si has comprendido un poco esta porción, estoy seguro de que tu admiración por Dios habrá crecido.

Lee de nuevo Romanos 9 versículos 6 a 13.

Tarea: Medita en el hecho de que Dios te escogió. ¿Cuál es tu reacción?

Lee Romanos 9 versículos 14 a 18, despacio y con atención.

32 Dios es soberano

En los ejemplos de la porción anterior se hizo bien evidente que Dios actúa de acuerdo con su propia elección. Pero entonces de inmediato hay resistencia.

Puedes sentir que esa oposición brota en tu propia mente, cuando piensas algo así como: "De todas maneras, es deshonesto o injusto de parte de Dios tratar de esa forma con seres humanos". El hecho de que podamos pensar o decir esto, es una consecuencia de que nos inclinamos demasiado a colocar al hombre en el centro de nuestros pensamientos y no a Dios. Pablo corta de inmediato ese pensamiento diciendo: "¡En ninguna manera!".

Para ilustrar esta frase «en ninguna manera», toma otros dos ejemplos del Antiguo Testamento. Esos ejemplos sirven para mostrarnos que Dios procede de acuerdo con su propia voluntad. Dios tiene una voluntad soberana, autónoma. Él es el único que tiene tanto el poder como la autoridad para obrar según su parecer, sin que tenga que darle cuenta de ello al hombre. Eso no significa que Dios actúe de manera caprichosa. No es un tirano antojadizo que toma y ejecuta decisiones de manera arbitraria. Lo que Dios hace, siempre puede sostenerlo ante cualquiera. Pero si nosotros, seres humanos, pensamos que podemos juzgar a Dios, asumimos una actitud que no nos corresponde. Y entonces no estamos en condiciones de entender lo que Él hace. Para poder comprender algo de lo que Dios hace, es necesario asumir otra actitud. Para empezar, debemos reconocer que Él es Dios, quien tiene el derecho de hacer lo que Él considera bueno. También tendremos que reconocer que no somos más que pequeños hombres insignificantes, criaturas que dependen del todo de su Creador.

Con esta actitud puedes empezar a entender un poco lo que Dios le dice

a Moisés: ``Tendré misericordia del que Yo tenga misericordia, y me compadeceré del que Yo me compadezca''. A simple vista, esto parece confirmar esa injusticia, esa arbitrariedad de Dios. Pero si consideras por qué Dios le dice esto a Moisés, cuál fue el motivo para ello, entonces con seguridad pensarás de una manera distinta. Porque ¿qué había sucedido? Como Moisés tardaba tanto, el pueblo había hecho un becerro de oro y lo había honrado. ¡Eso es pura idolatría! ¡Y todo el pueblo! Eso significaba que Dios debería juzgar a todo el pueblo. Pero con base en la intercesión de Moisés hay misericordia y compasión. Dios es tan misericordioso y compasivo que no destruye a todo el pueblo delante de sí, sino que se compadece de unos cuantos. Esta historia muestra que no se trata de lo que el hombre hace o deja de hacer (``No depende del que quiere, ni del que corre''), sino del Dios que tiene misericordia.

Después del ejemplo de la compasión de Dios, sigue uno del juicio de Dios. El versículo 17 empieza con: ``La Escritura dice a Faraón''. Si buscas esta porción en Éxodo 9, verás que es el mismo Señor Dios quien dice esto a Faraón. Si aquí en Romanos 9 leemos que es «la Escritura» quien lo dice, podemos concluir que Dios y la Escritura son el mismo. (Una nota entre paréntesis: Con esto se subraya la inmensa importancia de la Biblia para saber lo que Dios ha dicho. Por eso aprópiate de la palabra de Dios. Así conocerás a Dios y te mantendrás protegido de errores.) Faraón fue levantado con un propósito doble: Dios quería mostrarle su poder y Dios quería anunciar su propio nombre por toda la tierra. Dios podía utilizar a Faraón para esto. ¡Pero no vayas a pensar que Faraón era una herramienta sin voluntad! Faraón siguió siendo responsable ante Dios de sus actitudes y sus actos. Luego que Faraón hubo endurecido varias veces su propio corazón, entonces Dios se lo endureció. Después de eso Dios le empleó como un ejemplo del juicio que debe enviar sobre las personas que siguen rebelándose contra Él. Dios se compadece de quien quiere (como de algunos de Israel, aunque todo Israel era de condenar) y endurece a quien quiere (como a Faraón, quien también era de condenar).

Podrías preguntarte todavía: ¿Qué significa aquella expresión: ``Para

esto te he levantado"? ¿Quiere decir que Dios le hizo nacer con ese propósito? ¡No! Levantar significa aquí que Dios dirigió la vida de Faraón de tal forma que mostrara lo que había en su corazón para Dios. Es claro que se trata de una historia de rebeldía contra Dios. También se vio que no había ningún interés en escuchar las advertencias que Dios envió con las distintas plagas que azotaron el país. En la próxima porción continúa este tema.

Lee de nuevo Romanos 9 versículos 14 a 18.

Tarea: ¿A ti también te parece, a veces, que Dios es injusto? ¿Qué haces con ese pensamiento?

Lee Romanos 9 versículos 19 a 23, despacio y con atención.

33 Vasos de ira y vasos de misericordia

¿Sabes lo que nos estorba muchas veces? Nuestra lógica humana, nuestro entendimiento natural oscurecido.

Nosotros razonamos de la siguiente manera: "Dios escogió del total de la humanidad una cantidad de personas para bendecirlas. Luego todas las demás no reciben bendición y por lo tanto Dios las destinó para perderse. Siendo así, ¿acaso Dios todavía tiene algo que censurar? ¿Quién puede resistir a su voluntad? ¿No es cierto que todo está establecido desde nuestro nacimiento? Entonces ¿quién puede cambiar algo en eso?" Este tipo de razonamiento indica que estamos evaluando a Dios. Repito lo que ya he dicho antes: Lo primero que debemos tener bien claro, es que Dios es soberano en sus actos. Él establece todo y no es necesario que le rinda cuentas al hombre por ello.

Dios evalúa y juzga al hombre, pero no al revés. En Él y sólo en Él reposa la autoridad de juzgar, no en el hombre. Pablo nos quiere convencer de que Dios tiene el poder de hacer todas las cosas, sin que nadie tenga el derecho de decir algo al respecto. Dios posee el poder absoluto y el derecho absoluto para ejecutar su voluntad. ¿Qué derecho tenemos de llamar a cuentas a Dios, preguntándole por qué nos ha hecho así y no de otra manera?

La soberanía de Dios se compara con la del alfarero. ¿No es cierto que con la misma masa puede hacer una olla bonita o una fea? Repito: Aquí el énfasis está en la soberanía de Dios, no quiere decir que Dios en realidad haya procedido así.

En los versículos que siguen, Pablo muestra la manera como Dios en realidad actuó. Para comprenderlo debes comparar los versículos 22 y 23. Allí ves dos clases de vasos, vasos de ira (versículo 22) y vasos de

misericordia (versículo 23). Ahora fíjate bien en la forma como se habla sobre ellos.

Acerca de los vasos de ira dice esto:

- a. Dios quería mostrarles su ira y hacerles notar su poder;
- b. Él los soportó con mucha paciencia;
- c. Ellos están preparados para la destrucción.

El punto más difícil es (c). ¿Quién preparó estos vasos para la destrucción? ¿Fue Dios? Si dices eso, entonces afirmas que Dios es el causante del mal, como si Él empujara al hombre hacia acciones que le acarrearán destrucción. En lo que a Dios se refiere, aquí lees más bien sobre su paciencia. ¿Qué sentido tendría hablar de la paciencia de Dios, si Él estuviera preparando vasos de ira? En Segunda de Pedro 3 versículo 9 lees que la paciencia de Dios aplaza aún el juicio. No fue Dios. Son los vasos mismos quienes se preparan para la destrucción. (Comprenderás que la palabra «vasos» aquí se refiere a personas.) Un ejemplo muy dicente de un vaso de estos que se prepara a sí mismo para perdición es Faraón, como lo viste en el versículo 17.

Acerca de los vasos de misericordia dice esto:

- a. Dios quería mostrar para con ellos las riquezas de su gloria;
- b. Él los preparó de antemano para gloria.

Aquí salta a la vista la gran diferencia con los vasos de ira. A los vasos de misericordia, **Dios** los prepara para gloria (ellos no se preparan a sí mismos); y también, Dios lo hizo **de antemano** (no permitió que eso dependiera del comportamiento de los vasos en esta vida).

Así pues, en estas dos clases de vasos se presenta lo siguiente. De un lado la responsabilidad del hombre y del otro los designios, los planes, las intenciones de Dios. Estas dos caras o lados de la misma verdad las encuentras a lo largo de toda la Biblia. Nosotros, seres humanos, no las podemos englobar o armonizar. Eso sólo puede hacerlo Dios. Alguna vez alguien las comparó con los dos rieles del ferrocarril, que siempre corren paralelos. Si miras a lo lejos, parece que se encontraran. De

manera similar, las dos líneas de la responsabilidad del hombre y de los designios de Dios corren paralelas a través de la Biblia. Junto a la cruz ves como si estas líneas se encontraran. Lees algo sobre esto en Hechos 2 versículos 22 y 23. Allí dice que el Señor Jesús:

1. Fue entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios (Dios lo quiso de esta manera);
2. Fue crucificado y llevado a la muerte por los judíos, por mano de inicuos (eso lo hizo el hombre y es responsable de ello).

¿Quién pude armonizar estos dos lados de la cruz sino sólo Dios?

No trates de comprender esto, que es incomprendible. Esta comprensión no nos ha sido dada a nosotros los seres humanos. Dale gracias a Dios porque te permite ver las dos caras de la verdad. Es importante que adquieras una visión cada vez más clara de tus responsabilidades como criatura frente a Dios. Así también las tendrás en cuenta en tu vida práctica. El hecho de tener una visión cada vez más clara de los planes y propósitos de Dios, también tendrá efecto en tu vida. De esta manera tu vida adquiere una gran riqueza. Lo que Dios te pide será difícil a veces. Pero si comprendes cuáles son sus intenciones y planes, eso te motivará para honrarlo en tu vida.

Lee de nuevo Romanos 9 versículos 19 a 23.

Tarea: Reflexiona sobre la grandeza de Dios.

Lee Romanos 9 versículos 24 a 33, despacio y con atención.

34 Los gentiles e Israel

Ya se ha mostrado con claridad cuál es el punto de partida de los actos de Dios. Él es Dios y tiene derecho de proceder como mejor le parece.

Dios es soberano, también cuando se trata de mostrar misericordia. No está obligado a limitar su misericordia otorgándola sólo a los judíos. Tiene el derecho de llamar también a los gentiles, o sea, a quienes no son judíos. En realidad, esto puedes verlo desde el Antiguo Testamento. Pablo cita algunos ejemplos en Oseas y en Isaías, donde se ve que en esa época Dios ya anunciaba su infinita misericordia hacia los que no son judíos.

La primera referencia se encuentra en el versículo 25 y proviene de Oseas 2 versículo 23. Allí se trata del pueblo de Israel. Desde que habían demostrado su completa infidelidad a Dios y su dureza para arrepentirse, Dios había tenido que llamarlos «no-pueblo-mío» y «no-amada». Dios ya no reconoce el vínculo con su pueblo. Ahora Pablo aplica este versículo de Oseas de la siguiente manera: Dios volverá a decir «pueblo mío» y «amada». Eso significa que algunos del pueblo de Israel se convertirán a Dios y creerán en el Señor Jesús. Ellos constituyen aquel pueblo que Dios reconoce como «pueblo mío». Esto quizá también puede aplicarse a las naciones alrededor de Israel que siempre eran «no-pueblo-mío» y «no-amada» porque Dios no había establecido con ellos ningún vínculo especial. Pero si en las naciones gentiles hay personas que se convierten a Dios y aceptan al Señor Jesús como Salvador y Señor, entonces ellos también pueden considerarse parte del «pueblo mío».

La cita del versículo 26 fue tomada de Oseas 1 versículo 10 y en todo caso es claro que se refiere al llamamiento de los gentiles. Aquí se habla

de los "hijos del Dios viviente". Esta es una expresión típica para describir la relación con Dios en la cual ha sido colocado el cristiano. Dios ya no podía tener trato alguno con judíos ni gentiles. A ambos grupos había sido dicho: "Vosotros no sois pueblo mío". Para los judíos fue así desde que Dios tuvo que romper sus vínculos con ellos como consecuencia de la infidelidad que manifestaron. El triste resultado de ello fue el cautiverio. Para los gentiles, siempre había sido así. Dios había dejado que siguieran su propio camino. Pablo, el apóstol de los gentiles, se refiere a este versículo para demostrar que Dios denomina «hijos del Dios viviente» a todos los que ha llamado, tanto de los judíos como de los gentiles.

El profeta Isaías también hizo declaraciones con las cuales Pablo puede sustentar su demostración de la gracia soberana de Dios. Si la justicia de Dios siguiera su curso, el juicio debería caer sobre la totalidad del pueblo de Israel, por numeroso que éste fuera. No quedaría nada. Pero la gracia ilimitada de Dios dispone la salvación de un remanente o residuo. La sentencia que el Señor ejecutará sobre la tierra (versículo 28) es el juicio que caerá de manera justa sobre el pueblo de Israel que no cree. Eso sucederá después del arrebatamiento de la Iglesia. El hecho de que, a pesar de todo, habrá un residuo se debe a Dios mismo, al Señor de los ejércitos. Aunque parezca que no están resultando sus planes, sin embargo Él será el Señor de una gran nación que se levantará de este remanente. Todo se debe al hecho de que, para este residuo, la justicia de Dios fue ejercida de manera completa sobre el Señor Jesús. El residuo lo reconocerá. Otros profetas hablan al respecto.

La conclusión está a partir del versículo 30. Las naciones recibieron parte en la justicia con base en la fe. En los capítulos anteriores de esta carta descubriste que la única manera posible de ser justificado ante Dios es por la fe. Israel, que intentó alcanzar su propia justicia ante Dios, fracasó en ello. ¿Por qué? Porque pensaban que Dios les daría su justicia si ellos cumplían la ley. Pero cuando vino Cristo tropezaron en Él. Él mostró que ese cumplimiento sólo les servía para envanecerse ellos mismos. Su venida "en Sion" (y por lo tanto, en Israel) y su conducta manifestaron la mala actitud de ellos. Ellos no pudieron

soportar eso y por lo tanto le desecharon. Tropezaron en Él y por eso cayeron. Se colocaron a sí mismos fuera de la bendición.

El capítulo concluye señalando una vez más el corazón de Dios que se extiende a todos, sin distinguir entre judío y gentil. La única condición para participar de lo que Dios quiere dar, es creer en Él. ¡El que lo hace nunca será avergonzado!

Lee de nuevo Romanos 9 versículos 24 a 33.

Tarea: ¿Por qué es importante estudiar también el Antiguo Testamento?

Lee Romanos 10 versículos 1 a 4, despacio y con atención.

35 Cristo es el fin de la ley

En el capítulo 9, Pablo mostró con claridad que en el pasado Dios se manifestó como un Dios soberano.

Dios da a los gentiles acceso a la bendición. También "algunos" (un residuo) del pueblo de Israel reciben la bendición, porque Él es un Dios de gracia.

El pueblo como tal fue desechado por Dios. Aquí, en el capítulo 10, se explica la razón. Pero quiero anticiparte que en el capítulo 11 dice que ese rechazo ¡no es definitivo! Tampoco es algo que alegra a Pablo, algo así como: "Qué bien, eso les sucede por no escuchar". No. Desde el primer versículo muestra cómo su corazón y su oración se dirigían a Dios con miras a la salvación de Israel. Esta es otra prueba de que está ligado de manera muy estrecha a este pueblo.

Pablo se fijaba en lo bueno que podía observarse en ellos, a saber, que tenían celo de Dios o diligencia en el trabajo para Él. En Gálatas 1 versículos 13 y 14 ves que el mismo Pablo también tenía ese celo antes de su conversión. Es bueno tener diligencia en las cosas de Dios, pero ésta debe ir acompañada de entendimiento. Eso también es importante para ti. Cuando conoces al Señor, tienes mucho ánimo. ¡Quieres testificar! Eso es muy bueno. Pero si sólo te dejas dirigir por tu entusiasmo sin conocer la voluntad de Dios, es muy probable que resulte más daño que provecho. Esto no es para desanimarte en tus actividades. Hay mucho para hacer. Espero de todo corazón que veas mucho trabajo para el Señor y que permanezcas activo en ello. Pero en las cosas del Señor, la enseñanza y la actividad van juntas. Debes esforzarte por alcanzar «ciencia» en la voluntad del Señor. Lo que ahora estás leyendo puede ser una ayuda en este aspecto.

Volvemos a Romanos 10. Pueden señalarse dos razones para la caída de Israel. En primer lugar, ignoraban la justicia de Dios. Ignorar la justicia de Dios significa pasar por alto el procedimiento justo de Dios. Ya sabes que ese es el gran tema de esta carta. Para adquirir una idea de lo que eso significa, debes mirar al Señor Jesús y a su obra en la cruz. Allí ves el procedimiento justo de Dios. Sólo por el Señor Jesús es posible recibir la justicia de Dios. Israel desechó al Señor Jesús. En lugar de recibirlo procuraron, y aún procuran, construir su propia justicia. (Ésa es la segunda razón de su caída.) De esta manera pasan por alto el hecho de que nadie es capaz de vivir de una forma tan justa que Dios pueda declararlo justo. También hoy en día muchas personas se ocupan de establecer su propia justicia. Tales personas dicen que, en lo que a ellos respecta, no era necesario que Cristo muriera. Ellos tampoco se someten a la voluntad de Dios. Opinan que Él tendrá que recibirles porque nunca han hecho algo malo, según ellos mismos afirman sin parpadear.

Dios juzga de otra manera. Para Él no hay sino una justicia válida, a saber, Cristo. Cristo y la ley, Cristo y las propias obras, Cristo y la propia justicia, son cosas del todo incompatibles.

Con la venida de Cristo a la tierra, también vino el fin de la ley como medio de justificación. Ahora Dios sólo puede dar su justicia a una persona, si ella reconoce por la fe que necesita a Cristo. Para tal persona la ley es un asunto concluido, porque ésta alcanza su objetivo cuando se reconoce la imposibilidad de ser justificado por ella. Quien renuncia a sus propios esfuerzos y mira lo que hizo Cristo y lo cree, con ello se sujeta a la justicia de Dios. Dios señala a cada hombre una única posibilidad de establecer contacto con Él, ese camino es Cristo. Es maravilloso poder apreciarlo. A las personas que piensan que Dios está satisfecho con ellas porque llevan una vida meritoria, señalémosles a Cristo. Cualquiera que se compare con Él tendrá que reconocer con vergüenza que su vida no alcanza la medida de la vida de Cristo. Sobre todo, tendrá que reconocer que su muerte y resurrección eran necesarias para salvarle. Eso es lo que se explica en los versículos siguientes.

Lee de nuevo Romanos 10 versículos 1 a 4.

Tarea: ¿Cómo está tu celo por Dios?

Lee Romanos 10 versículos 5 a 11, despacio y con atención.

36 Creer en tu corazón y confesar con tu boca

En la ley, en Levítico 18 versículo 5, Dios ya dijo a Moisés que alguien sólo puede adquirir la vida obedeciendo la ley.

Con ello, Dios indica que alguien puede ganar su propia justicia guardando la ley. Pero ya sabes que nadie (ninguna criatura) ha guardado la ley.

Hay otra manera de recibir justicia y es con base en la fe. Pero entonces ya no puede hablarse de justicia propia. Cuando se trata de la fe, se excluye cualquier esfuerzo propio por entrar al cielo. Al final del versículo 6, Pablo incluso dice que el esfuerzo propio por llegar al cielo implica negar la ascensión de Cristo. Es lo mismo que decir: "Que vuelva a bajar; su obra no fue necesaria para mí, porque yo llegaré por mi propia fuerza". Cuando en realidad la obra de Cristo fue indispensable para darte la justicia de Dios. Su ascensión al cielo es una prueba de que Dios aceptó toda su obra. Estoy seguro de que tú no dirás: "¿Quién subirá al cielo?". En esa palabra «subir» se esconde la idea de alcanzar el cielo por esfuerzo propio. Mientras alguien piense así, está bajando a Cristo y deshonrando su obra.

Tampoco digas en tu corazón: "¿Quién descenderá al abismo?" Eso quiere decir que tampoco necesitas descender tú mismo para borrar tu culpa en una especie de penitencia. De hecho eso sería imposible. ¿Quién puede descender jamás a las profundidades de la miseria en la cual se encontró Cristo? Si alguien lo intenta, es como si con eso estuviera haciendo subir a Cristo de entre los muertos. Porque si esa persona pudiera pagar su propia culpa entonces la muerte de Cristo sería innecesaria.

Pero si crees que Dios procede de manera justa, entonces sabes que Él se ha acercado mucho a ti en Cristo. No necesitas ir a Él sino que Él vino a ti. Se acercó tanto a ti, que puso su palabra en tu boca y en tu corazón. Fuiste salvado porque te fue predicada la palabra de fe. El contenido de la predicación es confesar con tu boca a Jesús como Señor y creer en tu corazón que Dios le resucitó de los muertos. Si crees eso, sabes que Dios ya no tiene nada contra ti y que ya no está contra ti sino que, por el contrario, está a tu favor.

El orden es muy notable, primero la boca y luego el corazón. La boca se menciona primero, porque los demás sólo pueden apreciar tu fe por lo que oyen y ven de ti. No puede decirse que una persona es salva, si no se observa nada de ello en sus palabras y su comportamiento. Se trata de la confesión de Jesús como Señor. No es posible recibir a Jesús sólo como Salvador, como Redentor de tus pecados. Hubo un momento en tu vida en el cual reconociste que no podías salvarte a ti mismo y que no podías subsistir ante Dios, porque habías fallado en todo. Y fallabas en todo porque escuchabas a otro amo, al diablo. Entonces Dios te mostró que Él había entregado al Señor Jesús a la muerte por tus pecados. Así el Señor Jesús te libró de la carga de pecado que tú no podías llevar. ¿Verdad que tu gratitud hacia Él es infinita?

Ahora le perteneces. Espero que otras personas también puedan ver que el Señor Jesús es tu Señor. Claro que lo esencial es el corazón. Con el corazón se cree para justicia. Pero eso también debe hacerse visible hacia afuera, porque con la boca se confiesa para salvación. Quizá te parece que tu testimonio es bastante pobre y que podría mejorar bastante. Eso puede ser cierto. A mí también me gustaría a veces que todo me saliera mejor. Pero aférrate a lo que dice la Escritura: "Todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado". La fe tiene mucho que ver con la confianza. Para tu salvación has puesto tu confianza en Dios y no más en ti mismo. Esa misma confianza te da fuerza para testificar, porque no está enfocada hacia ti mismo sino hacia Dios. Leyendo la Biblia llegas a conocer mejor a Dios y al Señor Jesús, y tu fe y confianza aumentarán. Cuanto más te ocupes con lo que la Biblia dice, tanto más esto podrá verse en la práctica, en palabras y en hechos.

Lee de nuevo Romanos 10 versículos 5 a 11.

Tarea: En el caso tuyo, ¿cuál es la proporción entre la boca y el corazón?

Lee Romanos 10 versículos 12 a 15, despacio y con atención.

37 Pies hermosos

En el capítulo 3 versículo 22 leíste que, a causa del pecado, ya no hay diferencia entre el judío y el griego (o gentil).

Todo ser humano es pecador y es culpable ante Dios. Ahora lees que el mismo Señor es rico para con todo el que le invoca, sea judío o griego.

Ya te habrás fijado en que Pablo cada vez de nuevo cita versículos del Antiguo Testamento para sustentar lo que dice. Esto lo hace para demostrar que Dios no sólo es el Dios de los judíos, sino también el de los gentiles. Pues bien, tú como gentil ahora también puedes saber, por experiencia propia, que Él es un Señor rico en misericordia y que se ha compadecido de ti, pobre pecador. No es un Señor severo que quería dejarte al margen de la gracia. Si en los versículos 11 y 13 dice "todo aquel", esto no admite excepción. Pero sí hay una condición: En el versículo 11, creer; en el 13, invocar el nombre del Señor. Para ser salvo tuviste que invocar el nombre del Señor. Eso significa rendirle honra y adoración. Estarás de acuerdo conmigo en que antes de tu conversión no le dabas la honra que le correspondía. Antes había otras cosas que eran muy importantes para ti y que te absorbían del todo: El deporte, el estudio, la profesión, el dinero o la presentación personal. Quizá también eras muy religioso.

De cualquier manera, todo aquello no te hacía feliz ni te brindaba esperanza de salvación. Por eso al fin invocaste el nombre del Señor para ser salvo. En ese momento por primera vez le honraste de verdad. Él quiere ser en primer lugar tu Salvador. Eso es lo que significa el nombre «Jesús»: El Señor es Salvador. El versículo 13 es una cita del Antiguo Testamento, de Joel 2 versículo 32. ¿No es maravilloso que la misma persona que en Joel 2 versículo 32 (y en muchos pasajes del Antiguo Testamento) se llama Jehová (el Señor), sea el mismo que en el

Nuevo Testamento recibe el nombre de Jesús? Así que, el Señor Jesús es el Señor Jehová del Antiguo Testamento, pero en el Nuevo Testamento viene como hombre a su pueblo. Es claro que para un judío sólo podía encontrarse la salvación en Él. Pero ¿cuál era la situación de quienes pertenecemos a los gentiles? Él no había venido a nosotros. Nosotros no le conocíamos y no creíamos en Él. Sin embargo, también estábamos perdidos y debíamos ser salvados. Y para serlo debíamos creer en Él. Entonces era necesario que se nos hablara acerca de Él. ¿Y cómo habríamos oído de Él si nadie hubiera predicado?

Aquí ves de nuevo que no se trata de la ley, de hacer algo, sino de la predicación, de oírla y escucharla. Para poder predicar, alguien debe ser enviado. No es una congregación o una misión la que envía al predicador, sino el Señor mismo. Él reparte las órdenes de trabajo. ¿Y no es un servicio hermoso? Tú también has recibido órdenes para ello. Es un servicio de anunciar paz, de anunciar lo bueno. El que quiera ponerse en camino para ello tiene "pies hermosos", al contrario de antes cuando los pies se apresuraban a derramar sangre (Romanos 3 versículo 15). La referencia acerca de los pies hermosos viene de Isaías 52 versículo 7. Si lees este versículo allá, verás que se trata de un mensajero de alegría, de una sola persona. Esa persona sólo puede ser el Señor Jesús. ¿No es un pensamiento maravilloso que tú puedas seguir su ejemplo en el anuncio de la paz y del bien? En un mundo de violencia en el cual domina el mal, tú puedes ser un mensajero de paz y de bien. Muchas personas a tu alrededor están esperando ese mensaje. ¿Les dejarás en su miseria, o les contarás de ese Señor tan rico?

Lee de nuevo Romanos 10 versículos 12 a 15.

Tarea: ¿Con quién has hablado por última vez sobre el Señor Jesús?

Lee Romanos 10 versículos 16 a 21, despacio y con atención.

38 El rechazo de la predicación

Quizá los versículos anteriores te han impactado bastante. Y hoy con mucho ánimo quieres esforzarte anunciando la paz y el bien.

Con mucho entusiasmo, quieres contar lo que el Señor ha hecho contigo y lo feliz que eres. Te imaginas que, con seguridad, muchos otros se impresionarán y se convertirán al Señor.

Pero eso desemboca en una gran desilusión. Los resultados que esperas y deseas con ardor, nunca llegan. En vez de convertirse por tu testimonio, todos se vuelven contra ti. Isaías conoció esta situación. Habló mucho del Mesías que iba a venir a su pueblo. Pero ¿quién creyó su predicación? ¿El pueblo de forma masiva esperaba al Mesías prometido? Ya sabes que no. ¿Y por qué no querían al Mesías? Porque no correspondía a sus expectativas. No les gustó en absoluto que viniera como un niño en un pesebre. Si hubiera aparecido con gran poder y gloria, entonces sí le habrían recibido. ¿Pero ahora? ¡Fuera! El Señor Jesús fue desechado y regresó al cielo. Ahora no está visible. Para establecer contacto con Él se necesita fe, y la predicación debe resaltar esto. El contenido de la predicación debe ser la palabra de Dios. Sólo por ella un ser humano se descubre a sí mismo y descubre quién es Dios y lo que Él ha hecho para salvarlo.

Pero ahora una pregunta. Cuando la palabra de Dios aún no llegaba a los gentiles por la predicación, ¿Dios todavía no les hablaba? Seguro que sí. Pablo cita el Salmo 19. Allí David canta la gloria de Dios y la obra de sus manos, como pueden verse en la creación. El testimonio de Dios que procede de la creación no se limita a Israel, sino que puede percibirse sobre toda la tierra. Aquí tenemos una prueba de que también en el Antiguo Testamento Dios tenía una predicación para los gentiles, para

que pudieran tener conocimiento de Dios y pudieran creer en Él.

Luego surge otra pregunta. ¿Israel pudo saber de antemano que Dios también se manifestaría a los gentiles? ¿O no se les puede criticar su desacuerdo con Dios debido a sus bendiciones para los gentiles? En el versículo 19 primero toma la palabra Moisés. Moisés era su gran líder, por quien los judíos tenían mucho respeto. Él mismo les había hablado de su infidelidad y que por ello Dios se volvería a otro «pueblo». De esta manera Dios quería provocar sus celos, para que se volvieran a Él.

También se cita a Isaías. Pablo escribe: "Isaías dice resueltamente", como si se necesitara resolución y valor para decirlo. En efecto, fue un acto de valor. Porque, por supuesto, era un ataque directo al orgullo nacional del pueblo de Dios decir que Él se volvía a otro pueblo.

El último versículo de nuestro capítulo es el más insistente. Aquí habla Dios mismo. Sientes el dolor de su corazón cuando lees lo que debe decir a su pueblo. Te imaginas a Dios de pie, con los brazos extendidos para estrechar a su pueblo contra su corazón. Dios no toma esa actitud por un momento, sino todo el día, es decir, todo el tiempo de su relación con ellos. ¿Hay algo más ofensivo que tal desprecio? Por su parte, Dios ha hecho todo para bendecir a su pueblo.

La única respuesta del pueblo fue rebeldía y contradicción. Le dieron la espalda. El pueblo rompió su relación con Dios. Por eso Dios tuvo que ponerlo a un lado. Pero no para siempre, por ventura. En el capítulo 11 brilla un «nuevo día» para el pueblo.

Lee de nuevo Romanos 10 versículos 16 a 21.

Tarea: ¿Qué sientes cuando tu testimonio es rechazado?

Lee Romanos 11 versículos 1 a 6, despacio y con atención.

39 Un remanente escogido por gracia

Después de todo lo anterior, quizá te preguntes si Dios ha desechado a su pueblo. Como a varias preguntas anteriores, Pablo aquí también da esa respuesta tan clara: "En ninguna manera".

Pablo puede señalarse a sí mismo. ¿Acaso no es israelita? Él forma parte de la descendencia de Abraham, a quien Dios dio sus promesas. Además es de la tribu de Benjamín. Esta tribu casi desapareció de Israel, casi fue exterminada por las demás tribus, porque no quería juzgar el pecado. Eso puedes leerlo en Jueces 19, 20 y 21. Si Dios hubiera desechado a su pueblo, tampoco habría lugar para Pablo. No, Dios no ha desechado a su pueblo en su totalidad. Él lo conocía de antemano y sabía cómo iba a comportarse. La infidelidad del pueblo no fue una sorpresa para Dios. Más bien, le dio la oportunidad de mostrar su gracia de una manera muy clara.

Para ilustrarlo, Pablo señala lo que dice la Escritura en la historia de Elías. (Esta historia la encuentras en Primero de Reyes 18 y 19. Estoy seguro de que te impactará si la lees alguna vez.) En pocas palabras, se trata de lo siguiente: Elías había sido un héroe sobre el Carmelo, cuando se puso del lado de Jehová Dios contra los profetas falsos que decían que Baal era un dios. El pueblo miraba de lejos para ver cómo terminaría todo. Elías alcanzó allí una gran victoria para el Señor. Y el pueblo clamaba: "Jehová es Dios". Pero cuando, un momento después, Jezabel le amenazó de muerte, Elías huyó. Desanimado del todo llega a Horeb, el monte de Dios. Y allí el hombre de Dios empieza a quejarse acerca del pueblo de Israel. Le cuenta a Dios todo lo que han hecho mal. Él es el único fiel. Y ahora, además, quieren matarlo. ¿No hay razón suficiente para acusar al pueblo delante de Dios?

¿No te reconoces un poco a ti mismo en esta situación? Quizá (todavía) no. Yo sí. Es maravilloso vivir para el Señor y alcanzar éxitos para Él, como Elías en el Carmelo. Se oyen los gritos de júbilo del pueblo. No es para ti sino para el Señor y, sin embargo, es un poco para ti también. Precioso. Pero poco después recibes amenazas, burlas y risas y huyes corriendo. Nadie sale en tu defensa. ¡Qué solo y abandonado te sientes! Le dices a Dios: "Así no vale la pena. Yo soy el único que te sirve con fidelidad. Todos los demás sólo buscan su propia comodidad. Y ahora, además, tratan de callarme la boca".

Dirás que Dios debe estar de acuerdo contigo. ¿Acaso no es la verdad? Pero escucha la respuesta de Dios: "Me he reservado". Ay, eso se siente. Dios siempre tiene muchas más personas fieles a Él, que las que tú y yo conocemos. En el caso de Elías aún eran siete mil, una cantidad perfecta. ¿Has leído bien lo que dice? "**Me he reservado**". Eso significa que Dios mismo se ha encargado de ello.

Por un momento he aplicado la historia de Elías de una manera personal al caso tuyo y al mío. Pero la intención de la referencia en Romanos 11 es mostrar que siempre hay un residuo del pueblo de Israel, escogido por gracia, aunque nosotros no lo veamos. Dios demuestra con eso que, aun bajo el juicio que debe ejercer sobre Israel, el rechazo del pueblo no es total. Para mayor claridad: Si hay un residuo, es por gracia y no con base en obras, o sea, no es que ese remanente lo haya ganado con méritos propios.

Una cosa más acerca de la acusación de Elías. ¿Sabes que esta es la única vez que en el Nuevo Testamento se menciona un pecado de un creyente del Antiguo Testamento? Esto no nos permite despreciar a Elías. Sigue siendo un ejemplo maravilloso de valor por la fe. Él se enfrentó solo a esa multitud de sacerdotes idólatras, mientras que de los siete mil no se vio ni uno. Pero tan pronto como se enaltece a sí mismo por su fidelidad y empieza a acusar a los demás delante de Dios, entonces Él le reprende.

Acusar es un pecado que todos cometemos con mucha facilidad, pero es

obra de Satanás. En Apocalipsis 12 versículo 10 él recibe el nombre de «acusador de nuestros hermanos». Si observamos infidelidad en nuestros hermanos y hermanas, mejor hagamos lo que hace el Señor Jesús. Él es el intercesor, quien se dirige a Dios en favor de los suyos para pedir que Él los ayude para volver a ser fieles.

Lee de nuevo Romanos 11 versículos 1 a 6.

Tarea: Recapita si en tus oraciones acusas a tus hermanos o intercedes por ellos.

Lee Romanos 11 versículos 7 a 14, despacio y con atención.

40 Caída y admisión de Israel

Si Dios escoge un remanente, lo hace por gracia y no porque ese residuo hubiera merecido algo. ¿Acaso contigo no sucedió lo mismo?

Israel procuró construir una justicia propia ante Dios, pero no la obtuvo porque falló. Dios dio esa justicia a los escogidos. Los demás fueron endurecidos. Dios endurece a una persona cuando ya no queda ninguna posibilidad de hacerla volver. Pablo muestra ese endurecimiento en un testimonio triple del Antiguo Testamento. Cita versículos de los profetas (Isaías), de la ley (Deuteronomio) y de los Salmos.

En Isaías y Deuteronomio, es Dios mismo quien ejerce este juicio de endurecimiento dándoles un espíritu de estupor, de somnolencia. La paciencia de Dios tiene fin. Y David en el Salmo 69 pide el juicio sobre Israel por haber desechado al Mesías, al Señor Jesús. Tales peticiones no caben en nuestra boca. Vivimos en el tiempo de la gracia y podemos pedirle a Dios que perdone a nuestros enemigos. Así oró el Señor Jesús en la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Por eso ahora hay una oferta de gracia aun para el mayor pecador. Pablo es el gran ejemplo de ello. Él mismo dice que fue recibido a misericordia, siendo el principal pecador (Primera a Timoteo 1 versículos 13 a 16). El remanente según la elección por gracia, también fue recibido a misericordia por la intercesión del Señor Jesús en la cruz. Pero los demás caerán bajo el juicio que Dios debe traer sobre ellos, porque llevaron a la muerte al Señor Jesús.

En el Antiguo Testamento, y también cuando la Iglesia haya sido arrebatada, los que conforman el pueblo terrenal de Dios le piden que castigue lo malo. Él es el Dios de justicia, quien hace justicia a los suyos. En el futuro cercano, en la gran tribulación (entonces tú y yo estaremos

en el cielo porque la Iglesia ya habrá sido arrebatada), el residuo creyente será perseguido de manera espantosa y muchos serán muertos; pero entonces el Señor Jesús regresará a la tierra para librarlos. Lo hará juzgando a los perseguidores. Muchos Salmos dejan entrever lo que sienten y piensan los creyentes en ese tiempo horrible. Allí lees sobre el deseo de liberación, una liberación que imploran a Dios pidiéndole que juzgue a sus enemigos. En esencia eso es lo que David hace aquí.

Ahora podría surgir la pregunta si todo esto le sucedió a Israel con la intención de hacerlos caer. Aquí también se excluye cualquier motivo para ese pensamiento con la frase: "En ninguna manera". No han tropezado para ser desechados. Pero ya que debían ser puestos a un lado, Dios ofreció la salvación a los gentiles. Lo hizo con la intención de provocar al pueblo de Israel a celos, a envidia. No debes interpretar estos celos en el sentido de que Israel no quisiera que los gentiles compartieran esa salvación, sino más bien para que Israel también empezara a desearla. Es bueno tener presente que esta riqueza vino a nosotros como consecuencia de la transgresión de Israel. No es cierto que se nos ofrezca la salvación porque nosotros seamos mejores en algún aspecto.

Si por la transgresión y defección de Israel, que son negativas, vino tanta riqueza al mundo y a las naciones, ¡cuánta bendición vendrá para los pueblos a causa del arrepentimiento y la restauración de Israel! En aquel tiempo saldrá una bendición enorme de ese pueblo, de la cual participarán el mundo entero y todas las naciones. Esto sucederá en el reino de paz que durará mil años.

Aunque Pablo sea el apóstol de los gentiles, sigue vinculado con el pueblo de Israel de alma y corazón. Él observa la situación actual de endurecimiento del pueblo. También está pendiente de una restauración futura. Su tesón en la obra para el Señor está ligado de manera muy estrecha con este pueblo. Cuando habla de "algunos de ellos", quiere decir que no espera poder traer al arrepentimiento a todo el pueblo. Ve como una honra para su ministerio si por el evangelio pudiera hacer salvos a algunos de ese pueblo. En este tiempo, el

remanente elegido por gracia está constituido por aquellos pocos israelitas que se convierten ahora.

Lee de nuevo Romanos 11 versículos 7 a 14.

Tarea: ¿Cuál es tu actitud hacia Israel?

Lee Romanos 11 versículos 15 a 17, despacio y con atención.

41 El testimonio de Dios en la tierra

La exclusión de Israel significaba que la oferta de reconciliación podía extenderse al mundo, a las naciones.

En Segunda a los Corintios 5 versículo 19 dice que en Cristo, Dios estaba reconciliando consigo al mundo. Esto no significa que todo el mundo en efecto esté reconciliado con Dios. Esto sólo es cierto para quienes reconocen que para ellos mismos era necesario que Cristo hiciera el trabajo de reconciliación.

No existe tal cosa como la «reconciliación universal». La doctrina de la reconciliación universal afirma que todos, incluso el diablo y sus ángeles, serán salvos. Las personas que defienden esta idea preguntan si acaso Dios no es un Dios de amor. ¡Pero no te dejes engañar al respecto! La Biblia habla muy claro sobre un juicio eterno, por ejemplo en Apocalipsis 20 versículos 11 a 15. En nuestra porción, se trata del lugar que, delante de Dios, ocupan Israel por un lado y las naciones por el otro. En este momento, Dios no tiene ningún trato manifiesto con Israel como nación. Cuando Israel como pueblo haya sido recibido de nuevo (lo cual sucederá con seguridad), eso no será otra cosa que vida de entre los muertos. Una descripción vivaz de esa resurrección la puedes encontrar en Ezequiel 37 versículos 1 a 14.

Dios quiere tener un pueblo en la tierra que rinda testimonio de Él, que anuncie sus virtudes. En el pasado Israel no logró dar un testimonio del único Dios verdadero, y aun hasta este momento no está en condiciones de hacerlo. En la actualidad el cristianismo debe dar ese testimonio. ¿Pero acaso lo ha hecho mejor que Israel?

La porción que sigue, en Romanos 11 a partir del versículo 16, es muy importante. Te enseñará a comprender algo del procedimiento de Dios

con Israel ahora y en el futuro, así como del procedimiento de Dios con el cristianismo. Tanto de Israel como del cristianismo, Dios esperaba que dieran testimonio de Él en este mundo. ¿Qué éxito tuvieron en su tarea? Esto es lo que Pablo muestra con la comparación del olivo y sus ramas. Desarrolla la idea de la siguiente manera: En el versículo 16 primero lees acerca de primicias y masa restante. Primicias son los primeros frutos de la cosecha. Son santas, es decir, apartadas para el Señor. De estas primicias, por ejemplo de la primera recolección del trigo, se hace una masa para obtener pan. De manera automática esta masa también es santa. Este pensamiento también se aplica a la raíz de un árbol y sus ramas. Estos dos ejemplos, primicias/masa y raíces/ramas, quieren decir entonces que si el origen es santo, también es santo todo lo que proviene de ese origen.

A continuación se habla sobre un olivo silvestre, un árbol del cual se desgajan algunas ramas que luego son injertadas en un olivo (bueno, según el versículo 24). Así, estas ramas del olivo silvestre ahora participan de la raíz y de la rica savia del (buen) olivo. También del buen olivo fueron desgajadas algunas ramas. Eso sucedió para que hubiese espacio para las ramas que habían sido cortadas del olivo silvestre. Ahora debes tratar de comprender lo que Pablo quiere decir con este lenguaje simbólico. Es evidente que se trata de símbolos, si se observa que le habla a las ramas como si fueran personas e incluso hace que las ramas hablen. De modo que representan personas. Volvemos un momento al versículo 16. Como ya se indicó, la raíz simboliza el origen del cual crece algo que se hace visible en la tierra.

En el versículo 17 resulta entonces el siguiente cuadro: Algunas ramas (= la parte incrédula del pueblo de Israel) fueron cortadas (= puestas a un lado por Dios). Otras ramas quedaron en donde estaban (= un residuo creyente). En el lugar de las ramas desgajadas fueron injertadas algunas ramas del olivo silvestre (= creyentes de entre los gentiles). Por eso estos gentiles, que antes no tenían derecho a nada, recibieron parte en la raíz y la savia del olivo (= recibieron parte en las promesas y la bendición dadas a Abraham y a su descendencia).

Antes de terminar esta sección debes recordar muy bien una cosa: En esta porción se trata del testimonio de Dios en la tierra y cómo Dios lo evalúa. Tanto Israel como el cristianismo son responsables de la manera en la que dan su testimonio acerca de Dios. Dios no pudo mantener a Israel como su testigo. El cristianismo reemplaza a Israel como testigo de Dios sobre la tierra. Pero ¿los cristianos logran mejor su cometido que Israel? Eso lo veremos en la próxima sección.

Lee de nuevo Romanos 11 versículos 15 a 17.

Tarea: ¿De qué manera puedes anunciar las virtudes de Dios? Lee Primera de Pedro 2 versículo 9.

Lee Romanos 11 versículos 18 a 22, despacio y con atención.

42 Antes de la caída es la altivez

Nosotros, los cristianos, somos ahora los portadores del testimonio que Dios quiere dar de sí mismo en este mundo. Israel, que falló en esa tarea, ha sido puesto de lado.

Existe el peligro de que los cristianos nos ufanemos de la posición que Dios nos ha dado, en el sentido de pensar: "Nosotros somos mejores que Israel".

Quien tenga una mínima idea del testimonio que tienen los cristianos en este mundo, no pensará en jactarse. Piensa solamente en Irlanda del Norte y otros países, en donde distintos grupos de «cristianos» se han combatido a muerte durante siglos. A eso se añade el hecho de que Dios nos ha encomendado este testimonio por pura gracia. Sólo de esa manera hemos recibido parte en las bendiciones que Dios quería dar a su pueblo. Nosotros, gentiles por nacimiento, no teníamos derecho a nada. Recuerda que no sustentamos nosotros a la raíz, sino que la raíz nos sostiene a nosotros. (Si olvidaste lo que significa este simbolismo, vuelve a leer la sección anterior.)

Ahora podría decirse: "Todo eso está muy bien, pero de todas maneras es un hecho que el Israel incrédulo fue puesto a un lado por Dios y que nosotros fuimos colocados en su lugar". ¡Cierto! Pero no olvides la razón por la cual Israel fue puesto a un lado. Por su incredulidad han perdido este lugar en la tierra. Desecharon a Dios y a su Hijo y no les escucharon.

El hecho de que nosotros ocupemos su lugar no se debe a que seamos mejores. Y para poder conservar esa posición debemos estar en pie por la fe. Aquí la fe no se refiere a la confianza personal, sino a las verdades aceptadas por fe. Aquí no se trata del hecho de que creamos, sino más

bien de qué es lo que creemos. El cristianismo deberá aferrarse a toda la Biblia, de manera muy estricta, para que Dios pueda mantenerlo como su testimonio en la tierra. Allí, en la Biblia, tenemos las verdades de la fe.

Recibimos de Pablo la advertencia de no caer en soberbia. El cristianismo como conjunto no debe pensar que Dios pasará por alto su pecado. Si no le temen a Él tendrán que correr la misma suerte que Israel. De otras porciones bíblicas se concluye con claridad que el cristianismo como conjunto también se apartará y tendrá que ser desgajado por Dios.

Ese desarrollo de infidelidad creciente ya puede verse en la actualidad. En muchas congregaciones se proclaman enseñanzas sobre la obra y la persona del Señor Jesús que no están de acuerdo con la Biblia. Cada vez más se habla del cristianismo como de una religión equivalente a otras religiones mundiales. Así se pierde la gran diferencia que existe entre todas esas religiones y el cristianismo.

¿Acaso el cristianismo no es la única religión que provee la solución para que un ser humano pueda reconciliarse con Dios? Esa reconciliación sólo es posible a través del Señor Jesús, quien dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí". Eso excluye cualquier otra posibilidad. El Señor Jesús no es una posibilidad al lado de otras posibilidades.

También muchos utilizan el cristianismo para perseguir fines políticos. De esta manera se pierde todo el testimonio acerca de quién es Dios y quién es el Señor Jesucristo. El hombre fue colocado en la tierra para servir a Dios. El cristiano tiene en la Biblia instrucciones acerca de cómo debe hacerlo. Y sólo está en condiciones de realizarlo por la fe en Cristo y en su obra cumplida.

Pero cada vez más, la fe se está convirtiendo en un asunto vacío. Gran parte de las verdades concernientes a la fe ya han sido abandonadas y mucho más será dejado de lado. Hasta el resultado final, el cual será la

caída total de la fe cristiana. La palabra de Dios nos enseña que el cristianismo no se mantiene en pie por la fe.

¿Significa eso que tú o yo podemos perdernos? Para que no te confundas al respecto, diré algo sobre esto en la siguiente sección.

Lee de nuevo Romanos 11 versículos 18 a 22.

Tarea: En el versículo 20, ¿qué significa la expresión: ``No te ensoberbezcas, sino teme''?

Lee Romanos 11 versículos 23 a 29, despacio y con atención.

43 Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables

Terminé la sección anterior con esta pregunta: ¿Puede concluirse de Romanos 11 versículo 22 que tú y yo podemos perdernos, aunque creamos en el Señor Jesús?

La respuesta la lees en Juan 10 versículos 28 y 29. Quien una vez ha llegado a ser hijo de Dios, sigue siendo hijo de Dios por la eternidad. Por desgracia, es posible que a veces te comportes de una manera que no corresponde a un hijo de Dios. Eso tiene que ver con tu propia responsabilidad personal. Si tú como hijo de Dios pecas, debes confesarlo.

Pero en nuestra porción, en cambio, se trata de la responsabilidad del testimonio del cristianismo como conjunto sobre la tierra, el cual ha reemplazado al testimonio de Israel como pueblo. Y si ese testimonio como conjunto fracasa, entonces Dios no puede mantenerlo, así como no mantuvo a Israel. En aquel pueblo también había israelitas que tenían una buena relación personal con Dios. Pero en general era un pueblo que no se preocupaba de Dios. Así también sucede con el cristianismo. Algunos de los que se llaman cristianos mantienen una relación con Dios basada en una fe personal. Pero el cristianismo en general, ha dado una interpretación humana a la vida de fe. Ya no se pregunta por los pensamientos de Dios. Ya no se consulta la Biblia. Por eso, dentro de poco Dios no podrá reconocer más al cristianismo, en su totalidad, como su testimonio en la tierra y tendrá que juzgarlo. Así pues, debes distinguir entre tu propia responsabilidad personal delante de Dios y lo que Dios espera del cristianismo como conjunto. Espero que esto aclare un poco en qué consiste la diferencia.

Ahora seguimos con el versículo 23. Allí Pablo dice que Israel volverá a

ocupar la posición de testimonio de Dios en la tierra. Se trata de un misterio. Un misterio es algo que no se conocía en la antigüedad, en el tiempo del Antiguo Testamento, y que ahora se da a conocer. El misterio mencionado aquí se refiere a la exclusión y admisión de Israel, mientras que en el período intermedio Dios recibiría otro pueblo para su nombre. Esto era algo desconocido en el tiempo del Antiguo Testamento. Para no caer en la arrogancia respecto a ti mismo, debes recordar que el endurecimiento o la ceguera no ha venido sobre todo Israel, sino sobre una parte. Aunque esa parte sea la enorme cantidad de los israelitas incrédulos, sin embargo queda un residuo, acerca del cual ya leíste. Este residuo formará aquel "todo Israel" que será salvo. Todos los israelitas impíos e incrédulos habrán perecido por el juicio. Lo que queda, es entonces "todo Israel".

Dios continúa con este «nuevo» Israel "hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles". Esta expresión significa que el tiempo del testimonio cristiano en la tierra ha alcanzado su plenitud, es decir, que ha llegado a su fin. Dios ha tenido que cortarlo (versículo 22) porque no permaneció en la bondad. Después Israel volverá a ser el objeto de su amor. El Libertador viene de Sion para librar a su pueblo de los enemigos que quieren destruirlos. Muchas profecías del Antiguo Testamento describen cómo sucederá todo esto.

Además de destruir a los enemigos, el Libertador apartará la impiedad de su pueblo. Cuando Dios quite sus pecados, el pueblo obtendrá la seguridad de que Él, de todas maneras, cumplirá el pacto establecido con ellos. Porque para disfrutar de verdad las bendiciones de Dios, es indispensable que el alma esté libre de la carga de sus pecados. El peso inmenso que oprimirá el alma del pueblo será haber desechado al Señor Jesús. Ellos lo confesarán y Dios les perdonará. En Zacarías 12 a 14 está descrito, de una manera amplia y conmovedora, cómo sucederá todo esto.

Dios cumplirá su propósito respecto a su pueblo terrenal. Lo que ha prometido también lo hará; Él no se vuelve atrás. Es cierto que Israel se comporta como enemigo ante la predicación del evangelio, pero cuando

se trata de la elección, Dios los ama porque son descendientes de los padres Abraham, Isaac y Jacob. ¿Acaso Dios no les dio sus promesas? El cumplimiento de esas promesas se tuvo que aplazar a causa de la infidelidad del pueblo. Pero para Dios, aplazar no es cancelar. Él no se vuelve atrás de sus promesas. Él no se arrepiente de lo que, en su gracia, ha asignado a su pueblo ni del propósito con el cual lo ha llamado.

Lee de nuevo Romanos 11 versículos 23 a 29.

Tarea: ¿Qué es un misterio?

Lee Romanos 11 versículos 30 a 36, despacio y con atención.

44 ¡A Él sea la gloria por los siglos!

Los últimos versículos del capítulo 11 son un resumen de todo lo que Pablo ha expuesto en los capítulos anteriores.

En aquellos capítulos se ha mostrado con claridad que nosotros, que por origen pertenecemos a los gentiles, no creíamos en Dios. Por creer el evangelio, la buena nueva de Dios, hemos recibido misericordia. Pero también hemos visto que el evangelio vino a los gentiles después de que los judíos no respondieron a los muchos llamados de Dios para que se convirtieran. Y cuando vieron que la gracia se extendía a los gentiles, no pudieron soportarlo y se hicieron enemigos del evangelio. En el libro de los Hechos encuentras esta situación cada vez de nuevo.

Por asumir esa posición, los judíos quedaron ante Dios en el mismo lugar que ocupaban antes los gentiles. Así como nosotros los gentiles antes no creíamos, ahora los israelitas no creen. El propósito de Dios con esto es mostrarnos que todos, sin excepción, son incrédulos. En consecuencia, ahora la misericordia de Dios se extiende a todos, sin excepción. Él quiere demostrar que es misericordioso. ¿Cómo podría hacerlo mejor sino mostrando primero que todos necesitan esa misericordia?

Esto conduce a Pablo a la alabanza de los versículos 33 a 36. Aquí admira la sabiduría y la ciencia de Dios. La sabiduría de Dios la vemos en el Señor Jesús. En Primera a los Corintios 1 versículo 30 dice que Él es «sabiduría de Dios». ¿A quién se le hubiera ocurrido jamás resolver de esta manera los problemas que habían surgido por el pecado del hombre? Dios tiene un conocimiento perfecto de todo lo que ha sucedido y también sabe cómo obrar con justicia perfecta. En ello se esconde una profundidad de riqueza que para nosotros es insondable, incomprendible.

En esta porción, los juicios de Dios se refieren a la manera como Él juzga la situación resultante o a la comprensión perfecta que Él tiene de esa situación. En sus juicios, Dios se eleva muy por encima de nosotros. Para el hombre ya no había ninguna perspectiva. No podía aportar ninguna solución. Lo único que podía hacer era agravar el pecado. Ahora Dios ha empezado a actuar. ¿Quién puede comprender sus caminos, es decir, la forma en la cual Él procedió? ¿Cierto que nadie? Ahora que Él concluyó su obra en Cristo, podemos admirarlo. ¿Quién hubiera podido idear jamás esta salida, sino sólo Dios?

¿Dios necesitaría un consejero para desarrollar este plan? ¿Quién hubiera podido ser? Todo lo que Dios posee de sabiduría y medios, lo tiene en sí mismo. Él no necesita buscar esos recursos en otros. En todo el universo no hay un poder superior a Dios mismo. Al lado de Dios no hay nadie que pueda darle algo que Él necesite y para lo cual Él tuviera que dar algo en compensación. Sólo Dios es independiente. De Él provienen todas las cosas. Todo se origina en Él. En Romanos 4 ya viste que Dios llama las cosas que no son, como si fueran. Dios realizó la creación a partir de sí mismo. Todas las fuentes tanto de la materia como de la sabiduría y la ciencia están en Él mismo.

Pero las cosas no sólo provienen de Dios, sino que Él mismo también las estableció todas. Después de la frase "de Él", dice "por Él". Dios no sólo es el origen sino también quien realiza todas las cosas. No sólo tuvo la idea sino que también la llevó a cabo.

Y todo también es "para Él". Dios mismo es el gran objetivo en el cual desembocan todos sus propósitos y todos sus trabajos. Él se glorifica a sí mismo en todo lo que hace. Lo asombroso, lo admirable y lo que despertará nuestra adoración por la eternidad, es que Dios quiso involucrarte en sus planes. Tú tendrás el privilegio de servir por toda la eternidad para resaltar su gloria. ¿No es abrumador pensar en quién eras antes y cuál era tu destino, para ver ahora que Dios te ha dado un lugar tan maravilloso?

Con toda seguridad te unes a Pablo para decir: ``¡A Él sea la gloria por los siglos!". Lo único que puede añadirse a esto es: Amén. Me hace pensar en Apocalipsis 5, donde después de la alabanza de los versículos 13 y 14 también sigue ese «amén», seguido del cual los ancianos se postran y adoran. Ya no se escuchan palabras. Los corazones se pierden en admiración ilimitada, inexpresable, de Dios y del Cordero. Amén.

Lee de nuevo Romanos 11 versículos 30 a 36.

Tarea: Medita un poco más en el versículo 36.

Lee Romanos 12 versículos 1 y 2, despacio y con atención.

45 Transfórmate

Si te has compenetrado con todo lo que Dios ha hecho por ti, con lo mucho que te ama, con su compasión y su misericordia, entonces con seguridad terminarás diciendo: "Señor, aquí estoy; llena Tú mi vida".

Dios no espera otra cosa de ti sino que ahora muestres, en tu vida, que has comprendido algo de la enseñanza recibida. No recibiste todas estas lecciones sobre verdades bíblicas para aprenderlas de memoria.

Has visto y te han impresionado las misericordias de Dios. Tú mismo también las experimentaste y de allí parte el apóstol para enseñarte cómo puedes vivir, como cristiano, para la gloria de Dios.

Los versículos 1 y 2 podrían resumirse cada uno en una palabra. Versículo 1: Consagración; versículo 2: Obediencia. Ahora que has aceptado al Señor Jesús, Dios tiene derecho a toda tu vida. No será difícil "presentar tu cuerpo en sacrificio vivo" si piensas en todo lo que Dios ha hecho por ti. Por eso Pablo comienza señalando las misericordias de Dios. De verdad es un gozo para el corazón de Dios si tú correspondes a sus misericordias con el sacrificio de tu cuerpo. Eso significa que de tu vida irradie entrega y consagración a Dios. Antes utilizabas tu cuerpo para vivir para ti mismo. Querías recibir tú mismo el reconocimiento por lo que hacías y lo que eras.

Pero tu cuerpo ya no te pertenece. En Primera a los Corintios 6 versículo 20 dice que has sido comprado por precio (ese es el precio que pagó el Señor Jesús por ti en la cruz y por el cual recuerdas de nuevo esas misericordias) y que, por eso, se espera que glorifiques a Dios en tu cuerpo. El adjetivo «santo» que aparece en el versículo 1 de Romanos 12 se refiere a lo mismo. Santo significa colocado aparte para un

objetivo específico. Tu cuerpo ha sido apartado con el propósito de glorificar a Dios: Glorificarle con el cuerpo y en el cuerpo.

¿Cómo puedes hacerlo? En la forma en que manejas tu cuerpo y en lo que haces con él, Dios quisiera ver algo de la vida terrenal del Señor Jesús. Así el sacrificio de tu cuerpo es agradable a Dios, como lo fue el del Señor Jesús. En varias ocasiones Dios proclamó desde el cielo sobre el Señor Jesús las palabras: "Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". Dios quisiera tener esa misma complacencia en tu vida. Pero no logras complacerle sintiendo de vez en cuando un poco de devoción, sin que te detengas a pensar en lo que estás haciendo.

Se trata de un «culto racional» o, como también puede traducirse, de un «servicio inteligente». Esto significa que es una forma de vida en la cual eres consciente de todo lo que haces y dejas de hacer por el Señor. Tus decisiones las estudias y tomas delante de Él. Eso es muy importante, porque es muy fácil dejarte dirigir por lo que es normal y usual en el mundo que te rodea. Dios quiere mostrarte su voluntad. ¿Pides su dirección en todas las cosas, tanto en las pequeñas como en las grandes? En todas sus expresiones, tu vida no debe conformarse a este siglo, sino que debe transformarse en su totalidad. Esas expresiones incluyen la manera en que te comportas, hablas, actúas, te vistes, tratas con la gente. No hay necesidad de que decidas por ti mismo cómo llevar a cabo ese cambio. Es una consecuencia de la renovación de tu entendimiento, de tu manera de pensar. Antes tus pensamientos se centraban en ti mismo, pero por la vida nueva, por el nuevo rumbo que ha tomado tu vida, ahora puedes hacer que Dios sea el centro.

Aquí está escrito como una amonestación, de manera que no es algo automático. Tendrás que esforzarte para que esa transformación suceda en realidad. Si estás recién convertido puedes contar con la paciencia de Dios. No verás de una vez todas las cosas en las cuales aún te conformas al mundo. Dios te las mostrará paso a paso. Y si eres creyente desde hace tiempo, no debes pensar que no necesitas esta amonestación. No puedes escaparte de la influencia que el mundo ejerce sobre ti. Por eso, cada vez de nuevo debes hacer realidad esa

transformación. ¿Tú lo quieres? De eso se trata. Sólo así estarás en condición de gustar lo que es la "buena voluntad de Dios, agradable y perfecta". Conocer esa voluntad es indispensable para mostrar en tu vida las misericordias de Dios. ¡Qué contenido tan rico adquiere tu vida cuando aprendes a verlo de esa manera!

Lee de nuevo Romanos 12 versículos 1 y 2.

Tarea: ¿Hay cosas en tu vida de las cuales sabes que deben cambiar?

Lee Romanos 12 versículos 3 a 8, despacio y con atención.

46 ¿Cuál es tu tarea?

El capítulo 12 podría dividirse en tres porciones. Los versículos 1 y 2 constituyen la primera parte. Allí se trata de tu conducta hacia Dios.

La tercera porción abarca los versículos 9 a 21 y se refiere a tu conducta hacia las personas que te rodean. En la parte que nos ocupa hoy se trata de tu conducta hacia los demás creyentes. Debes tener presente que no eres superior a otros. Por el contrario, nos conviene una actitud de modestia y discreción.

Dios asignó determinada cantidad de fe a cada uno, también a ti. Es la cantidad exacta que necesitas para la tarea que debes realizar. Dios ha hecho lo mismo con tu hermano y tu hermana en la fe. También él o ella ha recibido una tarea de Dios y, junto con ella, la medida de fe necesaria.

Como la has recibido de Dios, ¿cierto que es imposible ufanarte o hacer alarde de ella? Pablo mismo tampoco lo hace, aun siendo nada menos que un apóstol. Nos habla "por la gracia que le es dada". Y esa es la manera en la que nosotros también debemos tratarnos unos a otros: Con la conciencia de que hemos recibido gracia.

Pablo hace una comparación con el cuerpo humano. En un cuerpo hay muchos miembros. Todos esos miembros tienen funciones distintas. Lo mismo sucede con nosotros, los creyentes, pero en sentido espiritual. Todos los creyentes juntos forman un solo cuerpo, en el cual cada cristiano (¡tú también!) tiene su propio lugar y su propia función. En Primera a los Corintios 12 se amplía este tema. Allí se enfatiza cómo los distintos miembros se corresponden. No pueden funcionar el uno sin el otro, sino que se necesitan mutuamente.

Aquí en Romanos 12 lo importante es tu propio funcionamiento, dirigido a los demás. Tienes una tarea propia y única que sólo tú puedes realizar bien. ¿Sabes cuál es tu función? Es difícil descubrirlo, ¿no te parece? En el libro de Eclesiastés hay un versículo que ha estimulado a muchos que querían saber cuál tarea debían realizar: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo" (Eclesiastés 9 versículo 10). En otras palabras: "Mira a tu alrededor y verás mucho trabajo".

En los versículos 6 a 8 de Romanos 12 encuentras algunas de esas funciones (aquí se llaman dones). Lo importante es tu actitud. La transformación de tu entendimiento, mencionada en el versículo 2, la puedes llevar a la práctica pensando que puedes significar algo para otra persona. Lo importante es lo que somos unos respecto de otros (versículo 5). Todos hemos recibido de Dios un don distinto. Dios no lo ha dado para que no hagamos nada con ese don, sino para trabajar con él.

El primer don mencionado aquí es la profecía. En Primera de Pedro 4 versículo 11 encuentras una bella descripción de la profecía, a saber, hablar conforme a las palabras de Dios. Cuanto más conozcas a Dios, tanto mejor puedes transmitir sus palabras. Por eso aquí en Romanos 12 se añade: "Conforme a la medida de la fe". Sólo es posible transmitir los pensamientos de Dios según la medida de tu contacto personal con Él y según la medida en la cual hayas aprendido a confiar en Él en la práctica de tu vida cristiana.

Quizá te guste más servir. Servir es una actividad más práctica. En Colosenses 4 versículo 17 se menciona a Arquipo, quien tenía un ministerio de servicio. Fue necesario animarlo a cumplir el trabajo que había recibido del Señor. En algún momento tú y yo también necesitamos una voz de aliento.

Es posible que en ti se esconda un maestro. En Esdras 7 versículo 10 encuentras un orden muy importante. Esdras preparó su corazón 1. para examinar la ley; 2. para obedecerla él mismo; y después de eso sí

3. para enseñarla a Israel.

Luego está la función de exhortación. Exhortar significa animar o consolar, pero también señalar las cosas malas. Esta no es una actividad apreciada. Pero sí muy necesaria. Los creyentes siempre corremos el peligro de apartarnos de la palabra de Dios. Por ello necesitamos las advertencias. Apartarse tiene consecuencias tristes. Por lo tanto, el propósito de la exhortación siempre es hacer volver al Señor a los creyentes extraviados. En Santiago 5 versículos 19 y 20 ves el bendito resultado que esto puede tener.

Hay hermanos y hermanas que tienen el don de repartir, esto es, compartir con otros los bienes que poseen. Este don me parece mucho más grato que el anterior. Sin embargo, para practicarlo también se necesita ejercicio espiritual. Debe hacerse con generosidad y sin doble intención.

Presidir o dirigir también es un don especial. Es preciso ocuparse de ello con solicitud o diligencia, porque dirigir es una cuestión de dar ejemplo más que de impartir órdenes. Ves un ejemplo de ello en el Antiguo Testamento en la persona de Nehemías.

El último don que se menciona aquí, es hacer misericordia. Hay creyentes que cuando ven a otros en la miseria, al instante están listos para ayudar. Es importante que ellos desempeñen su tarea con alegría. Eso no siempre es fácil, porque su ayuda no siempre es bien apreciada.

Pablo no quiso dar con esto una lista completa. Pero sí mostró que cada creyente (tú también) tiene un don y que debe ejercerlo con la actitud adecuada. Estoy seguro de que tú ves alguna necesidad. Pídele al Señor que te dirija en esto y pon manos a la obra.

Lee de nuevo Romanos 12 versículos 3 a 8.

Tarea: Pídele al Señor que te ayude a ver cuál es tu tarea y a efectuar-

la.

Lee Romanos 12 versículos 9 a 13, despacio y con atención.

47 Normas para la vida cristiana - I

Ahora sigue una cantidad de exhortaciones referentes a la vida de cada día. Son frases cortas y agudas.

Debes reflexionar sobre cada frase. Mientras lo hagas, trata de tener siempre como referencia la persona del Señor Jesús. Él mostró en su vida diaria todas las cosas escritas aquí. Eso lo lees en los evangelios. Y ahora que sabes cómo te ve Dios por la obra del Señor Jesús, puede esperarse que tú también te comportes como está escrito en esta porción. No se trata tanto de tu comportamiento externo, sino más bien de tu actitud, de la manera y el ánimo de tu proceder. Habrás observado que la conducta descrita es todo lo contrario del comportamiento normal de las personas que te rodean en el mundo.

Lo primero es el amor. Debe ser sin fingimiento. Esto significa sin hipocresía, sin doble intención. Así fue el Señor Jesús aquí en la tierra. En el mundo no encuentras esto. Muchas personas sólo participan en una colecta si se anuncia al público la cantidad y el nombre del generoso dador.

El amor se debe encauzar por vías buenas, porque vivimos en un mundo lleno de lo malo. Existe el peligro de manejar mal tu amor, de expresarlo de manera equivocada.

Lo primero que el amor hace sentir al mundo es el repudio de lo malo. Eso también se ve en el Señor Jesús. ¿Cómo te sientes cuando entras en contacto con alguna forma de mal? ¿Te causa asco? Es posible que de algunas cosas no sepas si son buenas o malas, pero aquellas de las cuales es evidente que son malas, te causarán repugnancia. Por esto a veces recibirás reproches por ser muy negativo. No participas en nada, eres una persona insípida.

Este reproche sería válido si el rechazo de lo malo fuera lo único que pudiera decirse de ti. Pero también hay otro lado, el apego a lo bueno. Lo bueno se encuentra en el Señor Jesús. Él es el bueno. Todo lo bueno proviene de Él.

En el versículo 10 se menciona el amor fraternal. En medio de este mundo perverso existe una compañía especial y única, a saber, la congregación de los hermanos. A ella pertenecen todos los hijos de Dios. Aquí se te hace un llamado a ser cordial con ellos. Se trata de tu familia. La cordialidad verdadera es un artículo escaso en el mundo, pues allí todos son extraños unos de otros.

``Prefiriéndoos los unos a los otros en cuanto a honra'' significa ceder la gloria al otro y es algo que jamás sucede en el mundo en el cual vivimos. Allí todos persiguen alcanzar el máximo de gloria propia. Entre los hermanos y hermanas es al revés (en todo caso, debería ser al revés). Debemos otorgar el honor a otros de tal manera que sea un ejemplo para terceros. También recibes un llamado a la diligencia. Quizá las personas que te rodean te humillen o se burlen de ti por ello. Pero el celo y la diligencia son características importantes de un cristiano. El celo de la casa de Dios consumía al Señor Jesús (Juan 2 versículo 17). La pregunta es para qué o para quién eres diligente.

Respecto a ``fervientes en espíritu'', puedes pensar en el ánimo con el cual eres diligente o en la medida de tu diligencia. Tu diligencia, tu empeño, tu motivación, todo puede contribuir a lo que dice al final del versículo 11: Servir al Señor. Servir al Señor significa servirle como esclavo, estar a su completa disposición. Él decide lo que debes hacer y lo que no debes hacer. Tu tiempo, tus fuerzas, tus capacidades, Él quiere utilizarlo todo. Para eso quiso librarte del poder del pecado. ¿Recuerdas el versículo 1 de este capítulo: ``Tu cuerpo en sacrificio vivo''? Mientras tanto, puedes mirar el futuro. Tienes una esperanza, una expectativa en la cual puedes gozarte. El Señor viene pronto. Cuando eso suceda, estarás para siempre con Él. Con la mirada puesta en ese futuro es posible sufrir con paciencia la tribulación.

También sientes cuán necesaria es la oración. Así fue el Señor Jesús aquí. "Mas yo oraba", dice en el Salmo 109 versículo 4. A lo largo de toda su vida Él estuvo en contacto con su Dios y Padre. En Él también se ve cómo pensaba en los demás. No vivía para sí mismo. Eso tú también puedes mostrarlo. Hay santos, o sea creyentes, que padecen necesidad. Tú puedes compartir con ellos lo que tienes. Esfuérzate en la hospitalidad. La palabra griega utilizada aquí significa «amor para extraños». Aparece sólo dos veces en el Nuevo Testamento, aquí y en Hebreos 13 versículo 2. Allí lees la bendición tan grande que puede traer consigo la hospitalidad.

Lee de nuevo Romanos 12 versículos 9 a 13.

Tarea: Revisa hasta qué punto se cumplen en tu vida estas «normas» para la vida cristiana.

Lee Romanos 12 versículos 14 a 21, despacio y con atención.

48 Normas para la vida cristiana - II

El punto de partida de esta porción siempre está en los versículos 1 y 2. No los pierdas de vista mientras seguimos con las exhortaciones y palabras de aliento que Pablo da aquí.

Por tu manera de vivir debes permitir que fluya bendición hacia otros, aun si te hacen mal. Bendecir significa que deseas lo bueno a alguien. En nuestros pensamientos siempre estamos listos a maldecir a alguien que nos trata mal, es decir, a desearle cosas malas. Para poder bendecir a pesar de la persecución, debes mirar al Señor Jesús. En esto, una vez más, Él es el ejemplo perfecto. ¿Acaso en la cruz no oraba por sus enemigos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"?

¿A tu alrededor hay alguien contento? Alégrate con él o con ella. Claro está que aquí no se trata de placer vacío, de la diversión del mundo. Puedes alegrarte en las cosas buenas que Dios da a otros, aun a los inconversos. Piensa por ejemplo en bendiciones materiales. Alguien se va a casar; en alguna familia nace un bebé; un desempleado consigue trabajo. Puedes compartir el gozo que eso proporciona. Llorar con los que lloran es más difícil. Compartir la tristeza consiste, sobre todo, en sentir lo mismo que quien sufre. Una enfermedad incurable, la muerte, son cosas graves. También a los incrédulos les hará bien si mostramos simpatía. Algo así puede dar una oportunidad para señalar al Señor Jesús.

El hecho de pasar juntos por ciertas experiencias (gozo, tristeza) también es provechoso para la unanimidad. Aquí en el versículo 16 se trata de creyentes. Ser unánimes significa tener el mismo anhelo, ser del mismo sentir. Esta unanimidad sólo puede existir si todos tenemos el anhelo de vivir para el Señor Jesús. Para ello, ¡la humildad es una condición muy importante! Cuando perseguimos cosas grandes, nos

levantamos por encima de otros. Entonces quedamos solos, aislados de aquellos con quienes formamos un cuerpo en Cristo (versículo 5). La unanimidad se pierde. Por nosotros mismos no somos humildes. Sólo podemos aprenderlo del Señor Jesús (mira en Mateo 11 versículo 29). Al hacernos aprendices de Él, mostramos que no somos sabios en nuestra propia opinión.

Pagar mal por mal era lo adecuado para un israelita en la época del Antiguo Testamento (ojo por ojo, etcétera), pero no corresponde a un cristiano del Nuevo Testamento. El cristiano puede irradiar las características de Dios y procurar lo bueno para todos los hombres. Eso no siempre es posible, como puedes verlo en la vida del Señor Jesús. Él es el Príncipe de paz. Sin embargo, por su causa vino discordia y contienda en algunas familias, porque era necesario elegir: A favor o en contra de Él. Quizá tú mismo también lo has vivido o estás en medio de tal situación. Pero sí debes evitar que esa discordia sea consecuencia de tu mala conducta.

Cuando recibes un tratamiento injusto, no necesitas enojarte ni vengarte por ti mismo. El lugar de la ira puedes dejarlo a Dios. A su tiempo, Él hará que triunfe la justicia. Dios no deja nada sin castigo. Lo que tú puedes hacer es avergonzar a los que te tratan de manera injusta. Muchas personas han sido ganadas para el Señor porque algún creyente ha hecho bien a sus enemigos, los ha bendecido en vez de maldecirlos.

No te dejes vencer de lo malo. El mundo que te rodea está lleno de maldad. El pecado está presente aun en ti mismo. El mundo que te rodea y el pecado, la carne en ti, se entienden muy bien. Pero has visto que el cuerpo del pecado fue destruido, para que no sirvas más al pecado (capítulo 6 versículo 6). Así como Dios ha vencido lo malo en nosotros con lo bueno que nos ha dado en Cristo, de la misma manera tú también puedes vencer lo malo con lo bueno. Eso significa que tú ganas al mal que se te hace, cuando el enemigo no logra llevarte a una reacción equivocada. Por el contrario, puedes aprovechar esta oportunidad para mostrar lo bueno, esto es, algo de las misericordias de Dios.

En Segundo de Reyes 6 versículos 8 a 23 encuentras una ilustración preciosa de una victoria de éstas, en la vida de Eliseo.

Lee de nuevo Romanos 12 versículos 14 a 21.

Tarea: Revisa hasta qué punto se cumplen en tu vida estas «normas» para la vida cristiana.

Lee Romanos 13 versículos 1 a 7, despacio y con atención.

49 La autoridad pública

En el capítulo anterior descubriste que tú, como creyente, tienes una relación especial con las personas que te rodean, tanto con los creyentes como con los incrédulos.

Se te ha dicho cómo debes comportarte con cada uno. En este capítulo, se trata de tu comportamiento frente a la autoridad pública, el gobierno.

Sin excepción, o sea, sin importar la forma de gobierno, dice: "Sométase toda persona a las autoridades superiores". La razón para esta obediencia es que la autoridad fue instituida por Dios. Si quieres someterte a Dios, también puedes mostrarlo prestando atención al gobierno o a la policía. Si no lo haces, traes juicio sobre ti mismo. Si haces lo bueno, no tienes motivo para temer la autoridad. Ella te alabará si actúas bien.

Pero si haces lo malo, entras en contacto con la autoridad de una manera desagradable. Ella es vengadora del mal. Ese es su derecho y su deber. Debe proteger a los ciudadanos de la injusticia y la violencia. Para ello ha recibido todos los medios: La administración de justicia, la prisión, la pena de muerte. No sólo debes someterte a la autoridad pública por miedo, sino porque ella sirve a Dios. Representa a Dios en la tierra y ejerce autoridad en su nombre. Si lo ves así, estarás sujeto a ella por causa de la conciencia.

No siempre es fácil estar sujeto a la autoridad. Para Pablo tampoco fue fácil. Él escribió esto a los creyentes en Roma, quienes vivían bajo el imperio de un tirano cruel, el emperador Nerón. En un caso así, con facilidad surge este pensamiento: "¿Verdad que esa no es una autoridad conforme a los propósitos de Dios? ¿Cierto que no es

necesario someterse a una autoridad como ésta?"

Hoy en día también hay países de los cuales podría decirse lo mismo. Otro pensamiento que se aplica a muchos países llamados libres, es: "Las decisiones que toma la autoridad están equivocadas, debemos oponernos". Tales razonamientos los puedes oír a tu alrededor. Así se propaga la desobediencia civil. Pero para nosotros, es importante que sigamos viendo la autoridad como una institución colocada sobre nosotros por Dios, a la cual debemos someternos. Dios le ha dado esa posición.

Otra cosa es que quizá no podamos obedecer en todo. Eso puede suceder cuando se nos piden cosas que van en contra de lo que Dios ha dicho en su palabra. Para ese caso, en Hechos 5 versículo 29 leemos la orden: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres".

Pero aunque no podamos obedecer algunas cosas, siempre debemos permanecer sumisos y no mostrar un espíritu rebelde. Esto último lo ves en la gente del mundo a tu alrededor. Quienes no están de acuerdo con muchas leyes del gobierno, se sienten robados y salen a protestar.

Un ejemplo de algo que no podrías obedecer, es si se expidiera una ley que prohibiera a los creyentes reunirse, pues el Señor quiere que lo hagamos (Hebreos 10 versículo 25). También si no se permitiera hacer distinción entre matrimonio y concubinato; o si a los homosexuales se les debiera dar el derecho a comportarse de acuerdo con sus inclinaciones. Es importante que para ti mismo partas del hecho de que la autoridad civil existe porque Dios la ha instituido. Pero, indicando otro ejemplo, cuando se trata de la emancipación o sea de la igualdad entre el hombre y la mujer, la autoridad pisa un terreno sobre el cual Dios se ha expresado en su palabra. Si se trata del pago equitativo por el trabajo, no hay inconveniente. Pero si se trata de asuntos que trastornan las relaciones en el hogar, la cosa es distinta. Dios ha distribuido las funciones en el hogar y la autoridad no puede tocar ese orden.

Sólo habrá un gobierno perfecto en el reino de paz, cuando gobierne el

Señor Jesús. Entonces todo se hará con justicia perfecta, a partir de leyes perfectas. Ahora esto todavía no sucede y debes cuidarte de no tener problemas de conciencia por rebelarte contra la autoridad.

Los impuestos que (quizá) pagas reflejan tu relación con la autoridad. Aunque te guste o no, se deducen impuestos de tus ingresos. Lo que el gobierno haga con ellos es asunto suyo.

De la misma manera se espera que hagas todo lo que la autoridad pide. Por ejemplo: ¿Cómo participas en el tráfico? ¿Obedeces las reglas que el gobierno ha establecido?

Un cristiano es una persona que sabe dar. Eso no significa que siempre lo haga de manera voluntaria. Quizá te agrade más si es voluntario, pero el dar o «pagar» del versículo 7 es una obligación. No lo eludas, sino paga a todos lo que les corresponda.

No hagas trampa con tu declaración de impuestos; ten respeto por los que están sobre ti; concede a otros el honor, el respeto que se merecen (esto no tiene nada que ver con la adulación). De esta manera puedes mostrar que eres un cristiano que en su vida tiene en cuenta la voluntad de Dios. ¿Sabes algo maravilloso? Si lo haces, ¡Dios también te dará lo que te corresponde!

Lee de nuevo Romanos 13 versículos 1 a 7.

Tarea: ¿Cómo puedes mostrar, en tu propia situación, que reconoces la autoridad pública como una institución de Dios?

Lee Romanos 13 versículos 8 a 14, despacio y con atención.

50 Vístete del Señor Jesucristo

Es muy fácil contraer deudas. Incluso te lo presentan de una manera muy atractiva. Hay tantas cosas necesarias y, además, ¿por qué negarnos esos pequeños lujos?

Basta fijar una cómoda cuota mensual y ya tienes el artículo deseado. De esta manera muchas personas se han acarreado deudas. Para un cristiano no debe existir sino **una** sola deuda, la cual nunca será cancelada aquí en la tierra: Amar. El que ama a otro, con ello cumple la ley. El resumen de la ley es amarse los unos a los otros. La ley prohíbe una cantidad de cosas que perjudican a otro. El amor no hace mal al prójimo. Luego quien ama a otra persona seguro que no la perjudicará.

Ahora podrías preguntar: ¿Pero acaso vivo bajo la ley? ¿No es una conclusión clara del capítulo 7 que estoy libre de la ley? Eso es cierto y estos versículos en el capítulo 13 no lo contradicen. Dicen otra cosa, a saber, que si tú amas a otra persona, no harás nada que la ley prohíba. De esa manera cumples la ley. Amar no es algo que haces porque la ley te lo pide. El amor es la expresión de tu vida nueva, la cual busca el bien del prójimo. Si buscas lo bueno y no lo malo para los demás, es claro que de manera automática cumples la ley.

En seguida se menciona otra razón para cumplir esta misión de amarse unos a otros. Esa razón adicional es la venida del Señor Jesús. Pedro en su primera carta también conecta estas dos cosas, la venida del Señor y el amor entre unos y otros. En el capítulo 4 versículo 7 escribe sobre el fin de todas las cosas y en el versículo siguiente sobre el amor mutuo.

Es hora de levantarnos del sueño, es tiempo de despertar. Restriégate los ojos y mira cuánto ha avanzado la noche. Porque es noche en el mundo. Noche cerrada. Aquí, «noche» indica la oscuridad espiritual

que ha venido por el pecado. Pero el día está cerca. Cuando el Señor Jesús aparezca en este mundo, amanecerá el día. En Malaquías 4 Él recibe el nombre de "el Sol de justicia". David en sus últimas palabras, consignadas en Segundo de Samuel 23, habla sobre Él como "la luz de la mañana" en el amanecer de "una mañana sin nubes". Entonces todo ojo le verá.

Cada día te acerca más a ese momento. Ahora estás más cerca de ese momento que cuando creíste. Si ahora tu salvación está más cerca que cuando creíste, eso implica que, en cierto modo, todavía no eres salvo. Tu salvación todavía no está completa, pues para tu cuerpo ella aún es futura. En Romanos 8 versículo 24 leíste que fuiste salvo en esperanza. Vuelve a leer lo que escribí al respecto en la sección 27.

Si aquí se da a entender que aún no eres salvo, eso se refiere a los peligros que hay y a la batalla que aún debe librarse. Para vencer en esa batalla necesitas obedecer con estricta puntualidad las órdenes del Cuartel General. Mucha atención: Debes quitarte algo y debes vestirme algo.

Primero respecto a despojarte. Las obras de las tinieblas corresponden a la noche. Toda forma de pecado es una obra de las tinieblas. ¿Todavía hay algo en tu vida de lo cual sabes que es pecado? ¡Corta con ello! Puedes hacerlo mencionando ese pecado por su nombre y diciéndole al Señor que has obrado mal en eso. Pídele que te ayude para no ceder más a ese pecado. En Proverbios 28 versículo 13 dice algo que brinda mucho ánimo: El que confiesa sus pecados y se aparta alcanzará misericordia.

Si lo has hecho, queda espacio para las armas de la luz. Ahora te las puedes vestir. Estas armas son muy distintas de las armas con las cuales lucha el mundo. Las armas de la luz son espirituales. El Señor Jesús se llama a sí mismo la luz. De Él recibes las armas y de Él puedes aprender cómo manejarlas para vencer. En los evangelios ves cómo las usaba. Cuando el diablo le había tentado cuarenta días y cuarenta noches y al final probó sus tres últimas tentaciones, el Señor Jesús le venció

diciéndole: ``Escrito está''.

Te has quitado algo y te has vestido algo. Ahora sigue la amonestación a marchar de una manera conveniente. Las cosas mencionadas en el versículo 13 las encuentras en abundancia en el mundo, pero (ya) no te corresponden. Ya no perteneces a las tinieblas donde reinan los pecados del versículo 13, sino que perteneces al día. En tu vida ha salido el sol de justicia. Tú puedes andar a la luz del «Sol de justicia», del Señor Jesús.

No sólo estás invitado a vestirte las armas de la luz, sino a vestirte del Señor Jesucristo mismo. ¿Notas que aquí Él recibe su nombre completo? Quizá suene irreverente, pero vestirte de Él significa lo mismo que vestirte un abrigo. Quiere decir que le muestras a tu alrededor. Cuando piensas mucho en ti mismo y estás muy ocupado contigo mismo (¿cuánto tiempo gastas frente al espejo?), se mancha ese abrigo. Cuando el Señor Jesús venga, todo ojo le verá. Entonces será demasiado tarde para todo el que no se haya decidido por Él. Pero tú y yo, ahora ya podemos presentarle. Qué felicidad sería si de esta manera otros aún le conocieran y aceptaran como su Salvador y Señor.

Lee de nuevo Romanos 13 versículos 8 a 14.

Tarea: ¿Cómo ves que es noche en el mundo y cómo puedes hacer tú que brille la luz?

Lee Romanos 14 versículos 1 a 6, despacio y con atención.

51 Recibe a los demás

Aquí empieza una porción nueva de la carta. Se extiende desde el capítulo 14 versículo 1 hasta el capítulo 15 versículo 7.

El tema de esta porción lo ves con claridad en el primer versículo y en el último. En ambos aparece un llamado a recibir a alguien. Eso es muy importante. Ya te habrás dado cuenta de que los creyentes no piensan todos de la misma manera sobre muchos asuntos.

Para aclarar las diferencias, aquí Pablo nos presenta dos creyentes. A uno lo llama débil y al otro fuerte. Con esto de débil y fuerte no debes pensar en la experiencia de la fe, en que alguien sea débil o fuerte en la fe. Tampoco se trata de la diferencia entre carnal y espiritual, en que el carnal es débil y el espiritual fuerte. No. Aquí se trata de los elementos del pasado que aún juegan un papel en la vida de un cristiano. En particular, se trata de judíos que se hicieron cristianos, pero que todavía observan ciertas ordenanzas del Antiguo Testamento. Se mencionan como ejemplos el comer o no ciertos alimentos y el guardar ciertos días que serían más importantes que otros. En esto algunos creyentes pueden ser débiles. Luego aquí, los débiles son cristianos quienes, con toda sinceridad, creen que deben atenerse a algunos mandamientos alimenticios que valían para Israel. O también, cristianos quienes piensan que deben atenerse a una serie de días conmemorativos como los tenía Israel. Piensa por ejemplo en las festividades cristianas. Hay personas quienes con toda sinceridad creen que deben observar estos días. Así pues, el débil en la fe no es el cristiano negligente o infiel sino, por el contrario, un creyente que a menudo es muy riguroso en su vida cristiana.

En contraste, tenemos al fuerte. Él sabe que está autorizado para comer de todo (excepto las cosas mencionadas en Hechos 15 versículo

29). También sabe que el único día diferente de los demás es el primero de la semana. Es el día que en Apocalipsis 1 versículo 10 se llama "el día del Señor", es decir, el día que pertenece al Señor.

La forma en que pienses sobre los alimentos y sobre ciertas festividades, depende del conocimiento de tu posición en Cristo. Aquel que sabe que es una nueva criatura en Cristo, no tiene dificultades con el alimento y los días. Sabe cómo manejar esas cosas. Pero con ello no ha concluido el asunto. El interés de esta porción no reside en mostrar cómo manejar el alimento o los días, sino cómo tratarnos unos a otros.

Si el otro ve las cosas de una manera distinta que yo, ¿qué hago? Si pertenezco a los fuertes, ¿lo menosprecio? Si pertenezco a los débiles, ¿lo juzgo? Debemos recibirnos unos a otros teniendo presente que el otro lo hace para el Señor. Ese es el motivo. Está bien preguntarnos de vez en cuando (y, a veces, preguntar a otros): ¿Hago o dejo esto para el Señor? Nosotros mismos llegamos a ciertas conclusiones, mientras que el otro puede llegar a conclusiones distintas. Cada uno tendrá que estar plenamente convencido en su propia mente.

Si este es nuestro punto de partida, no surgirán contiendas cuando hablemos sobre esas diferencias. Cada uno es responsable de manera muy personal ante el Señor. ¿Has notado que aquí aparece muchas veces la palabra «Señor»? El otro está bajo la autoridad del Señor, no bajo la tuya o la mía. Es un "criado ajeno" y está sujeto a Él.

El hecho de que se hable de esta manera sobre preguntas dudosas, es una bendición. Nuestro corazón siempre tiende a establecer preceptos, a definir todo de una manera muy precisa. Pero cuando lo hacemos, no queda nada como ejercicio para la conciencia. Es necesario que alguien nos sostenga en pie. Si lo sentimos así, no actuaremos con altivez. Además, viviremos la feliz experiencia del poder del Señor para hacernos estar firmes. ¿Acaso el objetivo final no es que Él reciba la gloria que le corresponde? Esto también se expresa en el versículo 6, donde dice que tanto el uno como el otro "da gracias a Dios". Así es posible una gratitud compartida, los corazones juntos buscan a Dios y

permanecen unidos en su presencia.

Lee de nuevo Romanos 14 versículos 1 a 6.

Tarea: Tú, ¿eres débil o fuerte?

Lee Romanos 14 versículos 7 a 14, despacio y con atención.

52 Todo para el Señor

Vivir para el Señor. Morir para el Señor. Todo para el Señor. Hoy y mañana. No hay espacio para actuar por tu propia cuenta. ¿Te sientes encerrado? ¿O más bien liberado? Tú lo elegiste cuando te entregaste al Señor Jesús.

Desde ese momento eres todo **de** Él y **para** Él. Ya no puedes hacer nada para ti mismo. Pero recuerda que antes tampoco podías hacerlo. Parecía que eras tu propio dueño, pero en realidad eras un esclavo del pecado. Por eso el hecho de pertenecer a alguien quien murió y volvió a vivir, es una liberación. En esta carta se ha tratado la muerte y la resurrección del Señor Jesús de manera extensa. Ahora Él es Señor sobre muertos y vivos. Como eso es cierto para todos los muertos y todos los vivos, también vale para ti. No puedes pisotear los derechos del Señor juzgando a tu hermano o menospreciándole. No digo que en realidad actúes así, pero estos versículos no se escribieron sin razón. Dios sabe mejor que nosotros mismos cómo podemos expresarnos acerca de otros. Todo cristiano lleva en sí el peligro de caer en una de dos faltas, juzgar o menospreciar. Quien lo niegue, no se conoce a sí mismo. Y el conocimiento propio es un arma importante para guardarte de estos peligros.

Más importante aun que ver estos peligros, es pensar en el tribunal de Dios. Todos tendremos que comparecer un día ante él. Es un pensamiento impresionante. En ese tribunal no se sienta un juez terrenal y falible, sino uno que tiene conocimiento perfecto de todo lo que hemos hecho y dicho. Él examina de manera completa nuestros motivos. Él sabe a la perfección por qué hemos comido o dejado de comer cierto alimento. Él sabe a la perfección por qué hemos engrandecido ciertos días sobre otros o por qué todos los días eran iguales para nosotros. Nos mostrará de manera infalible en qué hemos

juzgado o menospreciado a nuestro hermano. Y Él nos hará ver que ese hermano también vivía para el Señor.

Una pequeña advertencia: En este capítulo no se trata de cosas malas, pecaminosas. Si vemos pecados en la vida de otro, sí debemos decirselo. Eso lo hacemos con base en otras porciones de la Biblia.

Aquí se trata de tu conciencia personal y de la mía. La conciencia no es una pauta perfecta para nuestra vida (la única pauta perfecta es la palabra de Dios), pero Dios la tiene en cuenta y lo mismo debemos hacer unos con otros. Cuando pensamos que vendrá un momento en el cual cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta a Dios, eso tendrá su efecto en la actualidad. Si pienso que pronto estaré ante el trono de Dios, querré vivir como si ya estuviera allí. Ese pensamiento hará que en este momento ya quiera darle cuenta a Dios. Esta forma de pensar nos llevará a la conclusión de que no nos debemos juzgar (más) los unos a los otros. Eso se lo dejaremos a Dios. Cada uno se inclinará de manera personal ante Él y le reconocerá como Dios. Esto nos humilla.

Esto también hace que tengamos mucho cuidado antes de expresar críticas sobre lo que nuestro hermano o hermana cree que debe hacer para el Señor. Respecto a nosotros mismos, también tendremos cuidado con lo que pensamos que debemos hacer o dejar de hacer para el Señor. Es muy fácil que en nuestro comportamiento haya algo que se convierta en una piedra de tropiezo para el crecimiento espiritual de nuestro hermano, del hermano recién convertido o del que aún no conoce bien su posición en Cristo. Si dices que quieres servir al Señor, todo lo que haces ejerce gran influencia sobre otros que desean lo mismo, aunque en ciertos asuntos ellos pueden tener una visión distinta.

Para ti, puedes saber con plena convicción en el Señor Jesús que nada es inmundo en sí mismo. Claro que aquí no se trata de la inmundicia que se encuentra en el mundo, sino de ciertos preceptos del Antiguo Testamento. En esa época, por ejemplo, al tocar o comer algo que había sido declarado inmundo por Dios, la persona quedaba inmunda.

Ahora ya no es así. Por lo menos, eso es lo que Pablo dice de sí mismo. Y también es cierto para cada creyente que sabe cómo le ve Dios en relación con la obra de Cristo. Quien opina que aún hay cosas inmundas, muestra con ello que todavía no se ha apropiado toda la libertad de Cristo. (Este apropiarse no es orgullo, sino confianza sencilla en lo que Dios ha dicho.) Ten presente siempre que aquí se trata de la conciencia personal y de las diferencias que ella puede producir en la experiencia de la fe. En los versículos siguientes se aclara cómo debes seguir tratando con estas diferencias.

Lee de nuevo Romanos 14 versículos 7 a 14.

Tarea: Si piensas ahora en el tribunal de Dios, ¿cuál es tu reacción?

Lee Romanos 14 versículos 15 a 23, despacio y con atención.

53 No seas un tropiezo para tu hermano

Si yo te preguntara: "¿Quieres entristecer a un hermano?", sin duda dirías: "¡No!". Sin embargo, es muy fácil que causes tristeza a tu hermano con algo que haces.

Eso ocurre porque no andas conforme al amor. Puede ser que tengas toda la razón en alguna cosa que haces. Para ti mismo no tienes ningún inconveniente. Delante del Señor estás bien. Pero con eso no se ha dicho todo. También debes tener en cuenta a tu hermano (o hermana). Y si él se entristece por algo que tú haces, entonces no te dejas dirigir por el amor. En el capítulo 13 versículo 10 leímos: "El amor no hace mal al prójimo (a tu hermano)". Y es tan grave, que por tu comida (es decir, por utilizar tu libertad) puedes arruinar a alguien por quien Cristo murió. Eso sería un efecto indeseable de la libertad que tienes.

Para aclararte cómo debe ser tu actitud hacia tu hermano, Pablo a continuación dice algo sobre el reino de Dios. Tanto tú como tu hermano están allí desde que recibieron al Señor Jesús. En el reino de Dios de ninguna manera se trata de cosas como comer y beber. Allí lo importante es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Así como en los reinos de este mundo, en el reino de Dios hay un rey y unos súbditos. Sólo que el de Dios no es un reino visible con un rey visible. Es un reino (aún) escondido con un rey incógnito. El Señor Jesús es el Rey. En el Antiguo Testamento encuentras con frecuencia este título. Sin embargo, nosotros no lo llamamos por ese nombre. Le decimos Señor. El Nuevo Testamento siempre habla así de Él. Pero aunque se llame Rey o Señor, en ambos títulos se expresa que Él ejerce autoridad sobre los suyos.

Esta autoridad, su gobierno, lo ejerce el Señor Jesús desde el cielo,

donde está ahora. En tu vida puedes mostrar que Él tiene autoridad sobre ti, si dejas que el Espíritu Santo obre en ti. Cuando hagas eso serás justo en el trato con los demás. No querrás romper la paz por insistir en tus propios intereses. Si tratas de esta manera con tu hermano, tu conciudadano en el mismo reino, entonces habrá gozo en tu corazón. Ese es el auténtico servicio a Cristo. En eso Dios encuentra su complacencia, y quienes te rodean también notarán que te dejas guiar por normas diferentes a las usuales para ellos y para el mundo que les rodea.

Luego recibes un llamado a perseguir lo que sirve a la paz y a la edificación mutua. Debes empeñarte en ello. No es algo que sucede de manera automática en un hijo de Dios. La paz y la edificación mutua son mucho más importantes que el alimento. No te dejes dirigir por tus necesidades corporales. Las necesidades del cuerpo no son malas. Son necesidades que Dios quiere suplir. Pero están sometidas a su obra. No deben volverse un motivo para que tu hermano tropiece por lo que ve en ti. Por ejemplo, yo conozco un hermano que viene de un país africano. En ese país el hecho de comer huevo está ligado con el culto a los ídolos. Este hermano aún no está del todo libre de los pensamientos que en su país de origen se relacionan con el huevo. Supón ahora que yo tengo la costumbre de comer un huevo cada día. Para mí eso no es malo. Pero si ese hermano viene a mi casa y yo quiero comer mi acostumbrado huevo y también le ofrezco uno a él, eso puede ser una ocasión de tropiezo para mi hermano. Quizá mi intención sea darle a entender que no hay nada malo en comer huevo. Pero si insisto, eso puede poner su conciencia en un aprieto. Sabiendo todo eso es mejor que, por un día, yo no coma huevo. Esto puedes aplicarlo de muchas maneras.

Tu fe en Dios y en la obra del Señor Jesús es una fe personal. El versículo 22 no significa que no debas testificar de esa fe. Aquí se trata de que tu fe te ha libertado de toda clase de tradiciones y costumbres que no tienen nada que ver con el servicio a Dios.

Incluso recibes el título de bienaventurado si disfrutas tu verdadera

libertad en Cristo de una manera desenvuelta, sin someterte a toda clase de normas inventadas por los hombres. No hace diferencia si son reglas llamadas cristianas o reglas que sigue la gente de este mundo. Es importante que en tu vida práctica de cada día te dejes dirigir por tu fe, por lo que crees, y no por tus sentimientos. La fe se centra en Dios y en su palabra.

Si dudas de algo, no debes hacerlo. Vive basado en tu fe. Tener fe o creer no es una expresión de inseguridad. Muchas veces esa palabra se utiliza en ese sentido, por ejemplo cuando se dice: "No creo que sea malo". Lo que se quiere decir es: "Pienso que no es malo, pero no estoy seguro". Pero Dios nos ha dado a conocer su voluntad. Todo lo que hagamos sin haber preguntado por esa voluntad, es pecado. Qué expresión tan fuerte, ¿verdad?

Lee de nuevo Romanos 14 versículos 15 a 23.

Tarea: ¿Qué significa para ti el reino de Dios?

Lee Romanos 15 versículos 1 a 7, despacio y con atención.

54 Recibirse unos a otros según el ejemplo de Cristo

En esta porción el apóstol resume lo dicho en el capítulo anterior.

En el versículo 1 puedes ver que el apóstol se cuenta a sí mismo entre los fuertes. Allí habla de "nosotros", entre quienes se incluye él mismo. Eso no es altivez, sino que él es consciente de lo que ha llegado a ser en el Señor Jesús. Los fuertes son cristianos que saben que, por la obra del Señor Jesús, han sido libertados del todo de cualquier ley y cualquier esclavitud. Pero como ya dijo antes, esa libertad no debe convertirse en un motivo para que el hermano débil, que no es fuerte, se entristezca. No debes tratar de imponerle tu propia convicción (aunque sea correcta). Por el contrario, debes soportar su debilidad.

De nuevo encuentras esa actitud de pensar en el otro, en lo que es útil para él. Eso contrasta con agradarse a sí mismo. No debes hacer lo que te parezca más agradable o lo que más te convenga a ti mismo. En Filipenses 2 versículo 4 lees algo similar: "No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros". Y luego, desde el versículo 5 de Filipenses 2, encuentras el ejemplo que el Señor Jesús ha dado de ello.

Siempre que Dios pide algo de nosotros, coloca al Señor Jesús como modelo. Mira, por ejemplo, en Colosenses 3 versículo 13. Allí lees sobre perdonarnos unos a otros. El ejemplo es el Señor Jesús: "De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros". Ves muy claro al Señor Jesús como ejemplo en Primera de Pedro 2 versículo 21. Allí hay un mensaje para los criados. Traduciéndolo a nuestro tiempo, para los empleados. Pueden aprender del Señor Jesús la manera en la cual deben comportarse. Así pues, cada vez que se pide algo de nosotros,

debemos mirar al Señor Jesús. Si Dios nos pide algo, siempre podemos aprender del Señor Jesús cómo hacerlo. Lo mismo encuentras aquí en Romanos 15 versículo 3: "Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo". En toda su vida Cristo no perdió de vista la gloria de Dios. Vivía para la gloria de Dios y no para sí mismo. Su comunión con Dios era tan perfecta, que cuando Dios recibía burlas o insultos, Cristo sentía como si fueran dirigidas a Él. El ejemplo que ha dado el Señor Jesús te da la fuerza para hacer lo que Dios pide, también en este aspecto de soportar las debilidades de los demás y agradar al prójimo para bien.

Además, todo el Antiguo Testamento está lleno de ejemplos. En tu exploración por la Biblia descubrirás que cada cosa escrita en ella te enseña algo. Con ese fin Dios la hizo escribir. No se trata de acontecimientos casuales. En Primera a los Corintios 10 dice que las cosas que les acontecieron a los israelitas ¡sucieron como ejemplo para ti! Por eso debes leer las Escrituras. Así aprenderás cómo obra la paciencia y encontrarás consuelo. Necesitas paciencia en este mundo donde la oposición y la incompreensión pueden amargarte la vida. ¡Sigue adelante! Ese es el llamado que te hacen las Escrituras. También necesitas consolación en esta vida donde hay tantas cosas que pueden entristecerte. En las Escrituras puedes leer cómo los creyentes encontraron ese consuelo en Dios.

Si has encontrado paciencia y consolación en las Escrituras, el resultado es que tienes esperanza. La esperanza te enfoca hacia el futuro. Viene un momento en el cual ya no se necesitarán la paciencia ni la consolación. Habrá llegado lo perfecto y ya no habrá diferencias como fuerte y débil. Ahora todavía existen esas diferencias. Aún se necesitan la paciencia y la consolación. Las puedes encontrar en "el Dios de la paciencia y de la consolación". ¡Ese Dios es tu Dios! Si te centras en Él, estarás contribuyendo a que los creyentes permanezcan unidos y en armonía. Las diferencias ya no te alejarán del otro.

Cómo perseverar con paciencia y encontrar consuelo, puedes verlo en... sí, en el Señor Jesús. Él no se dejó detener por nada en su camino sobre la tierra. Siguió con perseverancia, por grande que fuera la resistencia.

¿Y quién ha encontrado tanta oposición como Él? No tuvo consolación en este mundo, ni siquiera de parte de sus discípulos. Encontró consuelo en la certeza de que su Padre siempre estaba con Él. Si el Señor Jesús es nuestro ejemplo entonces glorificaremos a Dios unánimes, a una voz. Ese es el anhelo de Dios. Si no hacemos más que discutir sobre una cantidad de cosas en las cuales deberíamos soportarnos, entonces Dios no recibe la gloria que le corresponde.

Cuando aprendemos a soportarnos unos a otros, eso dará mayor razón para glorificar a Dios. Para recibirnos de verdad, debemos pensar en cómo lo hizo Cristo. Nos recibió tal como somos. Él sabía muy bien cómo nos íbamos a comportar. Sin embargo nos recibió. Él quitó para siempre nuestros pecados cuando se entregó a sí mismo por nosotros en la muerte. Pero seguimos teniendo nuestras particularidades. Para el Señor Jesús, eso no fue razón para rechazarnos. Nos recibió a pesar de nuestras particularidades, que muchas veces volverían a salir a flote en nosotros. Según ese ejemplo también debemos recibirnos unos a otros.

Lee de nuevo Romanos 15 versículos 1 a 7.

**Tarea: ¿Entre quiénes te cuentas, entre los fuertes o entre los débiles?
¿Por qué?**

Lee Romanos 15 versículos 8 a 13, despacio y con atención.

55 El evangelio también es para los gentiles

¡El Señor Jesús vino a ser un siervo! Reflexiona bien sobre ese hecho. Él, el eterno Hijo de Dios, tomó la forma de un esclavo.

Él vino para servir, no para ser servido. Aquí dice que se hizo siervo de la circuncisión. Eso significa que vino para el pueblo judío, porque ese pueblo recibió la circuncisión como señal del pacto que Dios había establecido con ellos. Él vivió como judío entre ese pueblo.

El objetivo de su venida era, entre otros, confirmar las promesas hechas a los padres (como Abraham). Dios había expresado esas promesas. Eran tan firmes como la verdad de Dios, porque si Dios ha dicho algo, también lo cumple. Y el Señor Jesús vino para confirmar esas promesas.

Pero el Señor Jesús también fue hecho siervo de la circuncisión para que los gentiles glorificaran a Dios por su misericordia. Aquí Pablo aclara que la venida del Señor Jesús no sólo implicó bendición para Israel, sino también para los gentiles. Esto está expresado de manera muy hermosa en Isaías 49 versículo 6. Allí escuchas a Dios diciéndole al Señor Jesús: "Poco es para mí que Tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra". En la primera parte de esta cita lees que Dios tenía en su corazón el propósito de que el Señor Jesús restaurara a Israel. Pero eso no era todo. Para Dios, la obra del Señor Jesús era tan grande que no quiso limitar sus consecuencias a Israel. Quiso que todos los pueblos compartieran la misericordia que vendría a los hombres a través del Señor Jesús. El resultado sería que Dios fuera glorificado y engrandecido.

Lo maravilloso es que Dios ya había hablado en el Antiguo Testamento sobre esta misericordia para los gentiles. Esa misericordia no era una

cosa nueva, que apenas fue manifestada en el Nuevo Testamento. Observa que aquí no se trata de la Iglesia. Ella sí constituía un misterio en el Antiguo Testamento. Aquí se trata de que en el Antiguo Testamento el corazón de Dios también se extendía a las naciones fuera de Israel. Es cierto que tenían otro lugar. Israel era y sigue siendo el pueblo escogido por Dios y ocupa un lugar especial en la historia de la salvación. Pero Dios no desechó a los demás pueblos.

Para corroborar esto, se citan cuatro lugares del Antiguo Testamento. De hecho, estas cuatro referencias representan todo el Antiguo Testamento. Porque están en la ley (Deuteronomio 32 versículo 43), en los Salmos (18 versículo 49; 117 versículo 1) y en los profetas (Isaías 11 versículo 10). En Lucas 24 versículo 44 el Señor Jesús menciona estas tres partes como un resumen del Antiguo Testamento.

La primera cita, al final del versículo 9, es del Salmo 18 versículo 49. Es una referencia general, digamos un título sobre las demás. Allí se cuenta cómo Dios libra al residuo de la mano del enemigo. Para ellos esta liberación es un motivo para confesar el nombre de Dios entre los pueblos. El resultado es que en la segunda referencia (versículo 10) se hace un llamado a las naciones para que se alegren con el pueblo de Dios. Están invitadas a compartir el gozo de la liberación.

En la tercera referencia, versículo 11, se invita a "todos los gentiles" y a "todos los pueblos" a alabar y engrandecer ellos mismos al Señor. El gozo ya no se limita al pueblo de Israel, sino que todos los pueblos de la tierra pueden compartir esa alegría.

En el versículo 12 (la cuarta referencia) se indica el motivo del gozo. Allí se menciona la raíz de Isaías. Esto habla con claridad sobre el Señor Jesús. Compruébalo en Apocalipsis 22 versículo 16. Él se levantará para reinar sobre los gentiles. Bajo su gobierno empezará una época de gozo y alegría, situación que todos los pueblos buscan con afán pero apoyados en sus propias fuerzas. Vendrá un momento en el cual los pueblos esperarán en Él. Ese tiempo aún no ha llegado. Pero tú conoces al Dios de la esperanza.

Él está en condiciones de llenarte de todo gozo y paz en el creer. Ahora todavía debemos creer. Creer significa confiar Dios, quien cumplirá todo lo que ha prometido aun si todo lo que hay a tu alrededor parece contradecirlo. Si estás lleno de esa confianza, abundarás en la esperanza. Tendrás gozo y le alabarás en medio de un mundo donde se niega cada vez más a Dios y a su Cristo. No es necesario que tú mismo te des ánimo para ello. Eso hacen las personas sin Dios. Ellos hablan en términos de «no te quedes ahí» y de «no te desanimas». Tales estímulos pueden ayudar un poco, pero no dan fuerza verdadera ni duradera. Esa fuerza no la tiene el hombre en sí mismo. Tu fuerza es el Espíritu Santo. Él ha venido para dirigir tu corazón hacia el Señor Jesús. Tu esperanza será estable y abundante tan pronto el Señor Jesús sea el objeto de esa esperanza.

Lee de nuevo Romanos 15 versículos 8 a 13.

Tarea: ¿Cómo puedes tú recibir ``todo gozo y paz en el creer''?

Lee Romanos 15 versículos 14 a 21, despacio y con atención.

56 El ministerio de Pablo

Aunque Pablo nunca se había encontrado con los creyentes de Roma, estaba convencido de que estaban llenos de bondad. Podía asegurarlo porque había escuchado lo suficiente acerca de ellos.

También sabía que estaban llenos de todo conocimiento. La bondad y el conocimiento los capacitaban para amonestarse unos a otros. Bondad y conocimiento son cosas que no debes guardar para ti mismo. Con ellas puedes servir a otros. Quizá no hayas pensado que la amonestación es un servicio. Amonestar significa encauzar a una persona que de alguna manera va por mal camino. Si nos fijamos los unos en los otros de esta manera, demostramos bondad y conocimiento.

Pablo casi pide disculpas por haberles escrito esto. Pero les quería recordar cosas que quizás estaban olvidando. Eso es algo que tú también necesitas cada vez de nuevo. Si alguien te recalca un asunto muchas veces, entonces no lo olvidarás sino que, cada vez, lo recordarás mejor. Estarás más confirmado, como lo expresa Pedro cuando, poco antes de morir, recuerda la verdad de Dios a los creyentes (mira Segunda de Pedro 1 versículos 12 a 15).

Pablo tenía un vínculo especial con los gentiles y, por lo tanto, con los creyentes en Roma porque ellos eran gentiles. Aquí él se llama a sí mismo un ministro y presenta a los gentiles como una ofrenda. Es una idea un poco extraña pero a la vez hermosa. Porque al mirar el ministerio del evangelio en esta perspectiva, la predicación se vuelve un servicio maravilloso. Cuando por la predicación del evangelio alguien llega al arrepentimiento y a la fe, el predicador puede presentar a esa persona como una ofrenda a Dios.

El Espíritu Santo es quien obra el arrepentimiento y la fe en una persona. Él también santifica a esa persona, es decir, la suelta del mundo y hace que pertenezca a Dios. Eso se hizo posible porque Cristo Jesús murió y resucitó. Él hizo todo lo que un ser humano necesitaba para ser salvado. Por eso en las cosas que se refieren a Dios, sólo hay gloria en Él.

Toda la vida de Pablo estaba enfocada a hacer lo que Cristo quería. En su conversión, de inmediato dijo: "¿Qué haré, Señor?". Y eso lo tuvo en cuenta en todo lo que hablaba. Es un ejemplo importante para nosotros. Si Cristo no actuaba en él, Pablo no se atrevía a hablar. Todo lo sometía al objetivo de su vida, el cual tenía bien claro: Traer a los gentiles a la obediencia. Todo lo que decía, todo lo que hacía y todo lo que había recibido en dones, estaba dirigido a eso. No tenía en sí mismo la fuerza para ello. Era consciente de que sólo podía hacerlo en el poder del Espíritu Santo. En cualquier lugar adonde llegaba predicaba el evangelio. En ese trabajo tenía en cuenta lo que se le había confiado a otros. Cuando descubría que alguien se ocupaba de predicar el evangelio en cierta región, él se iba a otro sitio. Para él, la predicación era más importante que el predicador. Deseaba estar en lugares donde aún no se hubiera predicado el evangelio. De la misma manera, el Señor te ha dado un espacio pequeño en este mundo para que allí testifiques de Él. Ese lugar puede volverse cada vez más grande. Pero cuídate de no entrar en el terreno que el Señor ha dado a otros. Eso no trae sino problemas. Todos juntos podemos servir al Señor en el evangelio, pero cada uno tiene su propia tarea y su propio lugar.

Pablo sufrió muchas molestias de parte de personas que lo denigraban. Decían cosas sobre él que no eran ciertas. Cuando Pablo había estado en algún lugar, otros llegaban a decir que él sólo buscaba sus propios intereses. Pablo mismo no quería actuar de esa manera. Por el contrario, quería tener presente lo que el Señor había dado a otros. Cuando veía cómo el Señor utilizaba a otros, no sentía envidia sino alegría. Y se iba a otro lugar. Para sustentar esta posición en la predicación del evangelio, Pablo se basaba en el texto de Isaías 52 versículo 15. Para él, era una señal clara para ir a lugares en donde

Cristo aún no había sido anunciado.

Si deseas hacer algo para el Señor (ese es el anhelo de todo el que le ama, ¿verdad?), aquí tienes una indicación importante: Déjate dirigir por la palabra de Dios. Si te alimentas cada día de la palabra de Dios, recibirás la respuesta a tus preguntas. Estoy seguro de que tienes preguntas sobre muchas cosas. Las respuestas no son fáciles de encontrar. Tendrás que orar mientras lees. Pablo en su situación no recibía un papelito con los nombres de los lugares donde debía ir o no ir.

Así sucede con muchas preguntas en nuestra vida. Hay preguntas como éstas: ¿A quién ha destinado el Señor como esposo o esposa para mí? ¿Cuál estudio debo adelantar? ¿Cuál trabajo debo escoger? En la Biblia no encuentras una respuesta textual para estas preguntas. Pero allí sí encuentras indicaciones sobre hombres y mujeres que temen a Dios. En tu elección puedes fijarte en eso. En la elección de un estudio o trabajo puedes dejarte guiar por la pregunta: ¿En esto puedo servir al Señor o tendré que hacer cosas que van contra la voluntad de Dios? Cree con firmeza lo que Dios ha dicho. Quien cree o confía en Él no será avergonzado.

Lee de nuevo Romanos 15 versículos 14 a 21.

Tarea: ¿Cuáles son tus preguntas? ¿Dónde buscas las respuestas?

Lee Romanos 15 versículos 22 a 33, despacio y con atención.

57 Cómo Pablo hacía sus planes

Pablo repite a los creyentes en Roma con cuánto gusto quisiera ir a visitarlos.

Ya les había dicho esto al comienzo de la carta, en el capítulo 1 versículo 11. Pero ahora les dice que irá a ellos cuando viaje a España. De paso para allá los verá. Esperaba que le darían lo que necesitaba para seguir viajando. Así cuenta con el amor de ellos. Seguiría su viaje después de haber gozado con ellos. Sí, es posible disfrutar de los hermanos y hermanas. Es seguro que ya has tenido la experiencia de disfrutar de personas que te aprecian, que se interesan por ti de forma sincera.

Cuando no conocías al Señor Jesús, había personas que te mostraban aprecio. Pero muchas veces no era más que apariencia. Sólo se interesaban por ti mientras pudieran sacar algún provecho de ti. Ahora que conoces al Señor Jesús fuiste recibido en una congregación diferente. Estas personas también aman al Señor Jesús y se aman unos a otros. Quien entra en esta congregación comparte ese amor. Es seguro que los creyentes también te desilusionarán alguna vez. En sí mismos son seres humanos débiles e imperfectos. Pero si el gran apóstol Pablo, quien también sabía que en Roma no todo era perfecto, podía gozarse con los creyentes allí, ¿nosotros no podremos hacerlo también unos con otros?

Antes de que Pablo pudiera ir a Roma, tenía que hacer otra cosa. Llevaba consigo dinero. Era el producto de una colecta realizada por los creyentes en Macedonia y Acaya. Ese dinero estaba destinado para los creyentes pobres en Jerusalén. Era una ofrenda voluntaria, pues dice que ``tuvieron a bien" y que ``les pareció bueno". Sin embargo, había cierta obligación. Porque las naciones habían recibido parte de los bienes espirituales que, en primer lugar, estaban destinados al pueblo

terrenal de Dios. Como Israel había desechado al Señor Jesús, el evangelio había salido a los gentiles para que ellos también pudieran recibir bendición espiritual. Entonces podía esperarse de los gentiles que hicieran algo a cambio, ahora que los santos en Jerusalén sufrían necesidad. Era una deuda que podían cancelar de esta forma.

Eso también se aplica a nosotros. Si tú recibes bendición espiritual a través de un hermano o una hermana, puedes servirle con tus dones materiales (mira también Gálatas 6 versículo 6). Puedes echar algo en la bolsa de la ofrenda durante la reunión. También puedes entregarlo de manera personal. Pablo tomaba este servicio muy en serio. Es cierto que su preocupación principal era el bienestar espiritual de los creyentes, pero este encargo para su bienestar material no era menos importante para él.

Cuando hubiera concluido esa tarea, Pablo pasaría por Roma en su camino hacia España. Por lo menos, eso pensaba él. Sí estuvo en Roma, pero no como lo esperaba; no de paso, sino como prisionero. Así ves que también para este hombre de Dios las cosas podían salir de una manera distinta de la que imaginaba. Eso no fue una desilusión para él. Sabía que Dios dirigía su vida.

En tu vida las cosas también pueden salir de una manera distinta de la que piensas. También en tu caso, Dios sabe lo que es mejor. Si piensas en eso, permanecerás libre de desilusiones. Pablo sí estaba seguro de que, cuando fuera a ellos, llegaría con abundancia de la bendición de Cristo. Y esa abundancia de bendición en verdad llegó. Desde la cárcel de Roma escribió cartas en las cuales habla sobre las mayores bendiciones de la Iglesia. Esas cartas las tenemos en la Biblia. Puedes leer sobre esa "abundancia de la bendición" en las cartas dirigidas a los creyentes en Efeso, Colosas y Filipos. Ellas te dan una visión verdadera de la abundancia de la bendición de Cristo.

Quizá Pablo presintió algo de lo que le esperaba. Hizo un llamado urgente para que los creyentes en Roma oraran por él. Así le estarían ayudando.

La oración auténtica es una lucha. Esta lucha no se realiza con las manos ni con los pies. Es una lucha espiritual. Debemos pelear para que el trabajo de los siervos de Dios no sea estorbado por enemigos, sino que la obra del Señor pueda continuar para bendición de los creyentes. Así podemos colaborar para que los siervos hagan la voluntad de Dios con alegría y ministren a los creyentes. Además, eso les animará a ellos mismos. Los siervos del Señor no son máquinas sin sentimientos. Ellos necesitan poder hacer su trabajo con alegría y ser confortados por otros creyentes. El Dios de paz está listo para darte paz interna y para ayudarte en la lucha que debes librar en distintos terrenos.

Lee de nuevo Romanos 15 versículos 22 a 33.

Tarea: ¿Hay alguien a quien quisieras dar algo? Hazlo pensando en Mateo 6 versículos 1 a 4.

Lee Romanos 16 versículos 1 a 16, despacio y con atención.

58 Saludos y mucho más

Saludos. ¡Y qué nombres! Algunos son difíciles de pronunciar. ¿No podríamos pasar por alto esta porción? ¡Mejor no!

Para Pablo esos nombres significaban mucho. Eran personas que también pertenecían al Señor Jesús. Aquí tienes una expresión práctica de la unidad. Tú envías saludos a personas por quienes sientes algo especial, con quienes estás vinculado de alguna manera. Son personas que no ves a diario. Quizá nunca los has visto y sólo has oído hablar de ellos. Pero eso te da el sentir de unidad, de pertenecer los unos a los otros. Por otro lado, puede ser muy estimulante recibir saludos, pues así te das cuenta de que hay alguien que piensa en ti. Eso te hace sentir bien.

Por eso los saludos son importantes. Resaltan algo compartido. Cuando alguien te solicita darle saludos a ese hermano o a aquella hermana, eso es un encargo importante. Pablo aquí pide a los creyentes en Roma que den los saludos a una cantidad de hermanos y hermanas.

Lo que llama la atención en estos saludos, es que muchos nombres están acompañados de alguna frase. Para Pablo eran más que unos simples nombres. Estas personas significaban algo para él. Cada uno significaba algo distinto. De la misma manera, tu relación con cada hermano y hermana es diferente. Si te fijas en esta diversidad, el trato con ellos se enriquece mucho.

También hay nombres que Pablo menciona sin añadir nada. Nos podemos preguntar si no habría nada especial que decir sobre ellos. ¿No resaltaban de ninguna manera? ¿Eran hermanos o hermanas insignificantes? No lo sé. Quizá sólo eran hermanos que no llamaban la atención. En todo caso sus nombres están ahí. Puedes ver la misma

diferencia entre los discípulos del Señor Jesús. Acerca de algunos sabemos mucho, porque sobre ellos se narra bastante. En cambio acerca de otros no sabemos casi nada, porque sólo unas pocas veces se dice algo de ellos. Aun hay otros de quienes sólo sabemos el nombre. Lo que hicieron permanece escondido para nosotros. Pero Dios sí lo sabe y no olvida apreciarlo en su valor justo. Dios tiene su camino para cada uno.

Claro, es muy bueno si puede decirse algo más sobre ti aparte de tu nombre. Eso no debe suceder para hacerte importante. Debe ser claro que estás motivado por tu amor al Señor Jesús. Eso también lo ves en muchas de las personas que Pablo menciona. Varias veces se añade algo sobre el Señor Jesús. Él era el motivo de su labor.

Diré algo referente a algunos nombres; tú mismo puedes pensar acerca de los demás.

La primera persona que Pablo menciona es Febe, ``nuestra hermana''. Aquí ves que Pablo se daba cuenta del servicio de las hermanas. De todos los nombres que menciona, el primero es el de una hermana. Y aparecen varias otras en estos versículos. Febe con seguridad fue una hermana muy especial. Servía a los creyentes de una manera práctica. Quizá les brindaba hospitalidad en su casa. O hacía visitas. Tal vez escribía cartas de aliento. En todo caso, ayudó a muchos. Con lo que hizo, apoyó y ayudó a los demás, de manera que muchos se sintieron fortalecidos. Pablo también lo había experimentado como una bendición. Por eso podía recomendarla a los hermanos en Roma. Cuando Febe llegara donde ellos, debían recibirla como correspondía y brindarle ayuda y apoyo.

También había una pareja que Pablo recomendó de manera especial a los creyentes en Roma. Ella se llamaba Priscila o Prisca y él, Aquila. ¿Ves que aquí se menciona primero a la esposa? Sus nombres aparecen en varios lugares, también algunas veces en el orden contrario. Cuando se trata de responsabilidad o de la explicación de la palabra de Dios, se menciona primero a Aquila. Y cuando se trata del servicio práctico en el

hogar, lo que corresponde más bien a la mujer, se menciona primero a Priscila. Aquí también.

De lo que dice en Hechos 18 versículos 1 a 3 podemos concluir que Pablo se alojó en la casa de ellos. En lo que sigue de la narración en Hechos 18 se observa que recibir en la casa a un hombre como Pablo podía ser peligroso. Esta pareja había expuesto su vida por él. Pablo les estaba agradecido por eso. Pero las iglesias de los gentiles también debían estar agradecidas con ellos. Porque, por su valor, esas congregaciones podían seguir aprovechando el ministerio de Pablo. De la misma manera, tú puedes pensar que cuando haces algo por un siervo del Señor, eso también es un beneficio para los otros que gozan del ministerio de este siervo.

Para terminar quiero llamar tu atención sobre la última parte del versículo 16. Pablo no sólo pide a los creyentes que saluden a los que él conocía, sino que también saluda a los creyentes en Roma de parte de todos los que están vinculados con ellos. "Os saludan todas las iglesias de Cristo". La iglesia en Roma estaba vinculada con todas las iglesias de Cristo que había en distintos lugares sobre la tierra. Qué hermoso es sentir esto así. Ya habrás descubierto que la Iglesia está muy dividida. ¿Es posible experimentar la unidad de la Iglesia a pesar de esa división? Sí, aun hoy día eso es posible. La siguiente carta (dirigida a los Corintios) explica cómo puede realizarse esto.

Lee de nuevo Romanos 16 versículos 1 a 16.

Tarea: Escribe una tarjeta con un saludo a alguien que desde hace mucho tiempo no haya sabido nada de ti.

Lee Romanos 16 versículos 17 a 24, despacio y con atención.

59 Sé sabio para el bien

En el capítulo 14 viste que, en la iglesia en Roma, los hermanos y las hermanas no pensaban todos lo mismo acerca de algunas cosas.

En ese pasaje el asunto era guardar ciertos días y comer o no cierto alimento. En Roma había hermanos y hermanas que todavía no estaban del todo libres de la influencia del culto judío. Había diferencias con las cuales debían aprender a vivir y en las que debían soportarse unos a otros. Ahora Pablo les dice algo sobre personas que no debían tolerar. La tolerancia es una cualidad preciosa cuando se trata de debilidades. Pero es algo incorrecto cuando se trata de cosas malas, pecaminosas, perjudiciales. Tales cosas no debes soportarlas.

Si entre los creyentes hay personas que causan divisiones y tropiezos contra la doctrina que has aprendido, debes apartarte de ellas. El diablo siempre está listo para causar división o contiendas entre los creyentes. Muchas veces actúa como lo hizo con Eva antes de la caída. Se acercó a ella para hacerle la pregunta engañosa: "¿Conque Dios os ha dicho?" (Génesis 3 versículo 1). Sembró en el corazón de Eva la duda sobre lo que Dios había dicho muy claro. Así también intenta sembrar, entre los creyentes, dudas sobre la doctrina. La doctrina no es una teoría seca y tediosa, sino la enseñanza viva de la palabra de Dios.

Siempre hay personas que quieren hacerte pensar que las cosas no son como están escritas en la Biblia ni como las has aprendido. Debes dejar de lado a tales personas. Ellos no hablan sobre el Señor Jesús, sino siempre acerca de sí mismos. Saben muy bien cómo expresar las cosas para engañar a los creyentes desprevenidos. Estas personas no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a su propio vientre. Todo gira sólo en torno a sí mismos.

Espero que de tu obediencia también pueda decirse que ha venido a ser notoria a todos, que otros hermanos y hermanas la hayan notado en ti. Entonces no serás presa de estos sembradores de discordia.

Para protegerte de estas personas es necesario que seas sabio para el bien pero ingenuo para el mal. Por ello, ocúpate de cosas buenas y no de cosas malas. Ocúpate de la palabra de Dios y del Señor Jesús. No es necesario que te concentres en las prácticas pecaminosas del mundo para saber cuánta maldad hay allí. Es mejor que te mantengas lejos de ello. No ensayes el mal. Si lo haces, con toda seguridad te hundirás. Muchos jóvenes han empezado por curiosidad con juegos de ocultismo y, poco a poco, han quedado enredados. ¿Cuántos han apostado dinero en máquinas tragamonedas por una vez, sólo para sentir la emoción, y quedaron esclavizados? También hay muchos que, envalentonados, fumaron algo especial y terminaron en el mundo de la droga. ¡No ensayes el pecado! ¡Te lo advierto con mucha seriedad! En este momento, el mundo en que vives todavía está en manos de Satanás. Quizá sabes, por amarga experiencia, cuán corrompido está ese mundo. Si hace poco que has venido al arrepentimiento y a la fe, es seguro que tienes asco del mal. Quieres mantenerte limpio. Sin embargo, muy pronto viene la tentación de regresar a esas cosas. Por eso, esfuérzate por hacerte sabio para el bien. ¡Persiste!

Es cierto que Satanás todavía tiene la autoridad en este mundo, pero dentro de muy poco será aplastado bajo nuestros pies. ¿Sabes quién lo hará? El Dios de paz. Extraño, ¿no te parece? Satanás siempre procura traer discordia. El Dios de paz pondrá punto final a eso. Si te aferras a ese hecho, tú mismo conservarás la paz en tu corazón. Así tu atención permanece dirigida al Dios de paz y Satanás no tiene la oportunidad de lograr que te ocupes del mal. Para que eso sea una realidad en tu vida, requieres la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Siguen algunos saludos a la iglesia en Roma de parte de creyentes particulares. Entre ellos está Tercio, quien escribió lo que Pablo dictaba. Pablo casi siempre lo hacía así. A veces, como en Primera a los

Corintios 16 versículo 21, escribía al final un saludo personal a manera de firma. En algún caso excepcional escribía la carta él mismo. La situación de las iglesias en Galacia era tan grave que Pablo les escribió al respecto de su propia mano (Gálatas 6 versículo 11). Es claro que cuando Pablo se sirve de un secretario, eso no mengua la autoridad de lo escrito. Él, como apóstol, es el remitente.

Dios quiere darte a conocer todo lo que Pablo hizo consignar aquí. En esta carta a los Romanos se trataba, sobre todo, de tu justificación ante Dios. Pero con eso no está dicho todo lo que Dios desea comunicarte. En los últimos versículos verás un poco de las cosas que Dios aún tiene en su corazón para ti.

Lee de nuevo Romanos 16 versículos 17 a 24.

Tarea: ¿Cómo puedes ser sabio para el bien?

Lee Romanos 16 versículos 25 a 27, despacio y con atención.

60 Un verso de alabanza

Al final de la carta, Pablo desemboca en alabanza a Dios. Su atención se centra en Dios. Él llena toda su visión.

Dios es tan grande para él, que en estos últimos versículos todavía quiere decir algunas cosas que, en realidad, superan el tema de la carta. Como ha hablado tanto sobre Dios y el evangelio divino, su corazón está tan lleno que no puede contenerse y tiene que decir algo sobre "el misterio que se ha mantenido oculto".

Volverás a encontrar la palabra «misterio» en el Nuevo Testamento. Esta palabra indica algo que en el Antiguo Testamento estaba escondido, que era desconocido, pero que se dio a conocer en el Nuevo Testamento. Aquí Pablo no se extiende más al respecto. Sin embargo, da a entender que hay más, aparte de lo que descubriste en esta carta. Eso no significa que ella carezca de importancia. Sin estudiarla, nunca llegarás a comprender algo del misterio. La enseñanza de otras cartas de Pablo, sobre todo de las epístolas a Colosas y Efeso, enlaza a la perfección con esta carta. Quisiera darte un buen consejo: Lee con frecuencia toda la carta a los Romanos. Su lectura te mantendrá en contacto directo con la base de la vida cristiana. Sobre esa base podrás edificar el resto de tu estudio bíblico. Dios es poderoso para confirmarte en lo que aprendiste en esta carta. No es necesario que tú mismo te aferres con desespero a ello. ¿Verdad que el Señor Jesús es todo para ti? Le conociste cuando fue predicada la palabra de Dios. Él está en el centro de los planes y pensamientos de Dios. Por recibirle como Salvador y Señor estás vinculado con Él. El Señor Jesús no está en la tierra, sino en el cielo. ¿Sabes lo que eso significa? Que tú estás vinculado con un Señor en el cielo. Y como el cielo es la morada de Dios y del Señor Jesús, también es tu hogar.

Quizá preguntes: "¿Acaso eso es tan especial?" Sí, es algo extraordinario. El hombre fue creado para vivir en la tierra. Todo el Antiguo Testamento lo muestra. La bendición más alta que conocían los creyentes del Antiguo Testamento, era vivir en la tierra bajo el gobierno del Mesías.

El Señor Jesús será el centro, el foco de la tierra. De Él emanará toda bendición sobre la tierra, y toda la tierra le honrará. Los creyentes del Antiguo Testamento esperaban ese tiempo, ese era su anhelo. Es seguro que será muy hermoso.

Pero en el Nuevo Testamento nos encontramos con bendiciones mucho mayores. En el Antiguo Testamento no podía hablarse de ellas, quedaron ocultas y envueltas en el silencio. ¡Pero ahora han sido reveladas! Dios ordenó que se diera a conocer la gran noticia: Habrá seres humanos con el Señor Jesús en el cielo. Son las personas que han creído en el Señor Jesús después de que Él regresó al cielo. Cuando subió al cielo, desde allí envió al Espíritu Santo a la tierra para agrupar a estas personas. Quienes han sido reunidos de esta manera, en otras cartas reciben el nombre de «la Iglesia». En esos escritos descubrirás que pertenecer a la Iglesia es un privilegio muy grande. La Iglesia estaba en los planes y en el corazón de Dios antes de que el mundo existiera. Para formar esa Iglesia ha sido expedido el mandamiento del Dios eterno de predicar a Jesucristo entre todas las gentes. Todo aquel que se somete a Él por la fe, tiene el privilegio de formar parte de la Iglesia.

La Iglesia estará por la eternidad en el cielo, en la casa del Padre. Por la eternidad, ella dará gloria y alabanza a Dios, quien en su grande amor y misericordia dio un lugar tan maravilloso a hombres que en sí mismos son pecadores.

El solo sabio Dios es el único que podía concebir este plan. Su Hijo Jesucristo es el único que podía llevarlo a cabo. ¿A quién se le hubiera ocurrido la idea de levantar hasta la altura de la casa del Padre a hombres insignificantes, asesinos del Hijo de Dios? ¿Quién más sino Dios podía hacerlo de una manera que nos impulsará por la eternidad a

admirarle y adorarle?

Dios envió a su Hijo al mundo ¡sabido lo que los hombres harían con Él! Y en el mismo lugar donde unos hombres mataron al Señor Jesús, los mismos hombres pueden recibir todas las bendiciones que Dios tenía en su corazón para dar. Por Jesucristo y su obra en la cruz, a Dios se le dará por toda la eternidad la gloria que sólo Él merece.

Lee de nuevo Romanos 16 versículos 25 a 27.

Tarea: Alaba a Dios por todo lo que te ha mostrado de sí mismo y de su Hijo.